

Francisco Rius Vintas

El mar de 6ronce



Una colección de libros sobre el mundo antiguo que nos ayuda a entender mejor el mundo actual. En esta ocasión se trata de una obra que muestra la importancia del mar en la historia de la humanidad.

Annotation

Tras amasar una fortuna en Málaga como comerciante, Samuel Nagrella, de la tribu judía de los Leví, llega a Granada en compañía de su esposa Séfora. Estamos en el siglo XI, y Granada ha dejado de ser un pequeño emplazamiento hebreo para convertirse en la capital de un reino donde conviven cristianos, judíos y musulmanes. Samuel, hombre de vasta cultura, pronto se convierte en un célebre poeta y en rabino de su comunidad, que luego le otorgará el honor de ser su príncipe. Gracias a su sabiduría y magnanimidad, pronto se convertirá en visir del rey de Granada. En casa de éste conocerá al otro gran poeta hebreo de la época, Salomon ibn Gabirol, con quien mantendrá una rivalidad no sólo literaria sino también amorosa. A través de la rememoración de su nieto Josef, el lector asiste a la vida de este fascinante personaje histórico en cuyas manos descansó el gobierno de Granada y que dejó establecido el ideal de tolerancia entre religiones, todo ello en el ambiente refinado y lleno de erotismo de al-Ándalus.

El mar de bronce



El mar de bronce
Felipe Romero
Rocaeditorial

© herederos de Felipe Romero, 2005

Primera edición: septiembre de 2005

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.^a
08003 Barcelona.
correo@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Industria Gráfica Domingo, S.A.
Industria, 1
Sant Joan Despí (Barcelona)

ISBN: 84-96284-85-9
Depósito legal: B. 29.525-2005

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

No estoy dispuesto a que pase más tiempo sin empezar a escribir la historia de mi abuelo Samuel y de su hijo Yosef, mi padre. Hermosa y bella historia la de ambos, que terminó hace unos veinte años, cuando a mi padre se le separó la cabeza del cuerpo, atada a la cola de un caballo que recorrió durante más de tres horas todas las calles de Granada. Mi abuelo hacía diez años que había muerto y no pudo ver el final de los Nagrella en la capital del reino, pero yo sí que lo vi todo y desde luego al principio, y

todavía, no me lo he podido creer. Aquel pedazo de hombre, con más de diez arrobas de peso, que era capaz de derribar a un toro de un solo puñetazo en el testuz, que tiraba la lanza a más de quince varas acertando siempre en el blanco, que a diario despachaba con el rey y que luego por la noche con él y otros príncipes, hasta la madrugada, eran capaces de recitar poemas, entonar canciones, tañer vihuelas y retozar en las alfombras con mujeres de tres razas distintas, y cuando amanecía él se iba tan fresco al frente de los soldados. Sí, a aquel pedazo de hombre que era mi padre, lo vi yo luego en la tarde del día 9, un *sabat*, del mes de *tehet* del año 4827 —un sábado, 30 de diciembre de 1067 para los cristianos—, partido en dos, ya sólo la cabeza atada a la cola del caballo, pues el resto del cuerpo se había ido quedando por el suelo de las calles. Entonces y aun así sus ojos verdes irradiaban firmeza y decisión, y los llevaba abiertos pues no quería dejar de ver a Granada. Sí, era un hombre fuerte, un buen poeta —no tan bueno como mi abuelo Samuel—, un *sāhib al-sūrtá*, el más importante de la corte real. Efectivamente sólo un caballo pudo darle muerte. Nadie en la ciudad se habría atrevido, y menos hubiera podido quitarle la vida con sus manos.

La muerte del abuelo Samuel es también digna de recordar. Él permaneció hasta el último momento de pie y derecho, aunque una mano la tenía apoyada en la columna romana de mármol blanco que hay en la boca del aljibe, en la puerta de la casa del rey, en la misma plaza de la alcazaba. Ni por un momento vi temblar la punta de su barba blanca, tan bien recortada y limpia, con el turbante dorado perfectamente encajado en su cabeza. Desde por la mañana sus discípulos y amigos Salomón Gabirol e Isaac Gayyat estuvieron a su lado alternando en la recitación de sus poemas, principalmente amorosos y sapienciales. Toda la gente se acercó a la plaza, a prudente distancia para no romper el mágico efecto que hacían los tres poetas ante el aljibe y en el centro mi abuelo, que todos sabían estaba muriendo. El rey también vino y luego volvió por la tarde, cuando también sabía que se apagaría Samuel cuando el sol se pusiese tras las montañas de la sierra de Alhama. Mi padre pasó temprano, bajó del caballo, se acercó al anciano, le cogió ambas manos y las besó entre lágrimas, luego volvió a montar en su cabalgadura, y al frente de los soldados dejó la ciudad y se fue a la Vega a vigilar y custodiar el territorio. Yo, yo estuve todo el día sentado en el suelo, en el primer escalón de la boca del aljibe, sin decir nada, mirando y escuchando a los poetas. Y toda la gente seguía pasando, sin faltar ninguno, ni los viejos, ni los niños, ni las mujeres. Todos de lejos, en silencio, sabiendo que Samuel se iría con el sol, pero para siempre. Y entonces fue cuando mi abuelo les dijo, con un gesto, a sus amigos que ya callaran. Se adelantó unos pasos y con voz firme dijo:

La carrera del hombre se dirige a la tumba,
como las aguas del gran abismo;
el final de todo viviente es la muerte,
como el del palacio convertirse en ruinas...

Y añadió luego:

—Prestad atención y comprenderéis que es vergonzoso sentir alegría estando entre dos llantos: lloras tú cuando vienes al mundo, y otro llorará por ti cuando te vayas.

Calló luego, dobló las piernas, pero no llegó a caer al suelo pues Salomón e Isaac lo cogieron en sus brazos. Yo también acudí pero ya estaba muerto. Le besé los pies entre las tiras de cuero de sus sandalias y me fui a dar la noticia a mi madre, la cual ya lloraba, pues el llanto desgarrado de las gentes había llevado la mala nueva a todas las casas de Granada.

Estará de acuerdo conmigo quien esto lea en que tanto la muerte de mi padre como la de mi abuelo no fueron muy normales y corrientes. Yo diría que fueron más bien dramáticas, e incluso teatrales. Pero debo aclarar enseguida que resultaron acordes con lo que fueron sus vidas y no sería justo que yo callara por más tiempo su relato.

Somos los Nagrella de la tribu de Leví. Mi abuelo Samuel nació en Mérida, aunque siendo un niño se fue toda la familia a vivir a Córdoba, si bien entonces no sabían que al califa Hisan III y a su visir y general Almanzor les quedaban pocos años en el poder y la gran ciudad, la perla del Guadalquivir, dejaría de ser el faro y la luz de los Omeyas, descendientes del Profeta. Pero llegaron y fueron recibidos con agrado por la gente, y con sabiduría y con constancia, en pocos años, el padre de mi abuelo consiguió mejorar su fortuna. Samuel que era casi un niño acudió de seguido a la sinagoga, y me han contado ancianos que lo conocieron que en aquel tiempo era digno de escuchar cómo recitaba de corrido páginas y páginas del Libro de los Salmos, del Pentateuco, del Talmud. Era un niño espabilado y sobre todo era cariñoso y amable con todo el mundo, serio y austero, pero educado. Se crió bien, no dio el menor ruido y se hizo un hombre en Córdoba, aprendiendo con provecho no sólo la gramática de su lengua hebrea, sino la del país en que vivía, el árabe; y las otras lenguas, latín y griego, que todo judío bien instruido debe saber o, al menos, comprender para poder comerciar, sin que lo engañen, con cualquier persona y en cualquier lugar alrededor del mar Mediterráneo, es decir, en el mundo civilizado. Incluso llegó a tener como suya la lengua de los cristianos, que ocupan una parte al norte de Hispania, esta gran península que nosotros llamamos Sefarad.

Aprendió también la medicina, en especial los *Aforismos* de Hipócrates y las *Alteraciones de los órganos*, como enseñó más luego Galeno. Y es que si el comercio decayese, por guerras u otras causas, no hay otra forma mejor para que un hombre sabio se gane la vida que trabajar como médico. Porque la salud, el estar sano, es para cualquier mortal su más grande deseo y por ella dará cuanto se le pida, sin importarle el precio. Así ha sido siempre y seguirá siendo por los siglos de los siglos. Tener conocimientos en esta ciencia es de gran provecho, sobre todo en épocas de tribulación, y por ello mi abuelo, muy joven, aprendió este oficio en Córdoba. Por ventura para él nunca tuvo que ejercerlo, pues le pareció siempre más honesto dedicarse al comercio, que no va contra las leyes de la naturaleza, a las que todos estamos sometidos, y que bien claro establecen que *todo lo que nace debe morir*. Pero

aun y así, como digo, aprendió el oficio de médico y, ciertamente, estos conocimientos incrementaron después su fama de hombre sabio.

Por último, debo decir que mi abuelo, antes de salir de Córdoba, aprendió, además de hacerse un excelente calígrafo tanto en árabe como en hebreo y esto sin maestro alguno, lo que fue la mayor pasión de su vida, la que constituyó su felicidad, su paz y su ensueño: el arte de la poesía. Allí escribió, antes de cumplir los quince años, su primer poema, un *Anaq*, ensalzando la lengua hebrea, que siendo ya viejo aún recitaba y yo bien recuerdo. Era Samuel poeta sobre todo y antes que todo. Y de su gran obra, de la que luego hablaré —¡Dios la conserve por siglos!—, los hombres venideros harán el elogio que merece. Lo demás que hizo, la riqueza que amasó, los consejos que dio al rey Habbús, y a su hijo el rey Badis después, a lo largo de su vida, los triunfos militares que sobre tropas enemigas alcanzó hasta por tierras de Lorca, Valencia y Denia, nada, nada de ello debe recordar la Historia. Pero sus versos, sus poemas de amistad, sus poemas de guerra, sus elegías, los poemas báquicos, los amorosos, los sapienciales, los del destino del hombre, los de la vida, los de la muerte, escritos todos a la manera árabe; todos, todos ellos quedarán, para el que tenga oídos para escuchar y corazón limpio para entender. Lo diré: fue el primero, y desde el principio, de los grandes poetas judíos de todos los tiempos, con su *diwan* de poesía hebrea, en al-Andalus.

Cumplió los veinte años en Córdoba y toda la familia comprendió que estaba bien preparado para salir de allí a buscarse la vida por el mundo. Málaga fue su destino. Una pequeña ciudad junto al mar, poblada principalmente por pescadores y en cuyo pequeño puerto recalaban no sólo algunos comerciantes beréberes de dátiles, lanas de oveja y esclavos de Mauritania, sino incluso gentes de Sicilia, Cartago y Berbería. Y éstos traen sedas, polvillo de oro, cáñamo de la India y piedras preciosas del otro extremo del Mediterráneo. Era pues buen sitio para un muchacho joven, bien preparado y listo, para iniciar su vida y sus negocios. Pero todavía antes de salir de Córdoba se le buscó a Samuel una compañera para toda la vida, una esposa joven, no tendría más de quince años, pero fuerte y sana. Séfora era su nombre, *Pajarito* en la lengua de los cristianos, a la que yo acompañé muchos años después hasta Lucena, junto con mi madre, con los hatillos de ropa sobre las cabezas, la bolsa con los papeles del abuelo Samuel entre las manos, y el eco de los gritos de la gente de Granada despotricando y maldiciendo contra su hijo Yosef, mi padre, tras aquella noche de llanto y sangre en Granada. Pero esto es otra historia que luego he de contar para que también lloren conmigo las gentes de Israel que esto lean.

Por entonces *Pajarito* era una bella muchacha. Cogida a la mano de Samuel, juntos salieron de Córdoba para Málaga en una mañana de primavera. Y mi abuelo Samuel, entre besos y caricias, le iba diciendo: «Ven amada mía, sobre el terrado espacioso; allí de amor nos saciaremos hasta el alba con deleite; para ti mi mesa está dispuesta, mi alma de par en par abierta». Y *Pajarito* reía y corría de Córdoba hacia Málaga, a

sus quince años recién cumplidos. Allí estuvieron como unos cinco años, trabajando sin parar, él en la playa junto a los grandes barcos de velas y de remos, con los hombres que traían las mercancías, comprando y vendiendo, embarcando naranjas o garbanzos, entregando monedas a préstamo, contando los atunes descabezados en la almadraba, pesando las sardinas para la fábrica de salazones en el pequeño puerto, revisando la boca y los músculos de los esclavos negros que venían de África, viendo caer uno a uno los costales de trigo en el vientre de los barcos, y guardando en su bolsillo las monedas de oro para siempre. Y *Pajarito*, la casi una niña Séfora, en la casa hilando la lana, haciendo redes para los pescadores, cortando vestidos o tejiendo velos para arropar a las mujeres malagueñas, y las monedas de oro iban también cayendo y escondiéndose en el fondo de su faltriquera. Sólo el sábado era el día de descanso en toda la semana, y aunque no había sinagoga, Samuel y Séfora alababan juntos a Adonai desde el terrado de su casa, muy cerca del mar, mirando hacia las ruinas del Templo, al este, por donde sale el sol cada mañana. Y entonces Samuel recitaba el *Shema*, esa oración que todo varón judío debe decir, como manda la Misná. *Shema*, escucha. Sí, «escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las inculcarás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado, las atarás en tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus portales». Sí, sí, todos los sábados alabaron a Yahvéh y Yahvéh veló por ellos y les fue propicio.

A los cinco años Samuel supo que Séfora estaba preñada y no lo dudó un solo instante. Su hijo, pues tenía claro que sería un varón, no nacería junto al mar. A la montaña, a lo más alto, como las águilas, allá arriba su hijo vería la luz por vez primera. De seguido cogió a Séfora y su oro, y sobre fuertes caballos, con sus criados, dejó Málaga, y por tierras de la Axarquía, luego por las de Loja, llegó a Granada y allí se quedó perpetuamente, y sus huesos y los del hijo, al que puso por nombre Yosef, *El añadido*, quedaron en esta tierra para siempre. ¡Yahvéh les dé a ambos el descanso eterno!

Que nadie piense que mi abuelo Samuel, con mi abuela preñada Séfora, entró en Granada como un triunfador poderoso. Cierto que venía rico, con bastante oro en sus cofres, ganado con su esfuerzo en Málaga. Cierto que la comunidad judía los recibió amablemente. Cierto también que en Granada no había guerra, ni había hambre. Pero eran los dos, tanto él como su mujer, mi abuela *Pajarito*, demasiado jóvenes, casi unos mozalbetes, para imponer respeto y merecer especiales deferencias. La casa que encontraron en Garnata al-Yahüd, la Granada de los judíos, al otro lado del río, bien amurallada y protegida por la alta fortaleza de Hisn Maurür, a la que luego los moros llamaron Torres Bermejas, no era excesivamente grande y estaba en la parte más alta de la ciudad, casi junto al puente del Cadí. Mi abuelo no tenía prisa alguna, y se aposentó en la casa dejando pasar los días a la vera de *Pajarito*, que, feliz y contenta,

seguía con su preñez adelante. No duró, sin embargo, mucho tiempo la inactividad de Samuel en Granada, pero aún recuerdo, siendo yo muy niño, haberle oído mencionar más de una vez su decisión de permanecer en Granada hasta su muerte, que tomó en aquellos días, esperando a su hijo y viendo cómo engordaba el vientre de *Pajarito*, contemplando las salidas del sol tras los picachos nevados de la Sierra y luego cuando se ponía por los llanos de la Vega, escondiéndose tras las tierras de Loja y las más lejanas montañas de Alhama. Creo que fue entonces cuando escribió sus más bellos poemas y sin duda alguna cuando descubrió el poder inmenso de Yahvéh, como dueño y señor de todo lo creado. Me contó incluso que por aquel entonces ni apareció por la sinagoga, y cuando el encargado de la misma, rabí Missim, acudió a invitarle, con todo respeto le contestó que pronto iría, cuando estuviera más calmado, Séfora pariera y sus pulmones se acostumbraran a respirar el aire puro de Granada. No fue mucho, pero para entonces ya estaba preso y amarrado en Granada, aunque como buen judío bien sabía que, permanecer aquí para siempre, nunca: ni aquí ni en ninguna parte. Alguna vez habría que partir hacia Jerusalén.

Por fin nació mi padre y también me contaron que *Pajarito* no dio ni un grito, ni siquiera lanzó un lamento en todo el parto. Y eso que mi padre al nacer pesó casi media arroba. *Pajarito* se portó bien y enseguida se lo colgó de sus pechos, y el niño, empujando como un glotón, parecía que se la quisiera comer a toda ella. Yosef le puso de nombre mi abuelo a aquel niño, el que luego sería mi padre: Yosef ibn Samuel ibn Nagrella, y nunca supe el porqué de ese nombre que, desde luego, para un judío tiene connotaciones talmúdicas importantes.

Era el año 1020 según el cómputo de los cristianos, y el buen rey de Granada Abú Mazni Zawi ibn Zirí no pudo seguir en la ciudad. Eran ya muchos los enviados de la costa occidental de África que habían venido reclamando su presencia en aquella tierra para poner orden, pacificar el territorio y conseguir que hubiese paz entre las tribus beréberes, como había hecho en el reino de Granada desde hacía más de siete años. Sí, era un buen rey Zawi ibn Zirí, que vino de Córdoba enviado por el emir Solimán, de cuyo ejército era capitán, para ser gobernador de la cora de Elvira y que, con sus guerreros los sanhayas, cuando Solimán se volvió a África, se convirtió en el primer rey de Granada. Sí, era tan bueno que acabaron llevándoselo a su tierra africana sus amigos y partidarios. No tuvo más remedio que ceder a tanto requerimiento y petición de ayuda y salir del reino de Granada. Dejó el poder a su sobrino Habbús ibn Maksa, dejó un puñado de guerreros sanhayas para proteger el territorio, y dejó también un puñado de lágrimas cuando atravesó por última vez la puerta Monaita, que él mandó abrir al reconstruir y reforzar las murallas. Mi abuelo Samuel lo vio de lejos, desde Garnata al-Yahüd, cuando se marchaba, y yo he encontrado un manuscrito suyo en el que refiere este hecho insólito de un rey que deja su reino y todo el pueblo le despide con vítores y aplausos, flamear de pañuelos y estandartes al toque de trompetas y tambores, y también entre lágrimas por el dolor de la despedida.

Zawi ibn Zirí, el primero que usó el nombre de rey de Granada, a su marcha dejó fundada la dinastía de los ziríes o zeiritas como también se les conoce. De su sobrino y segundo rey, el ya nombrado Habbús y del tercero e hijo de éste, Bedice ben Abuz, más conocido como el rey Badis, mi abuelo Samuel llegó a ser visir o primer ministro, del que ya era, como de su hijo dije al principio de este relato, *sāhib al-sûrtá*, es decir, alto funcionario. Pero este honor lo alcanzó mi abuelo cuando ya la comunidad hebrea de Granada y de otras ciudades le habían elegido *Naguid*, que quiere decir príncipe o cabeza visible de todas las aljamas de los judíos de al-Andalus.

Cuando mi padre debía ser circuncidado ya trabajaba el abuelo Samuel en Granada a pleno rendimiento. Parte de sus monedas de oro estaban dadas a préstamo a varios hombres de esta ciudad. Eran comerciantes o ganaderos que tenían que acudir a los mercados para traer mercancías de todo género, incluso vacas, ovejas o caballos. Eran alarifes o artesanos que deben comprar los materiales para hacer las casas o los objetos que fabrican. Eran los labradores que deben seguir viviendo hasta que recojan las cosechas que cultivan en las tierras de la Vega fuera de las murallas. Las monedas del abuelo Samuel ya estaban en movimiento, en las manos de todos esos hombres que las necesitaban para sus negocios, empleos u ocupación. Estas monedas dejadas a las gentes eran suficientes para que con sus intereses pudiesen Samuel y su esposa Séfora, la abuela *Pajarito*, vivir con desahogo. Una de las mejores cualidades del abuelo Samuel era intuir de un vistazo que la persona a la que dejaba sus monedas no sólo le abonaría puntualmente el interés convenido, sino que nunca iba a defraudarle. Por eso sus clientes pronto se convertían en sus amigos. Sabían bien que podían contar con Samuel y con sus monedas. A nadie atosigó en el pago cuando la desgracia le perseguía, antes bien lo consolaba, y no sólo el interés le era perdonado, sino que la propia deuda, olvidada. Por contra, a los pocos que le fallaban por capricho o por desidia, los perseguía sin piedad alguna y era capaz de ser cruel hasta extremos inauditos. Y es que había paz en Granada, había abundancia, la ciudad estaba bien amurallada y protegida. Y lo mismo sucedía en todas las ciudades y pueblos del reino. Había paz, los hombres guardaban la Ley y ningún listo ofrecía al pueblo mágicas fórmulas que a todos los hombres, sin excepción, los hicieran ricos y felices. Cada uno en su sitio, sin ruido ni alharacas. El rey en su palacio, los soldados en su cuartel y vigilando las fronteras, y las gentes, todas las gentes, en su trabajo, tanto el rico en su opulencia como el pobre en su miseria, alabando cada uno a su Dios y dándole gracias por tener paz y sosiego, por tener un techo donde cobijarse, por tener con qué alimentar a sus hijos y por ver salir el sol cada mañana. Los listos, los sabihondos, los salvadores, los hombres pequeños que se creen gigantes sin saber arreglar su propia casa y que se presentan en la asamblea queriendo arreglar el mundo, éstos estaban lejos, muy lejos, todavía más lejos, de Granada.

Fue fácil para el abuelo Samuel mejorar su fortuna en una Granada en paz. Y a esta

Granada acudían todos los días gentes de otros pueblos, de otros reinos. Con suma facilidad se pasaba por la costa a África y, por el norte, a los reinos de los cristianos, llevando ovejas, trayendo trigo, recitando versos los poetas o cantando los trovadores. Sí, era Granada entonces un paraíso. Los dueños de esta tierra, cinco veces al día, oraban postrados mirando hacia la Meca, a la convocatoria del almuédano desde lo más alto del minarete. Y los viernes, cada uno con su esterilla y descalzos en la mezquita, alababan juntos a Allah. Nosotros, los judíos, esperábamos al sábado para recitar en la sinagoga los salmos de David en honor de Yahvéh y pedir que volviéramos pronto a Jerusalén y que el Templo fuera una tercera vez reedificado. Y el domingo los cristianos, a los que algunos llaman mozárabes, desde bien temprano, al toque de una campanita que agita en el aire su obispo, iban presurosos a su iglesia donde rezan juntos a su Dios trino y a su madre María. Y todas las tardes todas las gentes pasean juntos por el adarve, al filo de las murallas, hasta que se pone el sol por el oeste, mirando también al este para ver las blancas montañas nevadas, tras la colina roja que existe al otro lado del río y por encima de la Garnata al-Yahüd. Se sentirán felices y tranquilos todos cuando luego se cierren las puertas que hay en las murallas, sabiendo que los soldados ocupan ya sus puestos en las barbacanas y nadie, nadie, ni el lobo ni otras fieras, ni hombres enemigos, perturbará el sueño de sus hijos, ni el dulce abrazo a la mujer amada en el lecho, ni el plácido reposar de los ancianos. Sí, sí, Granada, lo diré una vez más, era un paraíso cuando se fue el buen rey Zirí. Luego también lo fue varios años más con su sobrino el rey Habbús. ¡Dios guarde por siglos la memoria de ambos!

Mi abuelo Samuel y mi padre Yosef, de los Nagrella de Córdoba, ya estaban entonces en Granada, el abuelo reforzando su fortuna y mi padre en una feliz infancia que, por desgracia, no fue igual que la mía. La abuela *Pajarito* no tuvo más hijos, quedó estéril tras el parto y, pese a tantos cocimientos, tisanas y emplastos que le dieron, el abuelo Samuel no consiguió verla otra vez preñada.

—También tuvo Abraham un solo hijo y Yahvéh le hizo a él la gran promesa —se consolaba Samuel, y con el tiempo olvidó por completo el asunto.

Fueron años de felicidad y abundancia no sólo para los judíos Nagrella, sino para toda la gente de Granada, para todos los de las tres razas, para los de las tres religiones. Alguna vez volverá esa paz, que ahora se ha perdido y que parece lejana. Yo, yo estoy seguro de que no lo veré, pero también estoy seguro de que vendrán esos nuevos días, aún lejanos, en que sus hombres no invocarán a Allah, a Yahvéh, al Dios trino, ni a Mahoma, Moisés o Cristo para degollar, ahorcar o lancear a otros hombres, a sus mujeres, a sus niños y ancianos. Dios salvará a Granada algún día para siempre, pues es lo cierto que la puso en un lugar al sol, al pie de la blanca nieve, y le colocó de alfombra una inmensa Vega, de color verde, regada con mil fuentes de agua cristalina que da leche, trigo y miel para saciar a toda las gentes que la pueblan.

Vino el rabí Missim ben Jacob ibn Sáhín, que era pobre y no de Granada, aunque vivía aquí desde hacía muchos años. Era un sábado por la tarde y esto extrañó más a Samuel. Pensaba que estaría en la sinagoga de la que era encargado, el *archisinagogo*, pero es lo cierto que en ella había dejado a su ayudante, el *hazzan*, también rabí Menahem ben Mahberet. El rabí Missim, tras saludar a mi abuelo, fue derecho al asunto. Por la mañana en la Asamblea, tras la oración o *tefillah*, se hizo un recuento de los judíos que vivían en Granada y sin embargo no pisaban la sinagoga. Resultó extraño comprobar la ausencia del cordobés Nagrella, que si bien era todavía joven, su apariencia era de hombre rico.

—¿Cómo es posible que no vengas con todos a rezar en grupo? —preguntó de seguido el rabí Missim, incluso antes de aceptar el asiento que Samuel le ofrecía.

Añadió luego que nunca podría subsistir, por más que hiciera, separado en la oración de sus hermanos.

—Oye, escucha —terminó su discurso de saludo—, Yahvéh es el rey de nuestro pueblo y Él espera, cada mañana y en especial el sábado, vernos unidos recitando juntos al menos el *Shema* y las dos Bendiciones.

Y sin dudar las dijo en voz alta y en tono pausado, con profunda fe:

—¡*Selah*, bendito sea el Señor, que ha formado las estrellas! ¡*Selah*, bendito sea el Señor, que con su amor eligió a su pueblo Israel!

Luego sí aceptó el asiento y no tuvo empacho en tomar un poco de queso y unos dátiles que Séfora había traído en una bandejita de plata. La repuesta de Samuel estaba preparada y fue rápido en darla. Cómo no iba a saber que un judío necesita la unión con la gente de su raza para poder seguir viviendo. Un judío solo pronto dejará de vivir o de ser judío. Ninguna de las dos situaciones era querida por él. No, no iba a la sinagoga, a pesar de llevar ocho meses en la ciudad, porque esperaba acudir con su pequeño hijo Yosef cogido de su mano. No, no era una excusa. Era, para él, una necesidad imperiosa, precisamente por ser judío, que se es, entendía, en tanto tienes descendencia. Es la gran promesa para un judío, es la palabra de Dios al padre Abraham: «Te bendeciré largamente y multiplicaré grandemente tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de las orillas del mar, y se adueñará tu descendencia de las puertas de tus enemigos y se gloriarán en tu descendencia todos los pueblos de la tierra». Eso había esperado él, tener descendencia para sentirse ya plenamente judío. Ahora ya la tenía, debía acudir a la sinagoga como un judío nuevo. Antes que nada adorará a Selah, pero lo hará junto con su hijo, en la casa de oración, cogido de su mano. Entonces echará sobre sus hombros el *tallit*, el chal de oración de color blanco con franjas azules, y cubrirá su cabeza. Ahora ya era judío verdadero e iría con su hijo a la sinagoga. Así habló Samuel y al rabí Missim le pareció acertada la postura, aunque se permitió apostillar que de todos modos se es judío aunque no se tenga descendencia, si bien ciertamente el hijo cogido de la mano de su padre en la casa de oración, para nosotros *bet hatefillat*, hace a éste, si cabe, mucho más judío. Concluyó la visita insistiendo el rabí Missim, que era rabí por su sabiduría, en la

necesidad de estar unidos, apoyados unos en otros, en esta dispersión ya prácticamente milenaria y que ha de concluir, a la voz y llamada del Mesías, al regreso definitivo a Jerusalén, donde podremos volver a reedificar el Templo.

Y el niño Yosef pronto se descolgó de los brazos de su madre y se cogió de la mano de su padre y ambos bajaron la cuestecita desde la casa hasta la sinagoga. Séfora iba detrás radiante de felicidad y bien sabía que su principal misión ya estaba cumplida, había sido para su amado y Samuel para ella, había bajado a su jardín y a los macizos de balsameras para recrearse entre las flores y coger las azucenas.

A partir de entonces Samuel Nagrella no faltó, cuando estaba en Granada, nunca más a la sinagoga, y menos aún siendo sábado. Y el primer día fue invitado a decir la homilía del texto de la Escritura que se acababa de leer, quedando todos admirados de su conocimiento y sabiduría. Luego, en el servicio vespertino, reunidos en el *kēnesset*, en asamblea, para todas las cuestiones que se plantearon tuvo Samuel repuesta, que fue tomada como sabia, no en el sentido en que entienden otras gentes la sabiduría, sino como la entiende nuestro pueblo: hallar una salida en casos apurados. Efectivamente quedaron todos admirados, aunque Samuel en aquel entonces tenía no más de veinticinco años. Y mi padre Yosef, con menos de dos años, permaneció todo el rato cogido de su mano, y así estuvo siempre en la sinagoga hasta que luego, un poco mayor, subió él también a la *bimah* o tribuna para hacer la lectura de la Torá y de los Profetas. Y Séfora, en la galería de las mujeres, siempre sonreía complacida.

Lo que me fue difícil comprender, y tuvo que ser mi abuela *Pajarito* quien me lo explicase, fue aquello de que mi abuelo Samuel llevase a su casa una concubina. Ni siquiera el hecho de que nuestro padre Jacob hiciera cosa semejante, como se refiere en el Pentateuco (aunque en la sinagoga el traductor siempre omite el pasaje), justificaba para mí este hecho que decidió Samuel. Cuando *Pajarito* estaba recién parida parece que fue cuando tomó la decisión, que desde luego en ningún momento ocultó a su esposa y que ésta aceptó al instante, pues, como ella misma me relató, era tanto el amor que le tenía y siempre le tuvo que en ningún momento de su vida sintió la necesidad de oponerse a cualquiera de sus deseos. Sin embargo, en la comunidad hebrea de Granada causó estupor y el asunto se trató en la Asamblea. Samuel fue preciso ante ellos. Insistió en que nuestro padre Jacob tuvo varias mujeres en las que engendró a los doce patriarcas que son los pilares del pueblo de Israel. Ciertamente luego se abolió la poligamia en nuestro pueblo, como también nos enseña la Misná. Pero nosotros ahora estamos en un pueblo islámico donde este hecho no sólo no es repudiable, sino que es elogiado. Al hombre que por su riqueza puede hacerlo, le es lícito tener más de una mujer, e incluso parece obligado a ello, por cuanto es una forma de compartir lo que posee ayudando a la mujer desvalida. Así hizo Mahoma casándose seis veces con seis desamparadas viudas. Aquí y en todo lugar es bueno para el judío asumir las costumbres de las gentes del país donde estamos, pues lo contrario sería un

repudio o condena que pudiera ser interpretado como enfrentamiento. La Asamblea comprendió estas razones y empezó a tener a Samuel como hombre sabio, aceptando el hecho de que hubiese tomado concubina o segunda esposa.

Bilhà se llamaba la concubina, coincidencia de nombre con la que tomó el padre Jacob, si bien en ésta no entró su hijo, ya que era un niño, como hizo Rubén con la de su padre. No llegué a conocerla pues ya había muerto cuando yo nací. Mi abuela *Pajarito* me lo contó todo. Lo recuerdo muy bien. Era como un cuento. Un bonito cuento oriental. Era Bilhà hermosa y bella, pero pobre. Su padre, un judío honrado que trabajaba de sol a sol como orfebre, repujaba el oro y la plata con su martillito de mango corto y su juego de punzones, haciendo filigranas y dibujos en el metal noble. La *mênorah* de siete brazos que lucía en la sinagoga la había él realizado y en verdad que era una verdadera obra de arte. Pendientes, brazaletes, pulseras, collares, diademas, sortijas, medallones, iban saliendo de sus manos, hecho todo con primor y esmero, si bien lentamente en aquel entonces, pues tenía la vista ya muy cansada e iba despacio por su avanzada edad. Se casó viejo y Bilhà, su única hija, era su único consuelo, al haberse quedado pronto viudo. Vivían ambos en una minúscula casita, también cerca de la puerta norte. La muchacha recogía el oro y la plata en casa de los clientes, les enseñaba los dibujos que éstos escogían y, cuando las piezas estaban terminadas, cobraba el trabajo hecho por su padre. Asimismo arreglaba la casa, hacía la comida y al atardecer entonaba canciones a su anciano y cansado padre antes de que éste se fuera a su lecho. Samuel supo del orfebre recién llegado a Granada y muy pronto se convirtió en su cliente. Conoció a Bilhà y quedó prendado de ella. Y si bien, al principio, en su ánimo sólo estuvo el ayudarla, aquellos ojos negros en tez tan pálida acabaron conmoviéndolo de tal manera que ni él mismo se esperaba. Un buen labrado brazaletes todo de oro en un atardecer de primavera fue la chispa que encendió la hoguera. Se acercó tanto para verlo que los dedos de ambos se rozaron y como un escalofrío le sacudió el cuerpo.

—No te enfadarás si te digo que eres hermosa —le dijo.

—¿Por qué me he de enfadar si se me halaga? —respondió ella.

—Ciertamente eres hermosa muchacha.

Y no hablaron más ese día.

Sin embargo Samuel a partir de entonces ya no durmió tranquilo. *Pajarito* lo notó enseguida y él fue sincero con ella.

—Te dicen hombre sabio y estoy segura de que pronto encontrarás una solución a este problema —le consoló Séfora.

A los pocos días fue Samuel en persona a casa del orfebre:

—Oye, buen hombre, ¿tú sabes engarzar un rubí junto a la esmeralda central de una diadema? —le dijo a modo de saludo.

—Supongo que sí, pero debo decirte que yo no tengo rubíes y mucho menos esa esmeralda grande y verde que tú deseas —contestó el artista.

Samuel prosiguió:

—Yo ya tengo la esmeralda y estoy dispuesto a pagar por el rubí lo que me pidan.

El orfebre le rogó que tomase asiento, aceptando Samuel la silla que le ofrecía. Ahora ya hablaron más directamente.

—Soy pobre, señor, y además siempre lo he sido. Nunca he tenido piedras preciosas como propias. Las pocas con las que he trabajado pertenecían a mis clientes y vinieron a esta casa para que yo hiciera en ellas mi trabajo, igual que viene el oro y la plata. Nunca fue mío. Este hombre, poderoso señor, que ahora os habla no tuvo sabiduría bastante para lograr echar a la calle a la pobreza, que estaba en esta casa incluso antes de que yo naciera, en vida de mi padre.

Hizo un silencio y luego siguió hablando:

—En modo alguno os ruego que toméis mis palabras como una queja. Mi padre me enseñó su oficio y con él he podido vivir honradamente. Nunca ha faltado el pan en esta casa. Y ahora, en mi vejez, tengo la gran fortuna que es para mí mi hija Bilhà. Es mi única joya. Por ella y para ella vivo, y esa joya no está en venta.

Samuel replicó enseguida:

—Yo desde luego no vengo a comprarla. No soy lo suficientemente rico ni poderoso, ni en modo alguno actuaría conforme a mis costumbres.

Se levantó luego y dijo:

—¿Me permitiréis volver?

Y el orfebre respondió:

—Volved cuando queráis.

Y es lo cierto que Samuel volvió antes de una semana.



Pero antes en la sinagoga, reunida la comunidad judía en asamblea, *ha-kënesset*, alguien propuso tener a Samuel por rabí y Samuel no puso el menor inconveniente. Aceptó el honor. Lo dejó claro al agradecer a la asamblea el título que le ofrecían. Siendo muy joven, en Córdoba, había estudiado la Tora y la Misná, conocía el Talmud, tanto en la versión palestina como en la de Babilonia, y estaba dispuesto a debatir en público con los otros cuatro rabíes que había en Granada cualquier cuestión de la Ley y de la Escritura que se pudiera plantear. Igualmente podía debatir con quien quisiera el Targún y el Hidrás. Nadie se opuso y el rabí Missim, que fue el primero que le invitó a venir a la sinagoga, muy complacido y contento, ofició la ceremonia que convertía a Samuel en rabí, en maestro. A partir de entonces, y antes de cumplir los treinta años, su palabra tuvo más valor que su oro. El rabí Samuel ibn Nagrella pasó a ocupar sitio preferente en la sinagoga y desde entonces subió a la tarima, a la *bimah*, no como invitado, sino por su derecho. «Mi maestro» —*rabí*—, fue llamado por la gente y Samuel y su esposa Séfora se sintieron complacidos. Sólo el rabí Menahem, que era el *hazzan* de la sinagoga, no votó a su favor. Mi abuelo Samuel nunca lo olvidó, ni tampoco su hijo Yosef, mi padre, que en aquel tiempo era un niño pequeño de apenas

cinco años. El rabí Menahem fue el enemigo de mi abuelo y de mi padre. Tuvieron que pasar muchos años, cuando ya habían muerto todos ellos, para que yo supiera, por boca de mi abuela *Pajarito*, la razón de aquella enemistad que tantos sinsabores ocasionó a la familia Nagrella de Granada. Incluso yo, siendo un niño, sufrí las consecuencias de aquella inquina. Luego, más adelante, tal vez lo contaré todo. El duro enfrentamiento entre los dos rabíes, Samuel y Menahem, cambió en gran medida nuestras vidas. De todas formas ya está muerto y bien muerto está.

Pero tengo que volver a la casa del orfebre. Había pasado una semana, y como antes dije, volvió Samuel a aquella casa. Ahora el saludo que se le hizo por el artesano fue «la paz sea contigo rabí Samuel». Luego se sentaron, hablaron mucho, largo rato y al final todo quedó resuelto y convenido. El orfebre y su hija Bilhà se irían a vivir a casa del rabí y luego, cuando la muchacha fuese conforme, la tomaría como segunda esposa, o concubina como las llaman las Escrituras. Cambió de casa el orfebre y sólo le pidió al rabí Samuel que le dejase poner en la jamba derecha de la puerta su *mezuzah*, esa cajita de madera que tiene en su interior, escrito en pergamino, veintidós líneas del Talmud, con su pequeña ventanita o tragaluz en la cara posterior y por el que se puede leer el nombre de Dios, *Sadday*. Así se hizo y las *mezuzah* de ambos, las del rico y las del pobre, quedaron colgando de la misma puerta. Estaba ya Bilhà en la casa de Samuel y fue entonces cuando mi abuelo escribió la *moaxaja* más antigua que de él se conserva: «Los ojos de la princesa Midyan atormentan mi alma, lanzan contra mí dardos de hermosura». Sí, estaba enamorado de Bilhà, bien enamorado, hasta la llamaba princesa, y, según me contó *Pajarito*, antes de haber pasado dos lunas el abuelo Samuel entró en ella y la hizo suya para siempre.

Una simple carta, una sencilla solicitud o instancia de la comunidad judía al primer ministro, el gran visir Abül-l-Qässim ibn al-Ârif, le abrió al abuelo Samuel la puerta del palacio del rey Habbús. Su elegante caligrafía fue la llave. Era necesario ampliar la sinagoga y obligado pedir la aquiescencia del monarca, y todos estuvieron de acuerdo en la *kënesset* que fuese el rabí Samuel quien hiciese el escrito al gran visir al-Ârif. Un insignificante escrito, para una simple licencia de obra, pero tan bien redactado y mejor escrito, metió en el palacio del rey a Samuel y de él ya no salió hasta algunos años después, cuando tenía el poder absoluto de las dos Granadas, la de los moros y la Garnata de los judíos.

Así es la vida. El hecho más insignificante puede marcar para siempre la vida de un hombre. Luego el hombre lo olvida. Incluso acaba creyendo que han sido sus propios méritos, sus estudios, su buena apostura, su valentía, su talento lo que le ha llevado al puesto preeminente que ocupa. Samuel en cambio nunca lo olvidó. Según *Pajarito*, hasta mil veces le oyó decir a lo largo de su vida:

—Estoy aquí, junto al rey, en su palacio, por tener una letra bonita, por escribir con primor las letras árabes, que son curvadas y sutiles como llamas de fuego, como

gráciles bailarinas.

Y es que al viejo visir al-Ârif le conmovió el bellissimo dibujo de los garabatos árabes, sin importarle una higa el contenido del escrito, que era uno más de los muchos que al día recibía de los dirigidos al rey y que él debía despachar. Un soldado llevó el recado a la sinagoga:

—El autor del escrito debe presentarse de inmediato ante el visir en el palacio del rey.

El rabí Samuel fue de seguido al palacio y el visir al-Ârif con todo afecto le cogió ambas manos y le hizo sentar a su lado sobre los ricos almohadones de su estancia.

—Rabí Samuel, hace tiempo que sé de ti, como de todos los judíos que hay en esta ciudad y que con su trabajo ayudan a mantener este reino. Es mi obligación como primer ministro del rey conocer a la gente que nos rodea, saber lo que hace, qué ideas tiene, saber cómo se comporta. Es lógico que los más preeminentes de la comunidad hebrea seáis motivo de mi atención. En varios hombres de tu raza tengo puestos los ojos, para usar de vuestra colaboración y ayuda. Vuestra inteligencia, vuestra astucia y, por qué no decirlo, vuestro oro, han sido y lo serán por siglos apoyadura y sostén de reyes y poderosos. Os necesito y sobremanera os necesita vuestro rey, y os necesita Granada. A varios judíos importantes vengo observando desde hace tiempo, entre ellos el rabí Menahem, con el que he tenido alguna entrevista, pero mi decisión acaba de ser tomada, eres tú rabí Samuel quien debes convertirte en mi apoyo, en mi báculo, para seguir defendiendo este reino. Soy viejo ya, no he de durar mucho, y me dolería hasta angustiar mi corazón esperar la muerte sin tener la certeza de que el reino queda en buenas manos. Y es lo cierto que son precisamente tus manos, esas manos que hacen tan bella caligrafía, en las que debo poner este reino y a nuestro buen rey Habbús (Dios sea siempre clemente con él), al que tanto amo y al que sirvo, como lo hice con su tío el rey Zirí (al que Allah tenga por siempre en el paraíso). Mis dudas pues han sido resueltas por tus manos. Entre los varios que podían ocupar este puesto, incluido el rabí Menahem, eres tú Samuel ibn Nagrella el escogido. Vendrás a vivir aquí con tu esposa Séfora y tu pequeño hijo Yosef, con Bilhà, tu segunda esposa o concubina como vosotros las llamáis, que sé que la tienes, y el padre de ésta. A partir de ahora serás mi *kätib*, mi secretario, y espero que a mi muerte seas tú el gran visir de nuestro buen rey Habbús, para su ventura y para el bien del reino de Granada. Tus manos «rabí» han sido la señal que yo esperaba.

Y ahora, por fin, fue cuando se las soltó, tras mirarlas una vez más, por ambos lados, atentamente, como si nunca hubiese visto unas manos, que, como todas, tenían cinco dedos cada una, pero eran suaves, como de seda, pues desde hacía ya muchos años Samuel no las usaba para ganarse el pan.

Según me contó también *Pajarito*, aquel mismo día Samuel fue presentado al rey Habbús, segundo rey de la dinastía zirí, y aquel mismo día también se fueron todos a vivir a palacio, en la alcazaba, junto al rey, rodeados de soldados, con esclavos y criados que los servían, aunque tampoco ahora dejó Samuel de acudir todos los

sábados a la sinagoga, llevando cogido de su mano al pequeño Yosef, mi padre. Y todo arrancó de una simple carta, de una sencilla carta, pero que estaba muy bien escrita, con las letras muy bien trazadas y mejor dibujadas. En verdad que todo vino por una insignificancia, por una cosa pequeña, por casi una tontería, una trivialidad, una carta pidiendo una licencia de obra para agrandar la sinagoga en la Granada de los judíos. Ello decidió no sólo el futuro de mi abuelo, de su familia, incluso el mío que aún no había nacido, sino también el de miles de judíos que pueblan esta ciudad desde hace bastantes años. Una pequeña diversión o entretenimiento en un papelito, pues es lo cierto que la solicitud la podía haber realizado cualquier amanuense judío de los muchos que acuden a nuestra casa de oración. Sin embargo, fue él, mi abuelo Samuel, quien lo hizo, y fue ésa precisamente la señal que estaba esperando el viejo visir al-Ârif.

Nadie me ha podido explicar aquella fobia que el bueno del rey Habbús tenía al rey de Sevilla Aben Abed. No quería ni oír hablar de él y eso que nunca personalmente se habían visto. Samuel fue advertido por el visir, por lo que nunca cometió la imprudencia de mentarlo en su presencia. Fuera de esto la vida en palacio era sosegada. La eficacia del visir al-Ârif descargaba al rey de preocupaciones y temores. Casi todas las mañanas Samuel lo veía salir muy temprano seguido de su guardia y rodeado de una jauría de perros ladrones. Subía por alguna de las laderas de los dos ríos, que por el norte y el este cercan la ciudad, hacia las montañas. Iba de caza y casi siempre, de regreso al mediodía, venados, corzos y jabalíes colgaban en el arcén de los caballos. La muerte violenta en Granada, en aquellos tiempos, estaba reservada a los animales y el rey la practicaba en los barrancos y montañas con la lanza, la espada o los venablos y saetas. En estas salidas matutinas casi diarias se hacía acompañar por su hijo Bedici, un niño por aquel entonces no mayor de seis años y que luego sería el rey Badis, y a ellas se incorporó de seguido Yosef, el hijo de Samuel, que luego sería mi padre. Eran de la misma edad. Ambos niños fueron siempre compañeros de juegos, travesuras y, andando el tiempo, parecía que no podían vivir el uno sin el otro. Así fue hasta el último día. ¡Dios maldiga al que los separó ese último día de forma tan cruel!

La tarde, después de despachar no más de media hora con el visir al-Ârif, la pasaba Habbús con Samuel. Hablaban de todo, de astronomía, de agricultura, de botánica, de medicina, de números y geometría, pero sobre todo hablaban de poesía. Precisamente por la poesía se ganó definitivamente Samuel al rey. Igual que por la caligrafía se había ganado a su visir al-Ârif. Es curioso que fueran estas dos bellas artes las que llevaran a Samuel a conseguir la confianza y el favor de los dos hombres más importantes del reino: el rey y su visir. ¿Y lo demás, las otras virtudes, sus conocimientos, su sabiduría? ¿No le valieron? Sí, pero menos. *Pajarito* decía que la

mayor parte de su obra poética, sobre todo la poesía amorosa, la hizo en aquella época para recreo del rey Habbús, que no se cansaba de escucharle.

Aquella mañana, como todas, Samuel escribía al dictado del visir órdenes, mandamientos, notificaciones, requerimientos, que por la tarde serían presentados al rey para que éste pusiera su sello a cada escrito casi sin mirarlo, como todos los días, como todas las tardes, en la breve visita del visir para el despacho de los asuntos del reino. Pero aquella mañana la voz de al-Ârif era dura, bronca, desagradable. Samuel escribía en silencio, pues bien sabía que en poco tiempo estaría en la sala Haddad al-Amir. Había acabado el verano e incluso llevaba tres tardes seguidas lloviendo copiosamente en Granada. Por fin un guardia anunció al capitán que entró de seguido en la sala. El visir no le dejó que se acercara:

—Deteneos, Haddad al-Amir, que en mala hora vienes a la casa del rey.

Ya estaba de rodillas y sus manos extendidas temblaban a ojos vistas.

—Allah no me fue propicio —trató de justificarse el capitán.

—Con mil quinientos hombres saliste de Granada en los últimos días de la primavera, ahora a poco más de tres meses, ¿qué traes? ¿Dónde está la cabeza del insignificante rebelde al-Zuhayr? Fuiste a Almería por ella y no la has traído —dijo el visir.

—Allah no me ha sido propicio —repitió Haddad al-Amir con lágrimas en los ojos.

—En este reino no puede haber paz si cualquier rebelde o bandido no respeta la ley y al rey, que ambos son una misma cosa. ¿Dónde está la cabeza de al-Zuhayr? —insistió el visir.

Ahora el capitán Haddad al-Amir no respondió. Sólo su llanto resonó en la sala. El visir prosiguió y lo hizo con las palabras del Corán:

—«Desde las primeras escaramuzas, preferiste el asilo de tu tienda, guardándote en ella con los cobardes.» —Era la sura novena, *âyat* ochenta y cuatro del Libro de Dios.

Haddad al-Amir siguió no arrodillado, sino postrado totalmente en el suelo, y sus quejidos y lamentos resonaban en la sala. El visir le gritó:

—Con cuántos hombres has regresado?

—Menos de quinientos —respondió el capitán.

—¿Tal vez cuatrocientos? —preguntó el visir.

—Menos aún —dijo entre sollozos el capitán.

—Di la verdad. Son menos de doscientos —vociferó el visir.

Luego dio unas palmadas y entró raudo el jefe de la guardia.

—Trae de inmediato al carnicero al-Fata. —Y dirigiéndose a Samuel le dijo—: Este perro no merece siquiera que le corte la cabeza el verdugo del rey.

El capitán, tirado en el suelo, seguía llorando y entre lágrimas decía: «¡Piedad, piedad!». Pero al-Ârif ya no lo escuchaba, se había sentado tras su mesa y revisaba los papeles que en el transcurso de la mañana llevaba ya escritos Samuel. Más tarde llegó el carnicero y el visir le dijo:

—Córtale la cabeza a este hombre, que se la he de llevar esta tarde a nuestro rey

Habbús.

El carnicero se agachó, le quitó el turbante, agarró la cabellera, sacó de su cintura un largo cuchillo y de un fuerte tajo le cortó la garganta. La sangre salió a chorro, como una fuente que empapó las ropas del carnicero; sus manos, incluso sus pies quedaron en un charco. Luego apoyó el cuerpo en su rodilla y con un golpe seco quebró los huesos de la cerviz, quedando la cabeza suelta en su mano cogida por los pelos. Inmediatamente la mostró orgulloso al visir. Al-Ârif le dijo:

—Buen trabajo, ve ahora a que el tesorero de palacio te pague.

Y al jefe de la guardia le dijo:

—Que limpien esto y se tire el cuerpo por el adarve para que lo coman los perros.

Y a Samuel:

—Esta tarde le llevaremos la cabeza a nuestro buen rey.

Después siguieron hablando, el visir ya más tranquilo, sobre la necesidad, para mantener la paz en el reino, de tener mano dura con los jefes y capitanes que no cumplen con éxito las misiones que se les encomiendan.

—Al que se le da el poder y todas las ventajas que ello conlleva, ha de responder con buenos hechos, sin que quepan excusas, pretextos ni explicaciones. «Triunfa o muere» es la máxima que se debe aplicar a todos los magnates y altos funcionarios del reino. Sólo el rey escapa a esta regla, y en algunos pueblos y ocasiones, como nos enseña la historia, también se ha aplicado a los reyes sin la menor piedad.

Ambos, el visir y Samuel, estaban plenamente de acuerdo. Debe pagar con su vida el que se presenta ante el rey o ante el pueblo diciendo dame el poder, dame buena paga, dame hombres, dame honores, que yo te resolveré tus problemas, y luego, el muy embustero, es incapaz de hacerlo. Sólo la muerte será su recompensa, y la pérdida de la cabeza, su premio.

Por la tarde fueron, como todas las tardes, al cuarto del rey. Dos criados llevaban la cabeza en una gran bandeja de plata tapada con un lienzo. El visir al-Ârif le dijo al rey:

—Ayer al anochecer volvió el capitán Haddad al-Amir de la campaña de este verano por las tierras del reino. Aquí os lo traigo. —Y retiró el lienzo de la bandeja, quedando la cabeza al descubierto.

—Al parecer Allah no le fue propicio —dijo Habbús.

—Efectivamente, mi rey —replicó el visir.

—Que se exhiba la cabeza tres días colgada en la pared de la alcazaba, como está prescrito, para que sirva de ejemplo a todos aquellos que se ofrecen al servicio del rey y del pueblo sin tener la capacidad suficiente —concluyó el buen rey Habbús, y los dos criados retiraron de inmediato la bandeja con su macabro contenido, sobre el que ya se agolpaban las moscas.

En menos de tres días se puso el sello real a las disposiciones que ponían fin a la campaña de aquel verano. Las mujeres de los soldados que no habían regresado percibirían la totalidad de sus pagas en dinares de oro y en un plazo no superior a diez

días, recibíéndolas dobladas aquellas que tuvieron hijos. Unas y otras quedarían libres para poder tomar nuevo marido si así les conviniera. De los soldados sin mujer no regresados, sus padres, si los tuvieran, percibirían sus soldadas también en dinares de oro y en igual plazo, y si carecieran de ellos las percibirían sus hermanos. Los casi doscientos soldados vueltos a Granada no percibirían cantidad alguna y sus jefes inmediatos tampoco y además a éstos se les darían cincuenta azotes en la plaza pública, quedando excluidos para futuras campañas. De esta forma el visir al-Ârif dio por concluida la campaña de aquel verano y a su *kätib* Samuel ibn Nagrella le pareció buena y justa la liquidación del asunto, pues entendía que el progreso y la paz del reino no se podían dejar sin castigo en manos de quienes demostraban ser indolentes e ineficaces, por muy osados que fueran antes de las batallas.

Vino luego el invierno, aquel primer invierno que Samuel pasó en la casa del rey Habbús. Y una tarde, antes de que el sol se pusiese, junto a la gran chimenea, Samuel le dijo al rey:

—Yo estoy dispuesto, respetado Habbús, a ir al frente de los soldados el próximo verano y traerte la cabeza del rebelde almeriense al-Zuhayr.

El rey pareció sorprendido.

—Rabí Samuel, no tientes a la suerte. Sois calígrafo y poeta. Dejad a otros que con las armas nos defiendan, para eso nos sirve el oro.

Samuel insistió, quería probarse, quería saber en su propia carne si lo que hace un hombre puede hacerlo otro que tenga voluntad para hacerlo. Habbús dijo una vez más:

—No tientes a la suerte, pues sabes bien que el fracaso se paga con la vida, poeta.

Pero Samuel estaba decidido, y cuando vino el visir y el rey le informó del asunto también se sorprendió y se lo quiso quitar de la cabeza.

—He estudiado la manera de hacer la guerra, pues todos los saberes se encuentran en los libros. Pienso que un hombre que quiere ser sabio, y que ya por algunos se le tiene, en modo alguno debe rehuir esta experiencia esencial en su vida. La guerra, la lucha, el combate es para el hombre tan necesario como el aire que respiramos. Yo necesito saber si Samuel ibn Nagrella, al que llama rabí su pueblo, y es ahora el que os habla, puede ser un guerrero, un luchador, como lo fue David, Jonatán o Judas Macabeo.

Tanto el rey como su visir estaban decididos a quitarle el deseo y largo rato siguió la conversación en tal sentido. Samuel insistió en sus pretensiones y fue tachado de loco. El visir al-Ârif le dijo:

—Si fracasas, Samuel, ya sabes cuál es el premio. Tu cabeza se exhibirá en el muro de la alcazaba. Si caes en la batalla, tu cuerpo será traspasado por saetas y lanzadas, los golpes de las espadas cercenarán tus miembros.

Samuel le interrumpió:

—Si triunfo, visir al-Ârif, habré servido a mi rey y habré contribuido a mantener la paz en Granada.

El visir se dirigió al rey:

—No hay manera de convencer a este testarudo. Y lo peor del caso, mi amado

Habbús, es que yo me quedaré sin secretario, perderé mi *kätib*, ya que es seguro que este hombre nunca ha usado la espada, ni sabe cabalgar durante horas, ni dormir al raso en la montaña, ni pasar sed bajo el sol ardiente del verano. Está perdido ya y aún no ha empezado con la empresa.

Samuel puso fin al discurso con una alegre risa:

—Al-Ârif, moro de poca fe, cuán poco me estimas, pero te doy mi solemne palabra de que demostraré al rey que todo lo que me propongo lo consigo, pues creo firmemente que Dios está de mi lado.

El rey Habbús concluyó el debate:

—El tiempo dirá quien acertó el pronóstico, pero de todas formas te digo, Samuel, que es peligroso jugar con la paz de mi reino. ¡Que Allah te proteja!

Como estaba decidido, Samuel empezó desde aquel momento a preparar la campaña del verano. Fue, pues, un duro invierno de trabajo. La noticia pronto se supo en la ciudad, causando también sorpresa en la sinagoga, donde fue discutida con amplitud. El rabí Menahem la criticó duramente:

—El judío no debe meterse en la política de los gentiles y mucho menos hacer la guerra en ningún bando. No ha sido nunca mercenario de ningún rey. Desde siglos, y mientras que estemos en la Diáspora, si bien hemos servido a reyes y poderosos ha sido prestándoles nuestro oro al mejor interés, siendo también nuestra costumbre garantizarlo convirtiéndonos en recaudadores de impuestos. Éste es nuestro oficio, ésta, la función de nuestro pueblo. El rabí Samuel con su actuación traiciona a nuestra raza.

Estas y otras razones expuso el rabí Menahem en la *kënesset* vespertina del sábado y la gente le escuchó en silencio, pero sin que nadie le apoyara. Primó más en los judíos granadinos el saber que el rey Habbús apoyaba a rabí Samuel confiándole su ejército para la campaña del siguiente verano. Rabí Menahem no se rindió. Escribió a las aljamas de Córdoba, Málaga, Lucena, Rute, Ronda, Priego e incluso a otras más pequeñas. Le acusó de traidor al pueblo judío, le llamó indecente bigamo, recordó que hasta hacía poco tiempo no aparecía por la sinagoga. Sin embargo rabí Menahem no fue escuchado, no tuvo el menor éxito en su porfía. Por el contrario, hizo que los judíos de las otras aljamas del reino supieran de Samuel —los de Málaga aún lo recordaban—, conocieran de su fortuna, se enterasen de su sabiduría y, sobre todo, tuvieran conocimiento de que era amigo del rey. En menos de dos meses, en el reino de Granada e incluso en todas las demás tierras de al-Andalus fue conocido Samuel ibn Nagrella. Bastantes supieron, pues Samuel se ocupó en darlo a conocer, que además de rabí, rico y amigo del rey, era poeta. Todos querían conocerlo, leer el *diwan* de sus poemas, saber su interpretación de la Tora, escuchar sus consejos. A todos por carta respondió Samuel y a todas las aljamas de pueblos y ciudades prometió visitar más luego, cuando terminara su próxima campaña militar del verano. El rabí Menahem se recomía de envidia y, totalmente cegado, se juraba a sí mismo que haría todo que lo fuese

necesario para impedir que el atrevido y asqueroso Samuel consiguiese sus propósitos. Pero prudentemente decidió esperar, aunque comiéndose los puños de rabia, ya que antes incluso de que acabase el invierno todas las aljamas de al-Andalus decidieron nombrar a Samuel ibn Nagrella *Naguid* o príncipe de los judíos andalusí. A partir de entonces y hasta su muerte fue llamado por todos y hasta su muerte Naguid Samuel. En aquel momento el rabí Menahem pensó morir de envidia.

Es verdad que cuando Naguid Samuel pidió al rey hacerse cargo del ejército tenía ya más que estudiada la cuestión. No sólo en el plano teórico, en los libros como dijo a Habbús, pues si bien conocía la *Anábasis* de Jenofonte y las *Guerras de Yugurta*, el rey de Numidia, estaba, en el plano real, trabajando ya seriamente en el proyecto. Nada se puede hacer sin tener previamente la oportuna información. Cuando Samuel habló con Habbús ya sabía, incluso mejor que el visir, todo lo que había que saber de al-Zuhayr, que no era un insignificante rebelde, como despectivamente lo calificó el visir. Sabía que su ejército era cercano a los tres mil hombres, con sus correspondientes caballos, espadas, lanzas y saetas. Su castillo, sobre el mar, estaba reforzado en sus murallas y en su única puerta con cantos de piedra bien encajados. Cerca de un centenar de pueblos y alquerías del otro lado de las montañas hasta el cabo de Gata le están sometidos y le son fieles. Estas gentes no le aman, pero le temen, pues su crueldad no conoce límites. Al vencer al capitán Haddad al-Amir, en el mismo campo de la batalla se proclamó rey de Almería y fue aclamado por sus soldados. Todo esto lo conocía ya Samuel cuando por el rey Habbús se le concedió el mando del ejército. De los soldados que regresaron a Granada, y que se quedaron para siempre sin empleo, fue sabiendo todo lo que había que saber. Uno por uno fue con todos hablando antes de darles trabajo bien en la ciudad o en la Vega como labriegos. Si bien no fueron desertores y por ello no fueron matados, sí fueron vencidos y por ello merecían el desprecio de Granada. Estaban para siempre condenados a la pobreza, y un trabajo, por muy ruin que fuese, les podía valer para ganar un poco de pan con el que seguir subsistiendo, y ello lo debían agradecer al secretario del visir. No tuvieron pues empacho en relatarle toda aquella desgraciada campaña y a todas las preguntas de Samuel contestaron y dieron repuesta detallada. Tenían información aquellos desgraciados y Samuel se la sacó toda y de todo tuvo conocimiento puntual y exacto. Cómo y de qué vivía el rebelde, cómo peleaba, con quién contaba para la lucha y si su gente tenía armas adecuadas para la batalla. Fue todo sabido de inmediato por Samuel. Luego, como jugando, se dedicó a reflexionar sobre la forma adecuada para vencer a al-Zuhayr, y casi sin sentir, sólo pensando, encontró la solución para acabar con él. Cuando la tuvo le habló al rey, al que desde luego no explicó el trabajo que ya tenía realizado ni cómo resolvería el problema. Era una apuesta consigo mismo y en la que se jugaba la cabeza. Se aceptó él mismo el envite y el rey Habbús le dio la oportunidad que solicitaba. Ahora Samuel ya sabía que su destino estaba en sus propias manos. En unos pocos meses sabría si era capaz de hacer mejor lo que pudiera hacer cualquier otro hombre. Y a este juego se dedicó con tenacidad en aquellos días, sencillamente

para saber si era capaz de hacerlo. Así era Samuel y así fue toda su vida.

Todo el invierno lo dedicó a la empresa, dejando la caligrafía del visir en las manos de un joven amanuense al que él mismo enseñó el oficio. Puesto ya en el trabajo, lo primero que hizo fue conocer a la perfección el terreno donde tendría que enfrentarse con el enemigo. No sólo buscó a los que podían conocer el territorio, sino que incluso mandó hombres expertos que con atención lo observasen.

Muy pocos días faltaban para iniciarse el verano cuando Naguid Samuel inició la campaña para traer a Granada la cabeza de al-Zuhayr, rey de Almería. Casi de noche empezó a salir la tropa por la *Bib Cieda*, la puerta norte de la muralla. Primero lo hicieron la gente de a pie, saeteros y ballesteros. Eran más de mil quinientos, con sus armas al hombro y a la espalda la mochila con vituallas y calzado de repuesto. Los jinetes empezaron a salir cuando amanecía. Quinientos hombres, todos con lanza y espada. Luego los carros de mulas con toda la impedimenta, con más armas, con las tiendas de campaña, con los peroles y sartenes para la comida. La gente se fue agolpando en la puerta y en el adarve a la espera de ver salir al capitán supremo de aquel ejército muy próximo a tres mil hombres, en su mayor parte pagado con el oro de mi abuelo. Éste tardó en aparecer, pues la despedida del rey fue más bien larga. *Pajarito* y *Bilhà* lo acompañaron a las habitaciones del monarca y luego fueron con él hasta la *Bib Cieda*, e incluso caminaron los tres juntos un buen trecho y después, tras besarlo, sus dos mujeres regresaron a la ciudad con sus esclavas. El rey Habbús estuvo amable con él e invocó a Allah rogándole que le protegiera, como igualmente hizo el visir al-Ârif, que, en voz baja y casi al oído, le susurró a Naguid Samuel que aún estaba a tiempo de desistir, ya que varios capitanes que iban con la tropa estaban dispuestos a tomar el mando. «Gano o muero» fue la respuesta de mi abuelo. Las mujeres, *Pajarito* y *Bilhà*, que bien lo conocían, nada dijeron y ni siquiera se permitieron soltar una lágrima, emitir un suspiro, una queja. El pequeño Yosef no prestó la menor atención a la partida de su padre, siguió jugando en el patio con su amigo Badis, el hijo del rey. Cuando las mujeres regresaron, Samuel Naguid siguió a la cola de la tropa, aunque ya ahora subido al caballo. A los jefes y capitanes los había instruido previamente. Debían avanzar montaña arriba sin parar, sin darse reposo alguno hasta llegar a la vista de Guadix, la antigua Acci de los romanos, siguiendo la vieja calzada que éstos construyeron y que cruza el río Fardes por un viejísimo puente de piedra, y allí acampar hasta que él llegase. Siguió pues el último y siguió solo, con dos criados y dos soldados veteranos que ni siquiera llevaban espada. Era noche cerrada cuando llegó al campamento y la guardia no le quería dejar entrar al no conocerlo. Su tienda sin embargo ya estaba montada y vacía. Era magnífica, ricamente alhajada, con alfombras bordadas en vivos colores, con mullidos almohadones de lana blanca, pebeteros de cobre labrado, un aguamanil de oro y tres candelabros altos de plata repujada. Colgaduras y tapices cubrían los testers y una pequeña mesa de taracea estaba repleta de dátiles, queso y frutas frescas en bandejas de plata. Mandó

llamar a los capitanes. Cuando éstos llegaron les hizo sentar y dio las nuevas instrucciones. Por el momento, él no iría con el ejército. El capitán Buka-Meryama, un gigante beréber con algo de sangre negra en sus venas, sería su sustituto. Deberían salir a los tres días, cuando él ya se hubiera ido. La marcha la harían despacio, muy lentamente, pero levantando mucho polvo y con gran ruido. Quería que la columna de la tropa tuviera tres o cuatro leguas de largo y por ningún concepto acamparían ni pasarían por poblado ni alquería alguna. Y cualquier persona, hombre o niño, que se acercara a la columna sería inmediatamente degollado. La ruta la precisó el Naguid Samuel con todo detalle. Desde Guadix les ordenó bajar hacia las proximidades de Fiñana y de aquí a las de Pechina, desde donde se ve ya perfectamente el castillo de al-Zuhayr. Allí, una vez levantado el campamento, debía moverse la tropa de continuo, haciendo ruido y levantando polvo, hasta que él llegase.

—Y que quede claro —terminó sus instrucciones— que vuestro jefe sabe perfectamente que la ruta que os impongo se hace con suma facilidad en menos de cinco jornadas.

Luego, al quedarse solo con Buka-Meryama le prometió cien dinares de oro si cumplía al pie de la letra sus instrucciones y asimismo le advirtió que de no hacerlo pagaría con su cabeza.

Al día siguiente salió Naguid Samuel del campamento y nunca hubiera creído quien le viese que era el capitán en jefe de un ejército que marchaba en operación de castigo contra tropas enemigas. Iba el Naguid en un hermoso caballo blanco de abundantes crines, con vestido de seda blanca bordado con hilo de oro; las babuchas, el alto turbante y la amplia capa, todo de seda también, eran de un color verde aceituna que brillaba al sol como agua contenida en un estanque. Los jaeces del caballo eran de igual riqueza y poderío, así como la vestimenta del séquito que le acompañaba.

Eran unos doce hombres, todos también montados en briosos caballos árabes de pelo negro y todos armados con grandes dagas en la cintura y anchas espadas colgadas en tahalí de cuero repujado. Un grupo de veinte mulas cargadas con sacos y paquetes bien amarrados y los trebejos y utensilios de la tienda del Naguid les seguía. Los arrieros, bien escondidos en sus chilabas, también llevaban dagas y puñales. A la vista, como antes dije, nadie creería que el grupo perteneciera al ejército que quedaba acampado junto a la muralla de Guadix, la ciudad milenaria que fundaran los romanos. Aquella gente, para cualquier persona que la viera pasar, no era otra cosa que un riquísimo mercader que iba en viaje de negocios. Y no tomaron el camino de Fiñana, sino que se dirigieron hacia el este, embistiendo las montañas de la Sierra, que estaban aún cubiertas de nieve. Iban buscando el paso o puerto de la Ragua, atravesando por lo más escarpado la Sierra del Sol, para ir a caer al mar. Estaba el Naguid desandando el trayecto seguido desde Granada hacia el norte para volver al sur, hasta el mar, pero este volver sobre sus pasos lo hacía ahora por barrancos y precipicios, escalando las

alturas por veredas y vericuetos donde sólo las cabras monteses tienen su albergue. La primera noche le instalaron los criados la tienda en la pequeña llanada que hay en la misma Ragua y la gente durmió junto a los caballos y mulos buscando el abrigo y el calor de las bestias, rodeados de nieve que de seguro nadie había pisado en todo el invierno. El Naguid aguantó largo rato a la puerta de su tienda, de pie y erguido, inmóvil mirando el firmamento, que lucía iluminado por millares de estrellas, entre las que identificó al Carro, al Cisne, a Escorpión, a la Osa Mayor y a otras muchas que su vasta cultura hacía para él extremadamente fácil distinguir. Aunque fue lo más penoso del viaje, siempre ascendiendo, el Naguid no tenía prisa ninguna en irse a descansar. La belleza de la noche en la soledad de la alta montaña lo tuvo cautivo bastante tiempo. Luego, cuando amaneció, volvió a la realidad y se reanudó el camino, y a los dos días vieron allá abajo y allá lejos el azul del mar entre la bruma. Estaban llegando a Berja, Vírgis la llamaron los romanos, y desde allí, sólo a tres leguas, Abdera, la antigua colonia fenicia, hoy Adra para los árabes. Y el agua del mar lamió los cascos de los caballos. Aquí tomó un respiro, acampó en un hermoso huerto de naranjos que existía en la amplia rambla que divide el pueblo de pescadores y allí hizo un pequeño negocio, como corresponde a un rico mercader, con el cacique del poblado. A cinco dinares la pieza le compró cinco muchachas negras que el hombre aseguró que eran vírgenes, estaban recién traídas del Sudán e iban para Roma al harén del Papa de los cristianos y de sus cardenales. Creyó saber Naguid Samuel que sólo era cierto que las cinco muchachas eran negras y que eran jóvenes, lo demás era pura fábula del pescador. Pero aquella misma noche el Naguid comprobó con toda certeza que, al menos la que durmió en su tienda, perdió la virginidad entre sus brazos. Ahora sí, el camino hasta Almería transcurrió junto al mar.

Samuel se acercó al castillo, subiendo, seguido de su comitiva, por la empinada cuesta hasta el rastrillo de la puerta de la alcazaba almeriense. Allí no tuvo la menor dificultad para entrar en la fortaleza, pues su brillante y ostentosa comitiva fue considerada por los guardias como visita importante y provechosa para la ciudad. El rico mercader tuvo fácil la entrada y con igual facilidad se le ofreció un buen *fondac* donde instalarse. A la mañana siguiente, cuando amanecía, uno de sus criados se acercó a la casa del primer ministro, que se llamaba Walad' Abbas, a solicitar una entrevista que de inmediato le fue concedida. Fue el primer acto político que por su propia iniciativa realizó Naguid Samuel, y bien sabía que se estaba jugando la cabeza, incluso la de su pequeño y único hijo Yosef.

—En el nombre de Dios, clemente y misericordioso —fue el saludo de Samuel a Walad' Abbas para que quedara claro desde el principio que era hombre piadoso y respetuoso con las creencias del Islam y luego, de seguido, dijo que era judío y mercader, natural de Córdoba, venía de Málaga y estaba dispuesto a prestar el dinero que fuese necesario para que el emir al-Zuhayr armase tropas para defender la taifa de Almería, pues sabía de buena fuente que un gran ejército granadino estaba en marcha para ocupar esta plaza, vengar la humillación sufrida el verano del pasado año y

cortarle la cabeza a al-Zuhayr. Sólo había que ponerse de acuerdo en el precio del oro necesario y las garantías que tendría Samuel de recuperar su dinero y su ganancia. Walad' Abbas dijo que no había que ir tan deprisa. El ataque de los granadinos efectivamente era posible, pero no era seguro que lo hicieran. Bastante mal les fue el pasado año. Samuel insistió y su argumento era bastante convincente: ¿por qué se había puesto él en camino, por qué abandonó Córdoba, por qué perdía él su tiempo en tan molesto viaje? ¿Es que no sabía el primer ministro que los judíos a través de sus aljamas se comunican con rapidez y con certeza todo lo que acontece en todo Sefarad, en el norte de África e incluso aún más lejos? Por último, y para que se enterara de una vez por todas, debía saber el primer ministro que es el oro de los judíos lo que está en uno y otro lado en todas las guerras habidas y por haber. Siempre ha sido así y por siempre lo será.

—Sí, amigo Walad' Abbas, con seguridad absoluta el ejército del rey Habbús de Granada ya está en camino, y son más de treinta mil hombres los que se encuentran acampados a estas horas en la ciudad de Guadix, y pronto estarán a las puertas de esta ciudad de Almería, y es el oro de los judíos, de la familia Nagrella, quien en su mayor parte lo financia, y yo lo sé bien, pues también soy judío...

Walad' Abbas empezó a dudar, incluso pensó que treinta mil hombres eran muchos hombres a los que en modo alguno podría vencer. Samuel fingió querer animarlo:

—No obstante, a lo mejor no son tantos. Si tuvieras buenos jinetes tal vez sería útil enviar informadores a Guadix y confirmar o desmentir lo que te digo. Aún podríamos, con mi ayuda, prepararnos para la defensa.

El primer ministro ahora ya no dudó:

—Antes de que amanezca un nuevo día estarán veloces soldados de mi guardia a la vista de Guadix y en la noche del día de mañana los tendremos de nuevo con nosotros aunque tengan que reventar a los caballos. Sabremos pues, si me dices verdad o si me engañas.

Acto seguido salió de la estancia a dar las órdenes oportunas, volviendo satisfecho.

—¿Cuándo informarás al emir al-Zuhayr? —preguntó Samuel.

—No creo, por el momento, que sea necesario alarmarle —contestó—. Es mejor dejarlo disfrutar con sus amigos —añadió.

—Es una magnífica idea —replicó Samuel—, y pienso que también es justo que no lo hagas hasta que regresen tus enviados. Este atardecer y mientras tanto, quisiera que me acompañases al lugar donde estoy instalado, pues sería para mí un gran honor ofrecerte una pequeña fiesta y unos obsequios como buen augurio de los éxitos que de consuno hemos de conseguir, si logramos ponernos de acuerdo.

Y en cayendo la tarde estaba Walad' Abbas en la espaciosa habitación del *fondac* donde se había instalado Samuel, que estaba adornada con el utillaje y objetos valiosos de la espléndida tienda que le tuvieron preparada en la acampada ante las murallas de Guadix. Todo el ritual y las atenciones que se deben tener con un huésped fueron

observados escrupulosamente. Una negra de las de Sudán le quitó las babuchas y en una palangana de plata le lavó los pies con agua de rosas; luego, tras secarlos, los roció con un oloroso perfume sacado de la flor del jazmín. Uvas y queso de oveja en fuente de plata sirvieron de aperitivo con un vino dorado, que Samuel afirmó con orgullo ser de los mejores viñedos de la isla de Chipre, servido en copa alta de oro labrado. Después, ya sentados en las gruesas alfombras y mullidos cojines, se sirvió el banquete, cuyo principal plato fue un tierno cordero asado con piñones, dátiles y almendras, cubierto con una brillante costra de miel y harina tostada, y el vino de Chipre se mantenía constante hasta el borde en las copas de oro, pues una de las negras sudanesas se cuidaba sólo de que el nivel no descendiera por más que bebiesen los dos comensales. Y hablaron, hablaron, hablaron mucho ambos, especialmente el ministro del emir, cuya lengua estaba cada vez más suelta en proporción al vino que bebía. Y estaba contento, cada vez mas contento y se sentía feliz, y así lo dijo, «pues con mi nuevo amigo el judío Samuel y con su oro estoy seguro de que el asqueroso rey de Granada —¡que Allah lo confunda y pierda!— nada podrá contra el reino de Almería ni contra su emir y amo al-Zuhayr». Entonces fue cuando dijo, lo que ya sabía Samuel, que el emir era un eunuco, que en su niñez fue castrado por piratas de Berbería atándole un cordón de seda a cada uno de sus testículos, que cada día eran apretados un poco más hasta que a los dos meses, completamente negros, fueron arrancados con un simple corte de cuchillo. Efectivamente el emir era un eunuco, como lo eran los hombres de su guardia personal, eunucos todos ellos, eunucos hechos para luchar, que sólo sabían hacer, y disfrutaban, cortando cabezas y destripando personas, sin respetar a niños ni a mujeres, y luego beber, beber sin tino, hasta acabar borrachos tirados por el suelo. Pero era el emir y así fue proclamado por las tropas el verano pasado, cuando logró vencer al ejército del rey de Granada. Era, pues, también ahora rey y nadie estaba dispuesto a discutir su autoridad, y él, Walad' Abbas, como primer ministro o visir, mantendría para él el trono de Almería y su territorio. Y siguieron hablando, hablando y ya era noche cerrada, y el ministro le decía a Samuel que cuando venciera a los granadinos sería bueno mejorar el alcázar y construir un buen palacio para al-Zuhayr, y también habría que pensar con ese nuevo ejército extender el territorio hasta las tierras de Valencia, que son feraces, con agua abundante y dan buenas cosechas y consiguientemente se pueden imponer buenos tributos a sus gentes. Seguía contento el ministro y se felicitaba ya del buen futuro que con el oro de Samuel tendrían él y su emir eunuco. Alzaron las copas y una vez más las apuraron en un largo trago, y entonces Samuel le ofreció para él y para siempre a las cinco negras sudanesas, pero antes se refocilaron con ellas, todos desnudos se revolcaron sobre las gruesas alfombras de lana de oveja, las negras, el moro y el judío, cantando, riendo, todos amigos, todos felices, todos contentos. Y estaba clareando el día cuando Walad' Abbas salía de las estancias de Samuel rumbo a su casa, tras haber besado las mejillas de su nuevo amigo el judío Samuel, que como último obsequio le había entregado un grueso anillo de oro para el dedo índice de su mano derecha.

Al día siguiente, cuando se iba a poner el sol, Samuel se encaminó a la casa del ministro y Walad' Abbas le estaba esperando. No habían aún regresado los enviados. El primer ministro dijo que aún era pronto y que habrían de esperar hasta bien entrada la noche. Los guardias de la barbacana estaban advertidos y abrirían la puerta de la muralla tan pronto llegasen y de seguido serían traídos a su presencia.

—Esperemos pues y siéntete en tu casa mientras tanto, amigo Samuel —dijo Walad' Abbas, y de nuevo volvió a hablarle de su emir al-Zuhayr, al que respetaba sobre todas las cosas de este mundo, al que servía con total entrega y dedicación. Gozaba, en pago, de su absoluta confianza. Nada de lo que él dijese sería discutido por al-Zuhayr. Aunque no lo creyese Samuel, el emir siempre aceptaba sus consejos y cualquier insinuación era acatada como una orden y obedecida ciegamente por al-Zuhayr, pues bien sabía que nunca jamás sería traicionado por Walad' Abbas. El rey era el rey, el emir, el amo de Almería, pero el verdadero poder estaba en las manos del ministro. Él era árabe, árabe auténtico, sus antepasados vinieron con los Omeyas, con la fuerza, con el poder, pero también con la ciencia, el arte, el Islam. Al-Zuhayr, en cambio, era beréber, de Mauritania, en una palabra moro, guerrero, sólo guerrero, hecho para luchar, por eso lo caparon siendo casi un niño, un buen eunuco, un esclavo, un magnífico luchador sin temor ni piedad, pero sólo eso y nada más. «Un buen animal salvaje», se permitió apuntar Samuel. Walad' Abbas sin dudar corroboró: «Tú lo has dicho». Y siguieron esperando a los enviados y era ya noche cerrada y en el silencio sólo se oía fuera el golpe de las olas rompiendo sobre las rocas en que se asienta la alcazaba.

Casi clareaba cuando un criado anunció que se acababa de abrir el postigo de la puerta de la muralla. Momentos después pidió autorización para que entrase en la sala el hombre recién llegado y cuya montura quedó reventada en la misma puerta de la alcazaba. Lo primero que dijo fue que sus compañeros habían sido sorprendidos por las tropas granadinas ante las murallas de Guadix y de inmediato degollados. Él pudo escapar, pues llevaba el mejor caballo.

—Son muchos, un gran ejército, nunca había visto nada semejante.

—Pero decidme —gritó Walad' Abbas—, ¿cuántos?, ¿cuántos son?

No sabía responder. Estaba para morir.

—Muchos, muchos, más todavía.

El primer ministro aún pudo preguntar:

—¿Cinco mil, diez mil, treinta mil?

El soldado dijo:

—Más de treinta.

Y no dijo más. Cayó ante Walad' Abbas y éste y el Naguid Samuel se acercaron a socorrerle y vieron, con terror, que la espalda la tenía empapada en sangre, la cual llegaba hasta el borde de la chilaba, y en mitad de ella sobresalía la cola de una saeta. Estaba muerto, igual que su caballo, completamente muerto.

—¿Qué haremos ahora, amigo Samuel?

Y Samuel, tras un breve silencio, sólo dijo:

—Son demasiados.

Y calló luego, como si se hubiera quedado mudo. Entretanto y por el este, entre la bruma, ya se notaba el brillo del sol iluminando el mar, que seguía rompiendo sus olas sobre los grandes peñascos.

—Iremos a ver al rey —dijo el visir Walad' Abbas, y entonces fue cuando el Naguid Samuel, por primera vez, tuvo a al-Zuhayr ante su vista.

Al-Zuhayr, *laqab* o apodo que curiosamente significa «florequilla», era un verdadero gigante. Más de tres varas de alto y casi diez arrobas de peso, de color moreno y pelo rizado completamente negro. Sólo la voz, demasiado chillona, y el apodo por el que era conocido desentonaban en aquella figura impresionante de fiereza y crueldad.

—Los mataré a todos —fue lo primero que dijo cuando fue informado.

—No matarás a nadie, amado rey, pues son más de diez por cada uno de tus soldados. Nos matarán ellos si no organizamos pronto la resistencia dentro de la alcazaba y aguantamos aquí encerrados hasta que se cansen y se vayan —dijo el primer ministro.

—No me esconderé como una rata dentro de este agujero. Saldré a pelear y moriré matando. —Y parecía que la decisión estaba definitivamente tomada por el rey.

Y ahora fue cuando reparó en Samuel y Walad' Abbas le explicó quién era. Un rico judío que había venido a prevenir lo que se tramaba en Granada contra Almería y ayudar en lo que fuera menester, ya que tenía oro en grandes cantidades.

—Entonces resistiremos en la alcazaba y buscaremos más soldados. Luego saldremos a pelear —dijo contento al-Zuhayr.

—Para que deje mi oro debo saber antes cuál será mi ganancia —dijo Samuel sin mover un músculo.

Walad' Abbas lo consideró razonable y el rey dijo que esa cuestión la arreglasen entre ellos. Pero Samuel dejó claro que si salvaba el reino, él debía ser visir, el primer ministro. Al-Zuhayr aceptó de inmediato y Walad' Abbas se quedó estupefacto, pero sin embargo pudo preguntar cuál sería su papel en esta historia. Samuel le contestó:

—Tú, Walad' Abbas, serás mi *kätib*, mi secretario, y te prometo que nunca te arrepentirás.

Y al-Zuhayr, a su vez, preguntó:

—¿Cuándo, judío Samuel, empezaremos a pelear?

Samuel respondió:

—Paciencia, rey, que todo llegará a su tiempo. Ten la seguridad de que en este mismo verano serás el caudillo del mayor ejército de Andalucía y podrás pelear y matar cuanto te plazca.

A al-Zuhayr le brillaban los ojos, pidió que trajesen vino para brindar con Samuel y celebrar ya las victorias que ambos iban a conseguir. Bebieron, bebieron y Samuel les relató las alquerías que tomarían, los campos que arrasarían, las murallas que habría

que escalar, los miles de hombres que deberían ser degollados. Seguían bebiendo el rey y Walad' Abbas. Samuel hablaba y hablaba:

—Las banderas y estandartes de al-Zuhayr tremolarán en lo más alto de los alcázares, y los soldados, tus soldados, te aclamarán y vitorearán, tu nombre gritarán a voz en grito, en el mismo campo de la batalla. ¡Al-Zuhayr!, ¡al-Zuhayr!

Y entonces el rey preguntó:

—¿Podré tener yo un ejército tan grande como el del rey de Granada, judío?

Samuel no lo dudó:

—Mucho más grande y mucho más fuerte.

Y al-Zuhayr:

—¿Cuánto oro tienes, Samuel? Tendremos que cruzar África para traernos poblados enteros de guerreros sinhayas, zanatas, siuas, incluso tuareg.

Samuel lo tranquilizó diciendo que tenía bastante oro, mucho oro, el que hiciera falta. Sólo en el pueblo de Adra había dejado veinte mulas cargadas con diez arrobas cada una, y en Málaga él y otros judíos, amigos suyos, tenían oro suficiente para comprar todos los hombres y todas las tierras de África. Siguió preguntando el rey y siguió bebiendo, quería saber si los *siuas* eran más feroces que los *zanatas*, cuánto habría que pagar por cada guerrero, si se acabaría el oro ante tantos como querrían venir... Dime Samuel, es mejor la lanza o la espada para arrasar un poblado... Dime Samuel, cuántos deben morir en el asalto de una muralla de quince varas de altura... Dime Samuel, cuánto tardan los buitres en oscurecer el sol tras una buena batalla... Dime Samuel, si los niños y las mujeres deben dejarse para después de la batalla clavándoles siempre el puñal en mitad del corazón... Dime Samuel, que no faltará oro y que la sangre correrá por el campo, como el agua. Que traigan más vino, Samuel...

Y fue ahora cuando Samuel dijo que en el *fondac* tenía el mejor vino, el vino que nunca había bebido al-Zuhayr, un vino sin color, que en Asia llaman el «agua loca», un vino que es como un sueño, un resplandor de colores, que en un instante te coloca en el firmamento como si fueras una estrella. Y el rey, para su mal, quiso probarlo. Walad' Abbas intentó sujetarlo, pero de un empujón lo arrojó lejos. Samuel lo llevaba de la mano.

—Quiero ver tu oro. Vamos a Adra.

Y Samuel:

—Cuando bebas el «agua loca», mi rey.

Y el rey:

—Dámela pronto, Samuel.

Y la bebió, la bebió toda, dos copas altas, llenas hasta el borde. Vociferaba:

—¡Judío, judío, vamos a Adra! ¡Judío, quiero tocar tu oro!

Y entonces dio un fuerte grito, un alarido, salió a la calle, saltó al caballo que encontró más cerca y arrancó como un relámpago, golpeando al animal con las piernas, con las manos, en los ijares, en la cabeza, arañando y mordiéndole el cuello:

—¡Me voy a Adra!, ¡me voy a Adra!

Los doce hombres que trajo Samuel en los briosos caballos árabes de pelo negro, que estaban apercebidos, arrancaron tras él, cuesta abajo hasta la playa, y corrieron, corrieron, corrieron luego por el pedregal y las arenas, gritando también con al-Zuhayr, pinchando al caballo del rey, que corría desbocado, con sus espadas que habían sacado de los tahalíes de cuero repujado. «¡Vamos a Adra!, ¡vamos a Adra!», hasta que al-Zuhayr cayó del caballo, siendo rodeado, maniatado y amordazado por los doce hombres. Pero estaban ya a más de seis leguas de Almería y la alcazaba ni siquiera se veía. Luego siguieron cabalgando camino de Adra.

El Naguid Samuel le dijo a Walad' Abbas que se iba tras el rey, que volvería pronto, que preparase la defensa de la ciudad y que podía disponer de toda su impedimenta y de sus criados. Luego montó en su caballo y tranquilamente, sin apresurarse, salió de la ciudad, y era ya mediodía y el sol era una gran moneda de oro en mitad del cielo y nadie podía resistir el mirarlo fijamente.

Cuando el Naguid llegó a Adra, al-Zuhayr, fuertemente amarrado, dormía en el suelo del huerto de naranjos. Samuel se sentó a su lado y esperó con sosiego a que despertara. Anocheceía cuando al-Zuhayr abrió los ojos.

—Enséñame tu oro —fue lo primero que dijo, aún soñoliento.

—Yo soy el oro —dijo Samuel y lo repitió dos veces más, hasta que al-Zuhayr, ya plenamente despierto, quiso incorporarse y se dio cuenta de que estaba atado, fuertemente amarrado—. Yo soy el oro —una vez más afirmó el Naguid—. Sí, soy el oro porque tengo el poder, eres mi prisionero. El prisionero del judío Samuel ibn Nagrella, el *kätib* del visir del rey Habbús de Granada y el general en jefe del ejército que ya tiene cercada la ciudad de Almería.

Al-Zuhayr quiso incorporarse pero no pudo, estaba bien amarrado. Le lanzó una maldición. Samuel, sin descomponerse y en tono pausado, le advirtió que si no callaba ordenaría que le amordazasen. Ahora sí calló, pero sus ojos echaban chispas de ira y rabia. Y aquella misma noche ordenó el Naguid a sus hombres que había que tomar el camino de Granada, poniéndose en marcha todos con el prisionero, adentrándose por las fragosidades de la Sierra.

Dos días tardaron en dar vista a Granada y en todo este tiempo Samuel no dejó de hablarle a al-Zuhayr. Casi ya al final del camino, cuando cabalgaban por tierras de Dúrcal y las montañas habían sido dejadas atrás, el Naguid ordenó que lo desataran pues estaba seguro de que el rey de Almería había aceptado su destino. Entraron por la puerta de la Garnata al-Yahüd, la Granada de los judíos, y algunos reconocieron asombrados, y con cierto temor, al Naguid, que en tan pocos días ya estaba de regreso. Cruzaron el río por el puente del Cadí y ascendieron a la alcazaba, hasta el palacio del rey Habbús sin desmontar de los caballos, seguidos por las gentes que tras ellos se iban aglomerando. En la plaza, junto al aljibe, estaba el viejo visir que descompuesto se precipitó a su encuentro, pero Samuel, impassible, le dijo que quería ver al rey y que sólo ante éste hablaría.

Entraron todos en el palacio, al salón principal donde de seguido apareció Habbús, que, de forma adusta y con voz grave, requirió a Samuel con estas palabras:

—Hace poco más de una semana saliste de Granada con cerca de tres mil hombres. Vienes solo y sin la cabeza del rebelde al-Zuhayr. Judío Nagrella, bien sabes cuál será tu premio.

Samuel hizo la preceptiva zalema y con firmeza dijo:

—No traigo la cabeza, lo traigo entero y tus tres mil hombres, sin faltar ni uno, acampan junto al alcázar de Almería. —Y cogiendo de la mano a al-Zuhayr hizo que se postrase ante el rey.

Habbús, el visir, el príncipe Badis y su amigo Yosef, y todos los cortesanos que habían acudido, incluso las princesas, las concubinas, las esclavas, los criados, soldados, eunucos, moros, cristianos, judíos, todos, todos los que pudieron entrar y los que quedaron fuera en los patios, en la plaza, en toda Granada, gritaron y aplaudieron como locos. Y entonces el rey Habbús bajó de la tarima y abrazó y besó en las mejillas al Naguid Samuel, mi abuelo, que ya había cogido de la mano a su hijo Yosef, mi padre. Luego el rey ordenó que se despejara la sala, incluso que los guardias sacaran a al-Zuhayr, quedando solo con el visir, con Samuel y con los dos muchachitos: el príncipe Badis y su amigo Yosef. Y ahora fue cuando mi abuelo Samuel ganó la segunda batalla de aquella guerra. Dejó, primero, que Habbús y su visir hablasen y discutieran el cuándo y el cómo se le cortaría la cabeza a al-Zuhayr, que sería a los tres días y en mitad de la plaza de la alcazaba. También el nombre de la persona que como visir, o mejor sultán, se designaría para la ciudad de Almería, que ambos acordaron fuese el sobrino del rey, el hijo de su hermano Hubāsa, el príncipe Yaddaïr, quien entraría en la ciudad llevando la cabeza del rebelde al-Zuhayr clavada en lo alto de una lanza. Por último, había que hablar de la recompensa de Samuel ibn Nagrella, el héroe, el verdadero triunfador de aquella inolvidable jornada en la historia de Granada. Entonces habló Samuel y sus palabras dejaron estupefactos al rey, a su visir y a los dos muchachos, uno de los cuales era su propio hijo Yosef. Si sorprendidos habían quedado todos con la captura de al-Zuhayr, de manera tan astuta, sin sacrificar un solo soldado, mucho más quedaron con las palabras del Naguid Samuel solicitando su recompensa. Un rotundo no del rey y de su visir, dicho al unísono y casi gritando.

—No, de ninguna manera. Jamás.

Y es que el Naguid quería ni más ni menos que la vida de al-Zuhayr.

—¿Qué harás, rey, cuando hayas matado a todos tus enemigos? ¿Serás por ello un justo y poderoso rey o te conocerá la historia por el rey carnicero? Matar es fácil cuando se tiene al enemigo desarmado y atado. El más inútil de tus súbditos, el más idiota y el más cobarde puede hacerlo. Pero la generosidad con el vencido, la magnanimidad, es atributo sólo del poderoso. Y el más poderoso, según la primera línea de vuestro Libro Santo, es clemente y misericordioso. Piénsalo, Habbús.

El silencio reinó en la sala después de las palabras del Naguid. Pero aún se

escuchaban los gritos de alegría y los vítores de la gente en la plaza. E igualmente el pueblo, con alaridos, pedía que le cortasen la cabeza a al-Zuhayr pronto y ligero.

—¿Quién manda en este reino? ¿El rey o la plebe? ¿Es la chusma quien sabe lo que le conviene al reino? Pues si es el pueblo quien lo sabe, sobra el rey. Coge, Habbús, tus pertenencias y márchate. Pero si fuera al contrario, no dejes perder, amado rey Habbús, a tan buen guerrero como al-Zuhayr. Nació para la guerra, está hecho para luchar, que sea él el que mate, que sea él el verdugo. Y tú, oh rey, siempre el bondadoso, el clemente, el misericordioso. Piénsalo, Habbús, y trata de asemejarte a Allah para que un día puedas entrar en su paraíso —concluyó el Naguid y el visir no tuvo palabras para contestarle y Habbús dijo:

—Mañana decidiré qué conviene a Granada que se haga —saliendo de la sala, al tiempo que los dos hombres y los dos muchachos inclinaban sus cabezas con respeto.

El Naguid cogió de la mano a su hijo, se inclinó ante el visir y el príncipe Badis y tomó el camino de sus habitaciones donde sabía que le estaban esperando *Pajarito* y la bella concubina Bilhà, durmiendo con ambas aquella noche.

Temprano vino al-Ârif a las habitaciones del Naguid. Aún dormía éste. Lo quería el visir felicitar y congratularse con él por lo breve de la campaña de aquel verano y el éxito de la misma. Sin embargo, Samuel le dijo que, a su entender y si el rey le dejaba, el éxito de la campaña podía ser todavía mayor, pues aún quedaba mucho verano por delante, que debía ser aprovechado para beneficio del reino. Al-Ârif quedó intrigado y quiso saber más, pero el Naguid insistió en que todo dependía del rey y habría que esperar a su última decisión. Este no los llamó hasta bien pasado el mediodía y había mucha gente en la sala principal del palacio cuando llegaron. Habbús impuso silencio con una seña y todos escucharon sus palabras.

—He decidido tomar a mi servicio y al servicio de Granada al emir al-Zuhayr, que a partir de ahora será el jefe de mi ejército.

Un murmullo recorrió la amplia estancia. Sólo el rostro del Naguid mostraba satisfacción. Cuando pasó la sorpresa añadió:

—Al-Zuhayr recibirá mis órdenes a través de mi gran visir y de su *kätib* el príncipe de los judíos, el Naguid Samuel ibn Nagrella, que ahora y en este momento deberá traerlo a mi presencia.

Samuel se fue a las mazmorras, ordenó que desatasen a al-Zuhayr, que lo aseasen, y pidió una buena espada que él mismo ciñó a su cintura. De seguido le dio cuenta de su nombramiento, recordándole que en Almería le dijo que en aquel mismo verano sería el jefe del mayor ejército de Andalucía.

—Déjate llevar por mí, que nunca más volveré a engañarte, y serás el guerrero más importante en la historia de esta tierra.

Al-Zuhayr comprendió el gesto e inclinándose le besó la mano con respeto. Luego ambos fueron a la presencia del rey. Ante toda la corte al-Zuhayr rindió vasallaje al buen rey Habbús, besándole los pies postrado a sus plantas.

A la mañana siguiente, bien temprano, salía Samuel, una vez más, por la puerta norte

de la muralla, la *Bib Cieda*, y ahora le acompañaba al-Zuhayr, al que en la anterior salida iba persiguiendo. Camino de Guadix, de allí a Fiñana y luego Pechina, donde le puso al frente del ejército para hacer la entrada triunfal en Almería. Ni la guardia personal de eunucos de al-Zuhayr, y menos aún Walad' Abbas, creían lo que veían.

—Soy el emir al-Zuhayr, nuevo sultán de Almería, y mi dueño y señor es el rey de Granada Habbús, del que soy tributario y de cuyo ejército soy el jefe.

Descansaron breves días en la alcazaba y prepararon a los soldados de Granada y de Almería, que juntos formaban ahora un gran ejército, el más grande de al-Andalus, para atacar a los señores de las taifas de Denia y Valencia, cuyas feraces tierras eran bocado provechoso anhelado de siempre por al-Zuhayr. En toda la campaña Samuel fue el maestro de al-Zuhayr, que con todo respeto siguió siempre sus consejos y desde entonces, y hasta su muerte, no olvidó nunca que al Naguid Samuel debía la vida y que éste fue el primero que descubrió en aquel hombre, que fue hecho para la crueldad y la guerra, un ser humano, castrado, al que si bien le habían sido arrancados los testículos, nadie le pudo quitar lo que de hombre tenía dentro de su corazón y de su cabeza. La *razzia*, que duró hasta casi el otoño, llegó hasta Valencia y fue una sucesión de batallas ganadas, de castillos conquistados, de señores, emires y sultanes sometidos, que además de pagar fuertes sumas en monedas de oro para no ser aniquilados totalmente, se convirtieron en tributarios del rey Habbús de Granada y del bravo emir de Almería al-Zuhayr. Y Samuel ibn Nagrella, desde las playas de Águilas, por tierras de Murcia, escribió un bello «poema de guerra», que dedicó a su hijo Yosef, y que le envió con una paloma mensajera; una a modo de carta coloreada con agua de azafrán, perfumada con incienso y que empieza de este modo:

Hijo mío, sabe que ha huido en desbandada
la maldita tropa de enemigos,
se ha dispersado por los montes
como tamo de avena arrastrado por el vendaval,
esparcida por los caminos
como ovejas sin pastor.

Y que termina conminándolo con estas palabras:

... levántate hijo y recita mi poema de alabanza
en las reuniones y asambleas del pueblo.
Ponlo como filacteria, atada sobre tu brazo, y que quede escrito sobre tu corazón
con pluma de hierro y plomo.

Con las primeras aguas del otoño regresó el Naguid a Granada cargado de oro, con varios cientos de jóvenes prisioneros que se convirtieron en esclavos. El pueblo y el visir al-Ârif lo estaban esperando en la *Bib Cieda* y en triunfo lo llevaron hasta el

palacio del rey Habbús.

En verdad que el Naguid Samuel fue en Granada, a partir de entonces, algo más que un *sāhib al-sūrta*, tanto es así que solicitó al rey no vivir en palacio y volver a su Garnata al-Yahüd, su querido barrio judío al otro lado del río, bajo las torres de la fortaleza de Hisn Maurur. Habbús nada le podía negar y sólo le rogó que no le privase de su compañía y que siempre que pudiese, al menos cada cinco o seis días, le visitase para conversar de esas cuestiones y de esas otras ciencias que para él eran tan gratas, pero sobre todo para escuchar sus versos, sus poemas, sus canciones. El visir al-Ârif también le rogó que no le dejase, que necesitaba su ayuda pues ya estaba demasiado viejo para cuidar y mantener en paz un reino que cada vez era más grande, más rico, más próspero y, por consiguiente, más deseado por los enemigos. A ambos dio palabra el Naguid de estar pendientes de ellos, permanecer vigilante, acudir cuando fuese necesario y a ambos prometió solemnemente que estaría siempre a su servicio y al servicio de Granada. Pero se fue a su barrio judío, a su aljama, con su gente, la gente de su raza. No en vano era un rabí, incluso más que eso, nada menos que el Naguid, el príncipe de todas las aljamas de al-Andalus.

La casa es grande, tal vez demasiado grande. Es la mejor sin duda alguna de toda Garnata al-Yahüd. El Naguid no tuvo dificultad alguna en adquirirla, pues no discutió el precio con ninguno de los cinco propietarios que en ella vivían. Pagó lo que le pidieron y en veinticuatro horas tomó posesión de los inmuebles. Todos vinieron. Sólo Yosef se quedó en la casa del rey con su amigo el príncipe Badis. En poco más de un mes el cambio fue radical y todo quedó a gusto de Samuel: las habitaciones de Séfora, las de Bilhà, los patios, el pequeño jardín con la fuente de piedra y la yedra verde incrustada en el muro. En especial la sala del Naguid con la amplísima ventana desde la que se veía a su frente toda la alcazaba, el minarete de la mezquita e incluso parte de la gran plaza y la torre del palacio del rey. También el cuarto del orfebre, junto al pequeño patio de la vieja parra y del pilar pequeño cuyo chorrito de agua cae día y noche. Y en las jambas de la puerta principal de la gran casa fueron colgadas las *mezuzah*, en honor de Adonai. Abajo el río, el Darro, y toda la inmensa casa sobresaliendo en un laberinto de callejuelas empedradas, estrechas, pinas, muy frescas en el verano y abrigadas y acogedoras cuando el frío y la nieve se dejan sentir sobre Granada. Aquel invierno fue el primero de Samuel como el judío más poderoso de la ciudad, una ciudad cuyo número de familias judías no bajaría de al menos cuatro mil. Y además respetado y amado por todos los islámicos, tanto moros como árabes, y por el grupo de cristianos que también la habitan. Bien instalado quedó el Naguid y nadie en aquellas fechas osó perturbar su paz ni discutir sus decisiones, ni siquiera el rabí Menahem.

De aquel tiempo tengo el relato que me hizo mi abuela *Pajarito* y un puñado de papeles del propio Naguid, que con mucha paciencia he conseguido ordenar y en los que he podido descubrir sentimientos íntimos de aquel hombre. No todo fue felicidad para mi abuelo, aunque a primera vista así lo pareciese. Tuvo un dolor, una espina que se le clavó en el corazón y que la tuvo hasta su muerte en un rinconcito. El poderoso, el triunfador, el hombre sabio supo con dolor, un mal día para él, que su segunda esposa, la concubina Bilhà, no le amaba. Y cuando, mucho más tarde, supo el verdadero nombre de la persona a quien su segunda esposa de verdad idolatraba, su amargura fue un punto de aflicción que le duró toda la vida, incluso después de que la propia Bilhà hubiese muerto. Al principio no lo quiso aceptar, ni aun siquiera darse por enterado.

—Es mi segunda esposa. La tomé para tenerla a mi lado y a mi vera debe estar porque yo la quiero, para que yo la mire, para que yo la vea, para que yo la toque cuando vuelva a mi casa, de la que soy el amo.

Lo sabían bien Séfora y la propia Bilhà, desde el primer día, y entendían que era lo justo y lo adecuado. Y él las amaba a las dos, por igual, intensa, apasionadamente. Tampoco Bilhà pudo darle un nuevo hijo, pero ello no tenía para Samuel la menor trascendencia. Ya tenía uno, Yosef, *El añadido*, que era importante en su vida, pero que no era él, y cuyo destino no era precisamente el suyo y su final, por ley de la propia naturaleza, él no debía ver y en consecuencia en modo alguno era de su incumbencia, ni tenía la menor consecuencia en su propia vida. Pero ellas, sus dos mujeres, sí, éstas sí eran suyas y lo eran por siempre y para siempre. Su sino con ellas está marcado en las estrellas. Así debe ser y así era desde que una y otra entraron en su vida y él entró en la de ellas. Por eso sintió verdadera amargura cuando supo que por una de ellas no era amado y posteriormente sufrió todavía más cuando tuvo conocimiento de que en ella había surgido el amor hacia otra persona.

Con su sufrimiento a costas no dejó Samuel que su espíritu decayera y ahora, como siempre, su actividad no encontró sosiego. La sinagoga, el palacio del rey y la vigilancia atenta a sus múltiples negocios, ahora incrementados con la gran cantidad de dinero invertido tras la provechosa campaña guerrera del verano, le tenían ocupado; pero aun y así el atardecer, la puesta del sol de cada día, la quietud crepuscular, en el retiro de su sala con sus mujeres, constituía el aliento y la fuerza para seguir viviendo. Séfora sentada en cualquier rincón atenta a su costura y Bilhà ante el gran ventanal en pie y la mirada perdida en lo infinito constituían el entorno en que Samuel daba, un día tras otro, rienda libre a su imaginación y ensoñaciones. Escribía, hacía números y cuentas, leía y sobre todo se refugiaba y escondía entre sus versos, sus poemas y sus canciones, dichas en el silencio de la espaciosa sala, junto a sus dos mujeres, que le dejaban hacer o soñar o simplemente pensar sin hacer nada, hasta que el sol se iba y Séfora se quedaba sin luz para seguir cosiendo. Luego, en la noche, vendrán los amigos, algún rabí, gente del pueblo, alguien del palacio del rey, algún trovador que va de paso por Granada o tal vez judíos de otras aljamas con algún mensaje. Posiblemente también el Naguid alguna noche, precedido de criados con antorchas, subirá a la

alcazaba y Habbús, el rey, con el visir al-Ârif, le invitará a cenar en su palacio y escuchará más luego a los músicos del monarca, mientras las bailarinas entre velos de gasa y seda se contonean insinuantes ante el rey y sus invitados. Años, tal vez casi diez, estuvo Samuel con este plan de vida y fue entonces cuando visitó una por una todas las comunidades judías del reino de Granada, desde la más pequeña, la de Malaga, que era la que mejor recordaba, a la de Lucena, la más próspera y numerosa, tanto era y es que la totalidad de la población de esta última ciudad es enteramente judía. En todas las sinagogas hizo la oración, subió a la *bimah*, presidió la *kënesset* o asamblea y en todas partes era oído con respeto y sus consejos, seguidos al pie de la letra. Siempre en estos viajes le acompañaba Bilhà, pues Séfora debía quedarse cuidando la casa, ya que era la primera esposa y de ella dependía, y era la dueña y señora de toda la vida doméstica.

En aquella época siguió la amistad entre Samuel y al-Zuhayr. Las cartas por desgracia todas se han perdido, pues el emir, después de que le eran leídas, ordenaba su destrucción, ya que eran para él y sólo suyas. En ellas le animaba a seguir siendo un buen guerrero, que matase sí, pero sólo cuando fuese menester, en la guerra, que es cosa lícita y beneficiosa para los pueblos. La gente debe morir, necesariamente todos nacemos para morir y nada tiene de malo que a alguien se le aligere la muerte, si ello le proporciona beneficio a otras personas y al reino. No hay pueblo ni nación alguna que no se vanaglorie de sus soldados, que no se sienta satisfecha de sus caudillos, y nadie discute a sus gobernantes el dinero que gastan para comprar espadas y otras armas para los ejércitos. Los guardias que rodean al poderoso llevan puñales y cuchillos y no dudarán en usarlos si alguien se le acerca con cara de disgusto. La muerte siempre está cerca del poderoso y todo hombre es muerte para otro hombre. El fuerte poseerá la tierra y al débil más le valiera no haber nacido. «Sé luchador, sé matador, sé guerrero, amigo al-Zuhayr, el mejor soldado de todo el territorio andalusí», le decía en aquellas cartas interminables, que al-Zuhayr esperaba con toda su ilusión y cuya lectura escuchaba atentamente. Si Samuel hubiera querido, con toda facilidad hubiera hecho de él un nuevo califa para toda la península ibérica, cuyas fronteras por el norte llegarían hasta los Pirineos o más lejos aún. Algunos veranos incluso le acompañó Samuel en sus *razzias* y tuvo la oportunidad de verlo combatir hasta por tierras de cristianos y siempre salió victorioso. En estos viajes también al Naguid le acompañó Bilhà y tuvo la ocasión, en la noche, de ser poseída por Samuel en el mismo campo de la batalla, en medio de la oscuridad y entre los ayes y los lamentos de los que estaban para morir. Así es la vida del hombre, a mayor tribulación más gana de vivir y de gozar. Condición sin la cual el ser humano habría desaparecido hace siglos de la faz de la tierra ante tanta guerra, ante tantas epidemias y pestes, ante tanta desolación, cataclismos, sequías e inundaciones. Ganas de vivir y también, y es lo terrible, ganas, muchas ganas de matar. «Adelante pues, al-Zuhayr, sigue matando por el bien del reino de Granada.» La amistad era sincera y sólo el Naguid Samuel merecía

respeto para el terrible sultán de Almería, al que había salvado la vida y prometido luego que nunca lo engañaría. Luego, mucho más tarde, su visir Walad' Abbas fue asesinado y poco más después al-Zuhayr perdió la vida, pero para entonces ya había muerto el Naguid Samuel y también, años antes, el rey Habbús.

En aquel tiempo decidió Samuel que era el momento de hacer una nueva sinagoga o lugar de reunión para el pueblo judío de la ciudad. El arreglo de la existente fue la causa de su acercamiento al rey y de que se convirtiera en un triunfador. Ahora no hubo que hacer ningún escrito, pues sólo el deseo del Naguid, que comunicó a Habbús, fue suficiente para que el monarca le felicitase por tan buena idea.

—Hazla en buena hora, amigo Samuel, y que tu Dios te siga protegiendo y a su vez proteja a nuestra Granada y a todo su reino.

Y se puso de seguido manos a la obra. El lugar estaba claro, al otro lado del valle de la Sabika, en la colina roja, en el lugar más elevado de la ciudad, como manda la Misná, e igual que la sinagoga de Giscala, ciudad de la alta Galilea, aunque estuviera fuera de las murallas. La Granada de los ziríes en la colina de poniente aguas abajo del río y la Granada de los judíos en la colina de levante, con la alcazaba aquélla y la fortaleza de Hisn Maurür ésta, quedaban por debajo. Así se cumple el precepto: «Ninguna edificación por encima de la casa de nuestro Dios». El agua se trajo del río, por una derivación aguas arriba del Darro, en una acequia de más de una legua de largo, para que así se pueda seguir la costumbre judía de recitar las oraciones junto al agua. Escogido el lugar y traída el agua, ordenó Samuel a los alarifes que hicieran la sinagoga, dando como medidas cincuenta y ocho codos de largo, dieciocho de ancho y veintiocho de alto. Estaba claro que el Naguid Samuel estaba reproduciendo el Templo en su largura, ancho y alto, aunque por respeto quitaba dos codos a cada medida del que erigió Salomón en Jerusalén, como relata el Libro de los Reyes en el capítulo sexto. Pero la piedad de Samuel y el respeto a las Escrituras le llevaron aún más lejos en esta nueva sinagoga de la Garnata al-Yahüd. En el vestíbulo, *ulam*, delante de la gran nave, quiso reproducir el llamado *Mar de Bronce*, pero no encontró a ningún Hiram, el hijo de una viuda de la tribu de Neftalí, que supiese mezclar bien el cobre y el estaño.

No tuvo la fortuna, como tuvo el hijo del rey David, de poder traer a un hombre «lleno de sabiduría, de entendimiento y de conocimiento para hacer toda suerte de obras de bronce», y tras mucho pensar acudió a la piedra e hizo una fuente. Al no encontrar el bronce, decidió también que los toros, los «doce toros, de los cuales tres miraban al norte, tres al poniente, tres al mediodía y tres al naciente», como dice la Tora, fueran sustituidos por doce leones. Mar de Piedra, Fuente de Piedra, Fuente de ios Leones. Allí está la fuente, allí estará por siglos, en el vestíbulo de la sinagoga, en la colina roja, en lo más alto. La mandó hacer mi abuelo y trajo para ello a canteros de Córdoba, que aprendieron el oficio con los califas, los cuales eran árabes de pura

cepa, de los Omeyas, y no moros del Africa, de las tribus bárbaras beréberes. Ahí está la fuente, la hizo el judío Samuel ibn Nagrella en honor de Yahvéh y la puso en el *ulam* de la casa de oración, la *bet hatefillat*, la sinagoga. Ya los Nagrella que no fueron muertos han dejado Granada para siempre, pero sus doce leones de piedra seguirán en lo más alto de la ciudad. Otros reyes vendrán, de seguro otros pueblos, pero los leones, los leones que mandó esculpir el Naguid Samuel, seguirán en la colina roja sin atacar a Granada, como tampoco atacaron ni quebraron los huesos del profeta Daniel cuando el rey Darío lo arrojó a ellos, porque Yahvéh veló por él como velará por los siglos de los siglos por Granada.

El visir al-Ârif insistía una y otra vez ante Samuel para que lo visitase a diario. Estaba muy viejo y adivinaba su fin próximo. El Naguid no se podía negar pues era grande el afecto que le tenía. Por él se acercó al rey y gracias a él se había convertido en el hombre más importante de Granada. Ahora, viejo y a punto de morir, su principal consuelo era conversar con Samuel, hablar, hablar de Granada, de todo el reino, de lo hecho y de lo que quedaba por hacer, del rey Habbús y quién deberá sucederle el día en que falte su hijo Badis o su otro hijo Buluyyín. Pero sobre todo quería escuchar al Naguid, quería discutir con él, incluso polemizar, de esas cuestiones que ellos llamaban filosóficas. En busca de una verdad nunca encontrada. Ambos sabían que más de mil quinientos años antes hubo unos hombres, en tierras junto al mar Egeo, que querían saber las causas de las cosas, esos hombres de nombres griegos como Anaxímenes, Anaximandro, Parménides, Empédocles y sobre todo Heráclito, el que decía que todo fluye, que todo pasa, que nada permanece ni dura eternamente, y por eso no podemos descender dos veces el mismo río, pues cuando bajamos el río por segunda vez ni nosotros ni el río somos los mismos. No, efectivamente, ni el al-Ârif ni el Naguid eran ya los mismos que cuando se conocieron, cuando vino al palacio Samuel por la licencia de obra para arreglar la sinagoga. Habían pasado más de diez años. Casi una vida.

—¿Dónde iré ahora? —preguntaba el visir—. ¿Se acaba todo?

También esta cuestión le apasionaba y bien sabía que sólo el Naguid Samuel en todo el reino podía tener respuesta verdadera a estos interrogantes.

—Háblame de Yahvéh, de Allah, de quien tú quieras. ¿Están en algún lugar, podré yo verlos? Tu Dios y el mío son el mismo, aunque tu profeta y el mío son bien distintos. Y ése, que salió de Galilea, el tal Jesucristo, ese profeta al que llaman Dios sus discípulos, ¿qué pinta en todo esto?, ¿sigue vivo, aunque le hicieron los romanos morir crucificándolo en una cruz?

Samuel respondía, aunque como buen judío rehusaba siempre entrar en una polémica sobre los dioses.

—Sí, visir, hay un Dios que nos espera. A ti, Allah; y a mí, Yahvéh. ¿Es el mismo? Algún día los sabremos, mientras tanto adoremos y veneremos a nuestro Dios cada uno. En cuanto al Galileo, ni lo conozco ni me interesa, aunque debemos respetar a los que lo adoran y siguen sus enseñanzas.

La cuestión religiosa al visir al-Ârif en verdad le apasionaba y rara era la tarde en que no la sacaba a colación con Samuel.

—Eres rabí —le decía—, y por tanto un maestro que debe instruir a las gentes.

Pero Samuel lo tenía claro:

—Sí, instruir y enseñar, pero sólo a la gente de Israel. Soy judío pero en modo alguno debo abrir la casa de Yahvéh a otros, ya que es sólo para la gente de las doce tribus.

Otros días se ocupaban de un tal Platón, un hombre griego, cuyos papeles, mil veces copiados de viejos pergaminos, y guardados con celo por alfaquíes en la corte de los Omeyas, había leído y comentado en la escuela talmúdica de Córdoba siendo un mozalbete. Al-Ârif escuchaba atento: el mundo de las ideas, el mundo de los sentidos, la razón, el *logos*, ¿es otro Dios? Y hablaban también del que fuera maestro de Alejandro de Macedonia, conquistador del Asia, y de las enseñanzas que daba a sus discípulos paseando por las calles de Atenas: la lógica que es el arte de poner orden en los conceptos de los seres humanos, o de la ética que es lo mismo que la moderación o el equilibrio, o también de política o de la sociedad que nos rodea y que si no está bien organizada nos impide existir como seres verdaderos.

—Me queda poco tiempo para seguir aprendiendo —decía el visir.

Y el rabí Samuel lo consolaba diciendo:

—Tendrás una eternidad para seguir sabiendo.

Pero el invierno terminaba y todos estaban seguros de que en la primavera el visir dejaría para siempre de estar con ellos.

Aquella tarde vino el rey Habbús a las habitaciones del visir, como solía hacer algunos días para unirse a la conversación, pero al-Ârif no despegó los labios y tenía los ojos torcidos. El buen rey no se quería conformar con la idea de que la muerte ya estaba cerca. Reprendió a Samuel y le recordó que alguna vez había sido médico o, al menos, había estudiado esta ciencia.

—Haz algo, Naguid, o es que no sabes que es mi amigo y no quiero que muera.

Pero Samuel sabía que no había remedio, que el visir tenía las horas contadas. Su buena memoria recordaba el aforismo de Hipócrates: «El torcer un labio, el ojo, la ceja o la nariz; el no ver o no oír en la fiebre continua, y estando ya débil el enfermo; cualquiera de estas cosas es señal de muerte cercana». Y al-Ârif estaba muy débil y la fiebre continua no lo dejaba. No había pues remedio y así se lo dijo al rey. Sin embargo aún pudo el visir, haciendo un esfuerzo y como en un quejido, suplicar al rey que nombrase gran visir al Naguid tan pronto él muriera. Y Habbús le dijo:

—Muere tranquilo, que así se hará, como tú deseas.

Luego el Naguid salió al patio para cortar el primer capullo de un rosal que estaba floreciendo, en aquella primavera que ya estaba encima. Lo puso en las manos de al-Ârif y esperó junto al rey a que se apagara el visir para siempre.

El rey Habbús no quiso esperar ni siquiera un día, un solo día. Se lo dijo bien claro al Naguid:

—Y qué me importa a mí que seas judío. A Granada y a mi reino le conviene un hombre que lo sepa administrar, que conserve el orden y mantenga la paz en todo el territorio. Que adoras a Yahvéh y no a Allah, que celebras el sábado y no el viernes como yo, que acudes a la sinagoga y no a la mezquita, qué me importa a mí y qué le va en ello al reino. Lo que yo quiero y lo que de verdad importa a Granada es que toda su gente guarde y respete las leyes que para la buena convivencia han sido promulgadas, que quien las incumpla sufra de inmediato el castigo, y que todo hombre que gane dinero pague al rey los tributos y gabelas. Esto es lo que hay que hacer y sólo tú, mi buen amigo Samuel, puedes hacerlo.

Pero a Samuel no se le alcanzaba cuál fuera el beneficio que a él y a su familia este trabajo le reportaría. No lo tenía claro y así se lo dijo al rey. Sus negocios marchaban bien, su patrimonio estaba bien empleado e invertido, podía vivir tranquilo y, al fin y al cabo, su descendencia era menguada: un solo hijo. No, de ningún modo. No, nada ganaba con ello. El rey Habbús no se dio por vencido, insistió e insistió hasta llegar a exigir que aceptase ser el nuevo visir, aunque sólo fuese por el deber que tenía de proteger a su pueblo, a la gente de Israel, que eran nada menos, sólo en la ciudad de Granada, quince mil personas, y muchísimas más en todos los otros pueblos del reino. Él no sólo era el maestro de toda esa gente, el rabí Samuel era algo más, el Naguid de todos ellos, el príncipe.

—Oye judío, por qué te han hecho su príncipe, su Naguid, si ahora les niegas tu protección y amparo, y es posible que tal vez sin ti puedan correr algún peligro. —Y había en estas palabras un tono de amenaza que percibió de inmediato Samuel, quien bajando su cabeza besó la mano del rey en señal de aceptación y acatamiento a su voluntad. Y el rey Habbús le besó en la mejilla en señal de amistad, quedando cerrado el trato y convertido el judío Samuel ibn Nagrella en el gran visir del rey moro de Granada, el zirí Habbús ibn Mäksan, sobrino del primer rey de Granada y fundador de la dinastía zirita, el buen rey Zäwi, cuya memoria guarde Allah por siglos.

Y ahora de nuevo volvió el Naguid a la alcazaba, la casa del rey, pero no dejó su casa de la Garnata al-Yahüd, en la que permaneció Séfora, con sus criadas, azafatas y esclavas. Bilhà sí vino con él, sin decir nada, aceptando la voluntad de su amo, con toda la mansedumbre que fue norma general de su vida. Y ahora fue también cuando surgió en la vida del Naguid el también judío y poeta, el joven Salomón ibn Gabirol. Y nadie lo conocía en la ciudad, donde llegó acompañado sólo de un ayudante o sirviente, que cuidaba del caballo y llevaba un atabal o pandero y unas sonajas colgadas en la espalda. En mitad de la plaza de la alcazaba recitó Salomón su primer poema en Granada, aquel que principia con este verso:

Angustias del deseo y amores juveniles,
dejáronme sin alma entre las gentes...

y el criado agitaba suavemente, casi sin que se oyeran, las sonajas al final de cada verso, haciendo el eco a cada última palabra que la sonora voz del poeta pronunciaba. Allí estuvieron toda la mañana, rodeados de gente que se fue agrupando, y algunas monedas recogió el criado con su mano extendida, mientras el poeta, con aquella palidez de muerte que tenía su rostro, miraba al cielo sentado en el primer escalón del aljibe. Luego, cuando el sol casi se ponía, un hombre les dijo que fueran a su casa, allí podrían comer algo, pasar la noche y recitarle, a cambio, algún poema. Sin decir palabra le siguió Salomón por las calles estrechas hasta llegar a la casa. Alguien le ofreció dátiles y queso haciéndole pasar a la sala baja que daba al patio de la casa, y que tenía el suelo cubierto por gruesa alfombra de lana teñida de amarillo. Un criado colocó grandes almohadones en un rincón de la estancia y nuevamente apareció el hombre, que venía acompañado de cuatro mujeres envueltas en un fragor de telas de seda y gasa, los brazos con pulseras, anillos de oro y piedras en los dedos, diademas y colgantes en las frentes.

—Mi madre, mis esposas y mi única hija Azhuma —dijo como presentación—. Mi nombre es Muhammad al-Qurtubí y tú puedes empezar cuando quieras a recitar tus poemas. —Y se sentó en el rincón entre las mujeres.

No miró a nadie el poeta, en pie en el centro de la sala, su voz profunda dijo, con gesto compungido, el poema de ausencia y separación:

Verdad es
que la separación enferma el alma
y prende en las entrañas ascuas vivas.
Amigo de mi alma, tu amor llevo
dentro del corazón, aunque no siempre
lo expreso con palabras; ¿por qué, pues,
me aborreces, amigo, y con tu ausencia
el corazón torturas?
De tu amistad, amado, no me olvido,
y tus palabras dentro de mi alma
están grabadas y tu lejanía
es, mi señor, tan fuerte y tan gravosa
que erizaría el vello a los guerreros.
¡Que Dios te dé el rocío de su gracia;
y que te guarde el alma
el que en las nubes tiene su morada!

Calló luego, se llevó la mano al pecho y con la mirada perdida recitó otro verso, y

luego otro y un tercero y ahora ya tenía el rostro cubierto de lágrimas, su voz era un quejido, un lamento, un llanto, un suspiro. Muhammad le arrojó una moneda de oro. El poeta Gabirol no se movió ni hizo el menor movimiento, sólo miró a la joven Azhuma y lenta, muy lentamente dijo:

¿Quién es ésa tan galana
que cuando sus plantas pisan
va derramando y esparce
perfumes de sus sandalias?

y terminó el poema diciendo:

Si Dios nos ha separado
se despertará el clamor
de su clemencia mirando
cómo son de abrumadoras
en las noches las nostalgias.

Ya no dijo más, estaba cansado, casi rendido, y se dejó caer de rodillas sobre la alfombra. El dueño de la casa le dijo que allí podía dormir, si así lo deseaba, saliendo él con las cuatro mujeres de la estancia.

Cuando clareaba el día un siseo despertó a Salomón, que estaba recostado en la alfombra entre los almohadones que ocuparon el dueño de la casa y las mujeres. Lo primero que vio fue un brazo muy blanco sujetando la cortina que cerraba el hueco de la puerta de la sala, y cuando abrió por completo los ojos entendió que la muchacha era la hija del amo de la casa, quien con gentileza le sonreía. Tendría entonces no más de quince años, tez morena, cabellos rubios, cuello de paloma y ojos de color azul de arroyuelo, y recordó el poeta que se llamaba Ahzuma. No lo dudó un instante, puesto en pie de seguido se dirigió a ella y, con aquella voz que nadie que la oyera nunca podía olvidar, le dijo esa *qasida* que aún se conserva:

¿Por qué, gacela, fascinas con tus miradas,
y matas con los dardos que arrojas de tus ojos?
Dime una palabra, a fin de que yo entienda:
¿Qué es esto que florece en tu cara?
He aquí que ramitos de azafrán y cinamomo, con agua de rosas
adornan y perfuman el vuelo de tu garganta.
¡Oh, si me ofrecieras la copa de tus amores,
ciertamente reinaría el amor entre nosotros!

Y así empezó todo. Aquel encuentro en la sala baja de la casa de al-Qurtubí —*nisba* que en lengua de cristianos quiere decir «el cordobés»— marcó para siempre la vida de su hija, incluso la del visir Nagrella, que ni siquiera sabía en aquel momento que el poeta Gabirol estaba en Granada. Ahzuma sintió la mirada, oyó la voz, comprendió el poema y, pese a sus pocos años, el corazón se le subió a la boca, que casi la ahogaba. Fue hacia él con los brazos extendidos, sin apartar los ojos de los del poeta y bien sabía que ya estaba presa. Cayó en sus brazos y él le acarició la cara, el largo pelo y los breves senos, con suavidad, con mimo, con dulzura, sin decir nada, como si sólo fuera un leve vientecillo que se colaba desde el patio.

Salomón ibn Gabirol había enamorado a una mujer más. Era su hado, su sino o tal vez su estrella. En modo alguno le cogía de sorpresa. Y él sabía que nada podía hacer para evitarlo, como también sabía que más pronto o más tarde debería salir de Granada huyendo de este nuevo amor, como dejó Zaragoza, como dejó Málaga, como dejó Córdoba. Era el nuevo judío errante, según la leyenda de los cristianos, y no por culpa de Jesucristo, sino por causa del Amor, y sólo contaba entonces con veintidós años. Muhammad, el amo de la casa, no lo advirtió o si se dio cuenta prefirió disimularlo, tal vez para complacer a su única hija Azhuma, pues es lo cierto que le ofreció su casa mientras quisiera permanecer en Granada. Era hombre rico, tenía ovejas y cabras, burros, mulos y caballos, criados y esclavos en dos o tres alquerías muy próximas a Granada, junto a las aguas del río Genil. Y no era moro, sino árabe, como lo fue el visir ya muerto al-Ârif, del que fue amigo y casi pariente, al igual que del de Almería Walad' Abbas, con el que pasó su niñez en Córdoba, antes de que se hundiera para siempre el califato de los Omeyas. Un poeta en su casa, aunque sólo fuese unos días, era signo de reputación de hombre culto y distinguido, al igual que también lo era la presencia en su casa de un hombre griego, que alguien trajo a Granada al naufragar un barco en la costa de Almuñécar, y desde hacía cuatro o cinco años llevaba las cuentas de su patrimonio y era maestro y preceptor de su hija, a la que instruía en las ciencias y en las artes del mundo antiguo, más antiguo y viejo incluso que el propio Islam. Eustaquio se llamaba el griego y haría buena pareja con el poeta Salomón.

—Oye, Gabirol, ¿te gusta Granada? Es una ciudad hermosa y bella. Permanece aquí cuanto quieras y vete luego, cuando te apetezca. Aquí tienes un lecho y la comida segura.

Cuando Salomón le dijo que era judío le reiteró el ofrecimiento, insistiendo en que estaría en su casa más cómodo que en la Garnata al-Yahüd con la gente de su raza.

—Aquí en esta Granada vive el gran visir Samuel ibn Nagrella y también es judío, y es que esta parte de la ciudad está resguardada de los aires del norte y es más sana.

Y cuando Salomón dijo que prefería quedarse en su casa, Muhammad le preguntó cómo quería que le llamase, si como judío o como árabe o moro. El poeta respondió:

—Salomón, Selomoh o Suleymän, es lo mismo. Es nombre de rey, del mismo rey, de mi único rey, el que construyó el Templo y escribió el más hermoso poema de amor, titulado por nuestro pueblo con el nombre de *sir hassirim* o *aisma aismaton* o *cantar*

de los cantares, el canto de amor de mayor trascendencia. Llámame pues como quieras: Salomón, Selomoh o Suleymán, como mi rey. Para cada hombre, para cada cosa, para cada sentimiento hay diversos nombres, tantos como palabras en cada lengua, escoge tú el nombre que más te guste y la palabra que te resulte más bella.

Y luego salió de la casa y se puso a vagar por las calles de Granada, bajando hasta el río que la divide y anduvo solo entre la arboleda que hay en sus orillas oyendo ensimismado el canto de los ruiseñores.

Dicen, los que lo conocieron y de manera especial mi abuela *Pajarito*, que fue quien me lo contó a mí, que Salomón ibn Gabirol no era ni fuerte ni alto y ni siquiera gallardo, mas sin embargo su fragilidad, su palidez, el brillo de sus ojos negros y, sobre todo, el sonido de su voz, la gravedad del tono, la perfecta vocalización, hacían sentir al escucharle un deleite o placer inolvidable. Por eso en la plaza, desde el primer día, la gente se agrupó para oírle, y su criado recogía sin esfuerzo buena cantidad de monedas, a las que el poeta ni se dignaba echar una ojeada. Sus cantos, sus poemas, sus versos y largos silencios cautivaban al auditorio y un sentimiento de gozo parecía que se apoderaba de las gentes. El poeta lo sabía, y como ajeno a quienes le rodeaban, en sus paseos por Granada, en cualquier plaza, en cualquier calleja, tanto junto a la alcazaba como en el barrio judío, en el adarve o sobre la barbacana de cualquiera de las puertas de la ciudad, hacía un alto y lanzaba al viento su poético discurso, como si estuviese lejano, como si estuviese solo. Casi dos meses estuvo Salomón de esta manera, recitando sus versos por las calles de Granada, y por la tarde, luego de ver ponerse el sol tras las montañas lejanas que por el oeste cierran la inmensa vega del río Genil, regresaba a la casa de al-Qurtubí y en el zaguán estaba Azhuma esperando, aunque sólo había para ella una mirada amable y una sonrisa.

Todo este tiempo hubo de pasar antes de que el visir Samuel Nagrella se interesase por el poeta y requiriese a Muhammad al-Qurtubí para que lo llevase a su presencia, pero no fue una invitación normal, como las que el visir hacía a cualquier trovador, mago, nigromántico o cabalístico que pasase por Granada, ordenándole que acudiese al alcázar y distraer las horas que, algunos anocheceres, se tomaba el visir de asueto o diversión y a las que acudía en determinadas ocasiones el propio rey Habbús. No, Salomón ibn Gabirol fue llamado en la mañana, en las horas habituales de audiencia como si se tratase de un asunto público, una cuestión de estado. Y el recibimiento, en principio, no fue muy amable por parte del visir.

—Por fin tengo ante mis ojos a Selomoh —y le dio el nombre en hebreo— ibn Gabirol, el malagueño, al-Malakí, pues eres de Málaga, si no me equivoco.

El poeta se limitó a asentir con la cabeza. Y Samuel siguió hablando sobre la vida de su visitante, como si lo conociera de toda la vida, muy especialmente de su estancia en Zaragoza, de su amistad con su rey Mundir II, con el que sabía había compartido mesa y mantel en su corte. No parecía lógico que hubiese abandonado tan provechosa

amistad y, menos aún, que hubiese dejado a su protector el rabí Yacutiel ibn Hasán, príncipe judío.

—Fue muerto —dijo Salomón.

—Pues no lo sabía —contestó Samuel—, pero de todas formas es mejor que reconozcas que, muerto o vivo Yacutiel, sobrabas en Zaragoza, pues tu comportamiento no era el más adecuado para un judío instruido.

Salomón le interrumpió:

—No es justo que me juzgues sin siquiera haberme escuchado.

Al-Qurtubí estaba asombrado, casi preocupado, por tener en su casa a una persona tan bien conocida por el visir, sin haberlo visto en su vida, y que, por lo que hablaban, tenía un pasado hartó problemático.

—Explícame pues cuáles han sido tus relaciones con la aljama de Zaragoza, por qué has sembrado la discordia en la sinagoga de aquella ciudad, por qué te dices discípulo del rabí Missim de Cairauán, a quien llamas maestro y le has dedicado un poema, cuando bien sabes que es un réprobo y su enseñanza es todo un puro disparate, muy lejos de la verdadera doctrina que establece la Misná y la Gemara. Eres un mal judío y no te quiero en Granada. Ya has visto esta ciudad, que es la capital de un reino en paz y no estoy dispuesto a consentir que haya discordia dentro de ninguna comunidad de las que integran y hacen posible la convivencia pacífica de sus gentes. Explícate pronto, como te he dicho, y márchate de este territorio, y bien que lo siento, ya que conozco tu poesía, y como ves también tu vida. Créeme que me agrada, pero mi gusto no vale nada ante mi deber como responsable ante el rey de la tranquilidad y prosperidad del reino.

Salomón hasta ahora no había interrumpido, había dejado hablar al visir y, cuando concluyó éste, aún permaneció en silencio unos momentos, y entonces dijo:

—Bien, me decían, antes de llegar a esta ciudad, que su visir era un hombre sabio y con esa esperanza he venido y estoy seguro de que me escucharás. Sabes bien que la Torá es un árbol de vida para quienes la observan, tornando dichosos a sus defensores, pero también sabes que ninguna traducción, *targum*, puede reflejar las setenta caras que la Biblia tiene. Yo veo una cara, que es la que observo y he reflejado en un libro que título *Ticún midot hanefës* —Reparación de las cualidades del alma—. Aquí te lo entrego, léelo atentamente y luego confirma, si así lo quieres, la sentencia que ya tienes dictada, mi expulsión de este reino que gobiernas. Pero, y te ruego con toda mi alma que me creas, soy judío por encima de todo y que no me sería penoso renunciar a toda la hermosura de Sefarad para poder contemplar las ruinas del Templo. Amo a mi pueblo, a mi raza, a Israel y en modo alguno quiero hacer nada para crear discordia en el pueblo hebreo, que padece y sufre en la Diáspora.

Estas palabras hicieron mella en Samuel, quien, tras reflexionar unos momentos y quedarse con el libro que le había ofrecido, propuso a Salomón tomar su decisión definitiva antes de que pasase una semana. Mientras tanto podía permanecer en Granada. Luego pasó a hablar de otras cosas con al-Qurtubí, sin volver a prestar atención a Salomón, y ya al final, cuando se marchaban, le preguntó a aquél por su hija

Azhuma, si se conservaba bien y si seguía con su afición a la poesía. Fue cuando Salomón supo por primera vez que la muchachita de la casa que con arrobo le miraba, y que cayó en sus brazos con sólo recitarle una *qasida*, tenía, como él, el sentido de la belleza en el juego de las palabras, en el gusto por la metáfora, por la alegoría, por decir las cosas como quien canta, como lo hacen los pájaros, como si la boca se llenara de rosas. Al volver a la casa Salomón ahora sí volvió a besar a Azhuma, pero lo hizo con la mirada y la muchacha entendió el mensaje y un escalofrío le recorrió a toda ella.

Dos días sólo necesitó Samuel para conocer el pensamiento religioso de Salomón ibn Gabirol. La lectura del libro le cautivó de momento y los poemas sacros —*piyut*— con los que termina la obra fueron el broche de oro que puso fin a la lectura. Comprendió que era hombre de fe. El Naguid no tuvo empacho en principio, como hombre inteligente que era, en revisar y replantearse la valoración que sobre Salomón ya tenía hecha, con base en los informes que tenía recibidos de algunas aljamas por las que éste había pasado. Los enfrentamientos habidos en la de Zaragoza, y que obligaron al poeta a salir de la ciudad, se divulgaron por Sefarad con la velocidad del rayo, de aljama en aljama, aunque nadie garantizaba que la versión que circulaba respondiera a la verdad de lo acontecido. Salomón Gabirol es un rebelde, un joven altivo y orgulloso, huérfano desde edad muy joven, sin bien alguno de fortuna, pero tiene una inteligencia no común y, de otra parte, sus facultades para versificar, para ser un trovador, para hacer y decir la poesía, lo hacen singular entre las gentes. Por eso Samuel a los dos días lo volvió a llamar a la alcazaba y largo rato estuvieron hablando y ahora pudo comprobar que para Salomón Gabirol la Ley, la Torá, es sagrada. Los cinco Libros nadie puede ni comentar, ni discutir, ni interpretar, son como son y son esencialmente inalterables para un judío, pues no cabe sobre ellos otra cosa que limitarse a leer. En cuanto a la traducción, el *targum*, que se debe recitar de memoria, el buen judío podrá optar entre las versiones griegas, la de Babilonia o preferiblemente la de los LXX por el doble valor de su carácter griego y semita a la vez. Pero respecto al estudio de la Ley, el *Midrás*, o la «búsqueda», es la parcela reservada para los mejores hijos de Israel. Aquí puede y debe surgir la controversia, la discusión tras la investigación y nadie, y menos aún los de Zaragoza, tiene el monopolio de la verdad. Al final de la conversación Salomón dejó claro en una frase lo que era, y fue para él en toda su vida la fuente de todas sus desgracias y amarguras: «El hombre judío ha sido creado por Dios para estudiar la Torá». Era un hombre convencido, un midrásico empedernido. Y lo más terrible era que creía a pies juntillas que no tenía otra misión en esta vida. Esto lo captó Samuel de inmediato, mas sin embargo, aun sabiendo lo peligrosos que son estos iluminados, el placer que había recibido con la lectura de sus versos le hizo pensar que tal vez pudiera él amainar de alguna manera la conducta del poeta en el asunto religioso. Y es lo cierto que el Naguid pudo, con su experiencia y autoridad, sosegar los ardores religiosos de Salomón, que limitados en la propia sinagoga, ningún

problema grave ocasionarían en Granada. Por ello le permitió seguir en la ciudad y así allí mismo se manifestó, quedando con ello el poeta satisfecho. Y aquella tarde los que lo vieron por las calles de Granada y muy especialmente la niña Azhuma pudieron percibir que los ojos de Salomón Gabirol chispeaban con lucecitas ilusionadas.

El sábado siguiente acudió el poeta por primera vez en Granada a la sinagoga. El Naguid luego de que se hiciera la oración recitando el *Sema*, precedido de dos bendiciones, tras la lectura de las Escrituras y una vez despedida la comunidad con el profeta, *haftarah*, invitó a subir a la *bimah* o tribuna al poeta Gabirol, quien decidido aceptó el ofrecimiento dejando claro que la Ley la entregó Dios a Israel y con ella le entregó su voluntad y para siempre. Es el pueblo judío el depositario de la Tora porque Yahvéh lo ha querido y la recibió Moisés en herencia para todos nosotros, no para los gentiles. Insistió una y otra vez con este mensaje, como queriendo dejar claro, ya desde un principio, lo que era para él el dogma fundamental de su vida: la gente de Israel es la escogida y esta predilección de Dios la hace ser invulnerable a toda maquinación o confabulación. Ningún poder de la tierra podrá acabar con el pueblo judío. Todos estuvieron de acuerdo y a todos agradó en extremo el discurso del recién llegado. Los que ya le conocían por haber escuchado sus poemas por las calles y los que por primera vez le oían quedaron en verdad muy complacidos. Para terminar su disertación recitó su *piyut* o poema sacro que aún se recuerda en todas las aljamas de al-Andalus y todavía mi abuela *Pajarito* lo suele repetir antes de partir los *hallot* o panes del sábado cuando ella y yo nos sentamos a la mesa:

He aquí que los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerte; ¡cuánto menos esta casa que te han construido!

Tú eres demasiado grande para que las alturas puedan contenerte, y sin embargo en medio de mi pensamiento está tu sede.

Era y es un bello poema y la majestad de Yahvéh se engrandece y agiganta al poder encontrar cobijo en la insignificancia de un pensamiento. Efectivamente Salomón Gabirol se ganó aquel día y para siempre a la comunidad hebrea de la Garnata al-Yahüd, la Granada de los judíos, y hasta el buen rabí Missim le besó en la mejilla al bajar de la tribuna. El Naguid regresó a la alcazaba plenamente convencido de que había acertado en permitirle permanecer en el reino.

Azhuma siguió acechando las llegadas y salidas de Salomón. Las aletas de su perfecta nariz recta se ensanchaban y sus hermosos ojos azules de arroyuelo brillaban con intensidad, cuando algunos atardeceres su padre invitaba al poeta a que acudiera a la sala baja de la casa a recitar sus versos. Y su dicha fue infinita aquel día en que su padre dijo:

—Querida hija mía, ¿por qué no nos dices algún poemilla tuyo? Tal vez Gabirol

pueda, con sus conocimientos en estas artes, servirte de ayuda en este divertimento de los versos que tanto te apasiona.

La muchacha no se hizo de rogar y, aunque fue breve, la pasión contenida en las estrofas motivó un silencio prolongado en la estancia y que Muhammad el-Qurtubí levantase de seguido la reunión ordenando a todos que se retirasen a descansar. Y la niña sólo había dicho:

Retorna a consolarme.

¿Es que no basta que esté con mi deseo atormentada
para que tú me expongas todavía
como blanco a los dardos de tu lengua?

¡Ay, si me sujetaras como anillo a tu diestra!,
¡quién me diera que me alegraras con tu compañía
y antes de que la ausencia me dé muerte
me vuelvas a la vida!

Solo quedó en el aposento el eco de estas palabras y el sonido de los pasos de todas las mujeres de la casa que en silencio se retiraban a sus habitaciones.

A partir de entonces los paseos de Salomón por las calles de Granada no fueron tan asiduos. Días enteros los pasó en la casa con Azhuma, en el patio, al pie de los dos grandes cipreses, o en un rincón de la sala baja, sentados ambos, recitándose uno al otro sus poemas, sus versos, sus endechas, sus *qasidas*, hasta acabar cogidos de las manos, mirándose a los ojos. Y Salomón era consciente de que la pequeña niña estaba enamorada, perdidamente enamorada de él y él nada podía hacer para evitarlo. Había empezado para él lo que tantas veces... su irrefrenable deseo de aparecer ante las gentes como un ser distinto, como un hombre diferente a los demás, ajeno a las ambiciones, despegado de todo lo material que al común de los mortales atrae y cautiva. Ser singular y único en un mundo de hombres que resultan iguales incluso cuando hablan distinta lengua o adoran a distinto Dios. Esto, que para él era una cuestión vital para sentirse feliz consigo mismo, y bien lo sabía, despertaba admiración entre las gentes y esta admiración en algunas ocasiones se había tornado en afecto y en algo más incluso, en amor, y más terrible todavía, en pasión desenfrenada. Así pasó en Zaragoza. Lo de las disputas en la sinagoga fue sólo un pretexto para salir de la ciudad, una excusa aprovechada para acabar y romper con la loca pasión, el irrefrenable fuego que surgió por él en el corazón de la esposa del rabí Yacutiel. Huyó sí, pero se juró una y mil veces que nunca jamás se dejaría atrapar con ningún amor humano que distrajese o le apartase de lo que de verdad ardía en su interior: su inmenso amor a Yahvéh y al pueblo de Israel, expresado día a día en la calle, en las plazas, en el mercado y en la sinagoga con sus versos, con sus poemas, con sus coplas y recitados. No, no volvería a pasar. Lo de Zaragoza fue la última vez y ahora la pasión juvenil ya había pasado, pues no en vano tenía cumplidos los veintidós años. Por eso no tuvo

miedo, se acercó confiado a Azhuma. La vio como a una niña, una agradable niña a la que le gustaba jugar con los poemas y los versos, que se aburría un poco con las largas peroratas de su preceptor, el griego Eustaquio. Entendió, pues le pasaba casi a diario, que una persona más quedase prendada de sus palabras y que le mostrase su admiración. No sólo le arrojaban monedas, muchos le aplaudían, le abrazaban y hasta algunos, en la plaza o en la sinagoga, no dudaban en tocarle las manos o los vestidos. Quiso complacer a la chiquilla, mostrarle su atención y pagar de alguna manera el interés y afecto con que había sido recibido en aquella casa. Por eso no dudó en dedicarle su tiempo y entró en aquel juego de la poesía uno al otro transmitida para la que Azhuma tenía unas especiales condiciones. Pasado el tiempo, muerto ya el poeta y sin rastro alguno de los Nagrella en la ciudad, alguien me habló de una anciana poetisa granadina llamada Azhuma, que es amada y respetada por el pueblo. Estoy seguro de que es la misma Azhuma de la que tantas veces me habló la abuela *Pajarito*. Sí, la que amó desesperadamente al judío Salomón Gabirol y que, por desgracia para ella y para otras personas, no fue correspondida.

Luego, no mucho más tarde, fue invitado un atardecer a la alcazaba. El visir Samuel ahora quería hablar con él, pero sólo de poesía, como dos buenos amigos. A partir de entonces dejó Gabirol de pasear las calles como trovador callejero. Las monedas que recogía su criado no le eran necesarias para atender sus necesidades. En este momento el sustento lo tenía seguro en la casa de al-Qurtubí y en el palacio del visir, ambos eran sus protectores, un judío y un árabe, uno que leía la Tora y el otro, el Corán, pero ambos bajo el mismo cielo de Granada. Las mañanas para Azhuma y las tardes para el Naguid. El sábado íntegro para Yahvéh, en la sinagoga. En la ciudad y en todo el reino había paz y sólo en el verano partían los soldados a hacer su recorrido por todo el territorio para dejar bien claro que el que mandaba en todo el país era el rey Habbús. Y su visir Samuel Nagrella, el Naguid de los judíos, es el que premia en el nombre del rey a los virtuosos y el que castiga, bien duramente por cierto, a los perversos.

Y fue precisamente en el verano, un día muy de mañana, recién salido el sol, cuando Eustaquio, su viejo maestro, dejó sola en el patio de la casa a Azhuma sin saber que toda la noche la niña había soñado con Salomón Gabirol. Tampoco pensó el poeta que había llegado para ella el momento temido por éste, presentido en aquella otra mañana cuando la tuvo en sus brazos y acarició su cara, su largo pelo y sus breves senos. La encontró sola y su mirada intensa denotaba la pasión encendida en su pecho. Salomón intentó huir, pero la mano de Azhuma extendida era un fuerte imán que le atraía y no lo dejaba ir. Extendió él también sus manos y cuando ella se las tomó se dejó llevar despacio, lentamente, hasta el borde del gran pilar de piedra cuyo caño dejaba caer el chorro de agua, demasiado fría en aquella mañana calurosa. Y luego, también muy lentamente dijo ella:

Toma el vaso;
bebe tú si no hubiere
y míralo en la imagen
de tu mejilla clara.
Al que de ti está enferma y casi muere
con esos ojos tuyos
que de enfermo parecen, dale vida.
Y si en tu corazón
justicia tienes, hazla.

Salomón aún pudo decir, casi en susurro:

—Dejadme ir.

Y la niña, sin soltar sus manos:

—Marchaos si podéis.

Y en verdad que no tenía fuerza para dejar sus manos. El agua seguía cayendo en el pilar, alguna esclava cruzó el patio casi de puntillas y el sol caía ya de plano sobre el suelo empedrado. Aún permanecieron un tiempo más, muy juntos uno al otro, hasta que ella quiso ponerse en marcha hacia la pequeña habitación que daba paso al subterráneo por el que se llegaba a los aljibes donde se almacena el agua. Salomón la seguía como si fuera su sombra, ya no lo tenía sujeto de la mano, ahora ya estaban en penumbra pues el brillante sol había quedado fuera, en el patio. Ni una palabra más ya dijo Azhuma, aunque Salomón insistía, como un quejido:

—No puede ser, no puede ser, es imposible.

La muchacha se quitó las babuchas y se quedó descalza. De rodillas le extendió los brazos, era como una mendiga, como una pordiosera y los ojos los tenía arrasados de lágrimas. Se abrió el vestido quedando sus carnes al desnudo y ya Salomón, por última vez, le dijo:

—Dejadme ir —pero sin fuerza, como también pidiendo.

Pero los brazos seguían extendidos y un llanto sin ruido seguía corriendo por las mejillas de la niña. La poseyó en el suelo, sobre la tierra del subterráneo, violentamente, sin la dulzura de los versos que los dos amaban, con desesperación, como sabiendo ambos que estaban destrozando sus vidas, seguros de que la pasión que le corría las venas podía ser para ellos amargura y pena en los días venideros. Ella se fue primero pero antes le mordió en un hombro, dejando la marca de sus blancos dientes en la piel del poeta, que soportó el dolor sin dar un grito.

Los siguientes días fueron un no parar de buscarse los dos amantes por toda la casa. Esquivando con engaños al preceptor, el griego Eustaquio. No respetó siquiera Salomón las habitaciones reservadas a las mujeres. Celó la ausencia de la abuela, de la madre, de la otra esposa de al-Qurtubí, incluso de las esclavas y criadas, por unas u otras habitaciones para encontrarse con Azhuma a solas, en el último recoveco, en el rincón más escondido, en el sótano donde se guarda el trigo, bajo tierra junto al muro del gran aljibe sintiendo la humedad del agua y su gotear permanente desde la acequia enterrada. Eran encuentros furtivos, apresurados, hostigados por toda la gente de la casa que en cualquier momento podía sorprenderlos, y bien sabía Salomón que, en ese caso, de no huir de Granada como un rayo, podía costarle la vida. Pero aun y así siguió un tiempo el poeta en el peligroso juego, y la pequeña Azhuma, enloquecida en la pasión recién descubierta, que era para ella el esplendor de una vida nueva, sus anhelos poéticos, soñados o presentidos, convertidos ahora, a sus quince años, en una realidad luminosa. Sólo una vieja sirvienta advirtió aquello pero optó por callar, pues era sabedora de que un judío jamás podría entrar para siempre, por el camino del engaño, en la casa de al-Qurtubí, el árabe amigo de los Omeyas. Podía acabar en

tragedia y era preferible permanecer ajena a la cuestión, aunque por cariño a la niña facilitó en lo que pudo los encuentros, que forzosamente debían acabar y lo fue antes de lo que la propia Azhuma hubiera deseado. Y este final lo puso, sin saberlo, mi abuelo Samuel, el gran visir judío del propio rey de Granada, que decidió traer a la alcazaba al poeta Salomón Gabirol para que allí residiera, y de forma inmediata, bajo su dirección, compusiera una serie de poemas en elogio y alabanza al rey Habbús, como se había hecho antes con otros príncipes y dignatarios de otros reinos y de otros pueblos. Esta determinación de Samuel ibn Nagrella agostó el amor nacido en el tierno corazón de la niña Azhuma, sembró la pena en el alma de Salomón y llenó de alegría al rey Habbús, sobre todo cuando oyó el poema de Gabirol que por fin escribió a él dedicado y que empieza con aquella bella estrofa que dice:

Por él todos los reyes se gobiernan;
los nobles y los príncipes en él buscan consejo;
como a su rey lo alzaron, y siendo toros,
león fue para ellos.

La marcha definitiva de la casa de al-Qurtubí fue puro llanto para Azhuma. Ahora no se ocultó. Su padre lo entendió como capricho contrariado de niña, como pasión por un juguete que se rompía, sin alcanzar a ver lo que de verdad había tras aquel llanto. Eustaquio el griego quiso sosegarla con viejas historias de mujeres infortunadas, más desgraciadas que ella.

—Acuérdate de Hécuba, la mujer de Príamo, rey de Troya, tomada como esclava por Odiseo y entregada al rey de Tracia que había asesinado a su hijo Polidoro. Recuerda a Níobe la esposa del rey de Tebas al que dio doce hijos y que tan orgullosa se sentía de todos ellos; todos fueron muertos por Apolo y Artemisa. Esas mujeres sí tenían razón para llorar, para arañarse el rostro, para vivir envueltas en tristeza —le decía.

—Conozco esas historias y lo siento por ellas, pero yo ahora debo pensar en mi desdicha, en la pena que me traspasa el corazón. —Y seguía llorando desesperadamente. Y Salomón, ahora en el patio, junto al pilar de la fresca agua donde por primera vez Azhuma fue amada, trataba de consolarla. Tenía que acudir a la llamada del visir. Él era un cantor, un trovador le llaman los cristianos, un simple poeta que necesita un protector y su trabajo, su oficio, será más apreciado en cuanto sea más poderoso el amo para el que cante. Al-Qurtubí es hombre importante en la ciudad pero ante el visir del rey, el poderoso Naguid, es sabedor de que tiene que ceder. Todo hombre sabe que siempre hay alguien por encima ante el que tienes que inclinarte, al que tienes que darle lo que te pida y el negarse sólo sinsabores y amarguras te reportará.

—Que no querida Azhuma, no puedo negarme, tu propio padre lo acepta y complacido me deja partir. Ningún hombre es libre y para mí por ventura mis amos son pocos, dos o tres como máximo en cada reino. Soy pues un privilegiado, pero en modo

alguno me puedo creer un hombre libre —le decía.

Hubo de salir y dirigirse a la alcazaba con Samuel, el visir del rey y el príncipe de los judíos. La noche última, en la oscuridad del subterráneo y otra vez sobre la dura tierra, jurándole que no la olvidaría, volvió a poseerla, la hizo suya con mucha ternura y afecto. Antes de que Azhuma se perdiera en la noche negra del patio, con voz muy queda Salomón le dijo para ella sola el poema amoroso que después tuvo que oír para otras gentes y que termina:

... mi vaso bebe y cántame, este día de la ausencia, lejana la alegría, entona, amiga, esa canción en árabe que dice: «En recuerdo de un hombre cuya presencia quiero».

Y entonces, también para él solo, Azhuma, teniéndole cogido por las manos, le dijo la *qasida* al amado olvidadizo, que todas las gentes cultas y sensibles de Granada saben de memoria, y que escribió la niña en el día más amargo de su larga vida:

Amado, por cuyos ojos
tengo el corazón enfermo:
siendo mi libertador
¿cómo me has esclavizado?
Si no tienes en tu alma
misericordia de mí,
al país de los cervatos
iré a beberme el vino
de tus labios.
Quizás entonces te enceles
de los corzos, cuando veas
que hacen nido cual palomas
alrededor de mi tienda
zureando ardorosas tras de mí.

Cuando salió el sol Salomón dejó la casa, pero aún tuvo tiempo de en un aparte decirle a Azhuma:

—Estoy seguro, querida niña, de que antes de un año querrás conmigo elevar un templo al dios Cronos de los griegos, el dios del Tiempo, y en el peristilo grabar en la piedra esta dedicatoria: «A aquel que consuela».

Pero la niña nada respondió, se limitó a esbozar en sus carnosos labios algo que quería ser una sonrisa, pero se quedó en mueca de amargura y de tristeza. Después y ya definitivamente salió el poeta Gabirol de la casa de Muhammad al-Qurtubí, marchando al palacio del rey Habbús donde le esperaba el visir Samuel. Y ahora también le seguía su criado que continuaba llevando el atabal o pandero y las sonajas colgadas a sus espaldas.

Empezó una vida nueva no sólo para Salomón, sino para el propio Samuel. Ahora fue cuando el Naguid se creyó plenamente realizado y feliz. El reino en paz, y Habbús más para él un amigo que un rey, y su único hijo Yosef, en la corte, ya un muchacho fuerte y valeroso, inseparable del príncipe Badis con el que compartía juegos, aventuras y aficiones. Pronto serán ambos los que en verano encabecen las campañas por todo el territorio y seguro estaba de que sería con éxito. Cómo gozaba Samuel viendo salir cada mañana a los dos en los briosos caballos con arneses de plata repujada, los alfanjes de acero ceñidos a la cintura y los penachos de plumas verdes engarzados en los blancos turbantes. Y las airosas capas de seda bordadas con hilo de oro flotando al aire y colgando sobre las grupas de los corceles cuando los dos amigos dejaban la ciudad, al galope largo, seguidos de los fieros soldados de su escolta. Nadie, nadie hubiera podido distinguir al hijo del rey del hijo del visir en aquellas frías mañanas cuando dejaban Granada y el rey Habbús, cogido de la mano del visir Samuel, los despedía y saludaba en la puerta del palacio, en lo más alto de la alcazaba. Parecía que la vitalidad naciente del hijo rejuvenecía y robustecía el ánimo de Samuel, que se sentía dichoso, afortunado.

En aquel tiempo se hizo la boda de su hijo Yosef. Fue una gran boda, nada menos se casaba el único hijo del visir del rey. Tenía entonces el que sería mi padre diecisiete años recién cumplidos. Su amigo Badis muchos antes había ya contraído dos matrimonios y eso que sólo le llevaba un año en edad. Su padre, el rey, lo casó primero con una mujer de la familia de los Banu Tagnäut, mucho mayor que Badis, tal vez tuviera cerca de veinticinco años. Creo que fue una apuesta que hizo Habbús con el padre, como una broma. Eran buenos amigos los Tagnäut del rey. Llovía aquella tarde de la apuesta en Granada y llevaba así lloviendo más de un mes. Habbús dijo:

—Estoy harto de tanta lluvia, parece que no parará nunca.

El Tagnäut dijo:

—Mañana lucirá el sol desde que amanezca.

Y Habbús le preguntó:

—¿Y tú cómo lo sabes?

Y el otro le contestó:

—Lo sé seguro y te pagaré diez mil dinares si sigue lloviendo mañana. Pero si sale el sol tu hijo se casará con mi hija Fátima.

Salió el sol y a Badis lo casaron con Fátima. No pasó un año cuando vino el señor de Priego, Walad al-Qādi, con toda su familia, y hubo fiestas en Granada. Habbús quería tenerlo contento, era un súbdito fiel que controlaba ciudades y castillos tan importantes como Lucena y Cabra. Tenerlo de su parte era fundamental para el rey de Granada. Los árabes de Sevilla no dejaban de incordiar en las fronteras de esta zona. El rey no sabía qué hacer para demostrarle que era su amigo, todo fueron atenciones, agasajos, regalos, y ya cuando se iba:

—Dame una de tus hijas para mi hijo y luego será sultana de Granada.

El de Priego dijo:

—Oye rey, ¿qué me propones? Si tu hijo está casado y el otro que tienes, Buluyyín, sólo tiene cinco años.

Y Habbús:

—Se casará con Badis y será tu hija la segunda esposa y yo la dotaré con quinientos mil dinares que te daré ahora mismo.

Bajaron a la muchacha del carro en el que ya estaba acomodada, mi abuelo Samuel trajo el dinero y allí mismo, en la puerta de la alcazaba, se celebró la boda. Mataron veinte corderos, tocaron chirimías, atambores y panderos y la fiesta duró tres días seguidos.

Tenía dieciséis años y la novia sólo trece.

Luego el señor de Priego regresó a su tierra con el resto de la familia.

La boda de mi padre fue otra cosa. Mi abuelo Samuel la meditó muy mucho. Habló de ella no sólo con otros rabinos, sino con algunos ancianos de la *yesiba* o comunidad judía. Incluso lo comunicó a dos o tres amigos de la aljama de Lucena. Todos dieron su conformidad y fue entonces cuando llamó al rabí Missim ben Jacob ibn Sáhín, sí, el viejo rabí Missim, el de la barba blanca que casi le llegaba a la cintura, el primero que acudió a verle cuando llegó a Granada para decirle que era nadie en tanto no acudiese a la sinagoga a rezar con sus hermanos, el buen rabí que no tenía oro en su faltriquera, pero en su corazón y en su cerebro estaba bien metida la Torá, la Misná y el Talmud (¡Dios refresque su rostro dentro de su tumba!). Esta hija del rabí Missim se llamaba Rut. Sí, como la moabita, la que dejó su tierra y su gente al morir su marido para acompañar a Noemí, su suegra, y por alimentarla espigó con los criados los campos de Boz día tras día, soportando la sed y el calor, para conseguir menos de un *efá* de cebada. Sí, aquella mujer que le dijo a Noemí en la época de la amargura: «No insistas en que te deje y me vaya lejos de ti; donde vayas tú, iré yo; donde mores tú, moraré yo; donde mueras tú, moriré yo y seré sepultada. Que Yahvéh me castigue con dureza si algo, fuera de la muerte, me separa de ti».

Esta nueva Rut tampoco abandonó a su suegra Séfora, mi abuela *Pajarito*, cuando llegó la tribulación. Sólo la muerte la separó de ella. Esta Rut, la hija del rabí Missim, cuando perdió a su marido de la forma más cruel, descuartizado a la cola de un caballo, no tuvo que entregarse a ningún hombre para cumplir la ley del levirato, puesto que ella había parido y tenía rastra y descendencia. Esta Rut, esta nueva moabita, fue mi madre (¡Que halle gracia ante los ojos del Omnipotente!). Mi abuelo, el rabí Missim, el de la larga barba blanca, entregó a su hija Rut a mi abuelo Samuel, para su hijo Yosef, sin siquiera leer el *ketubot* o contrato matrimonial, ya que en nada le importaba ni el importe de la dote, ni su entrega, ni nada material de este mundo. Sólo quiso que en la fiesta de bodas el vino fuera santificado y él mismo dijo la oración o *kiddush* y también rezó por los difuntos recitando la *kaddish* que comienza: *yitgadal veyitkadas*, que todos escucharon con devoción y respeto. Así fue la boda y

así fue como Rut, mi madre, entró en la familia de los Nagrella.

Excepto el sábado, que era para el Naguid Samuel y para Salomón día de oración, el resto de la semana era en aquel entonces en el palacio del rey Habbús una corte dedicada de pleno a la poesía. Sólo las mañanas, en que Samuel debía despachar con el rey los asuntos de gobierno, la demasía de la jornada se entregaba a la trova y a los versos. En modo alguno quiero cansar ni aburrir a quien leyera este relato y no fuera amante del noble arte de la poesía, pero me es obligado dejar constancia para siempre de que en la corte del segundo rey zirita de Granada hubo durante muchos años un grupo de hombres que, además de mantener en paz y prosperidad a todo el reino, gozó y disfrutó con la trova, con el juego de la palabra, con la metáfora y con el verso. Ahora y de verdad en aquella ciudad encaramada sobre las piedras de las dos colinas, rodeada de fuertes murallas, con fieros soldados que llevan dagas y alfanjes en la cintura, con esclavos y esclavas por sus calles con la tristeza y la angustia en los ojos, con miles de sus gentes que trabajan duramente para obtener el sustento diario, sintiéndose felices por conseguirlo, algunas personas tienen el venturoso privilegio de poder sentarse tranquilamente, bajo la palmera, al borde del estanque o en la placidez del patio, para engarzar palabras que expresan sentimientos sacados de lo más íntimo del corazón, pensamientos elaborados en la contemplación de cosas, hechos, sufrimientos o angustias que los demás ni pueden ver, ni sentir, ni imaginar siquiera. Son los poetas, esos pocos privilegiados que los dioses, las musas de los romanos, la inspiración, el numen o quien quiera que sea los saca del común para vivir y gozar en un plano superior al resto de los demás hombres. Sí, entonces en Granada hubo un grupo de estos afortunados cuyo hálito, como un perfume, trascendió por todo el reino, y fue precisamente el Naguid de los judíos, el gran visir del rey Habbús, Samuel Nagrella, el que cobijó aquel ramillete de poetas entre los que aún se recuerda a Isaac ibn Gayyat, a Moseh ibn Ezra, a Yehudah ha-Levi, pero donde el fino y delicado Salomón Gabirol fue la flor más olorosa. Sí, todos éstos que dejaron memoria eran hijos de Israel y su obra aún permanece. Son los primeros poetas hebreos de al-Andalus que logran formar un grupo o una escuela y aunque es cierto que la poesía de todos ellos toma de los árabes el esquema de la *moaxaja*, con su «salida» o vuelta final, la *jarcha*, y más luego la composición estrófica es el *zayâl* o *zéjel* —la alegría ruidosa del pueblo llano—, todo ello dimana de los antiguos poemas, las *qasidas*, serie de versos de la misma medida e idéntica rima, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, cuando estas tierras estaban pobladas sólo por los judíos, los judíos cautivos que Nabucodonosor, tras destruir el Templo y toda Jerusalén, diseminó por todo el mundo. Fueron a Persia, a Babilonia, a Egipto, a Sefarad, y así hasta llegar y fundar Garnata, el antiguo poblado judío a varias leguas de Ilíberis o Elvira. Los primeros pobladores de esta tierra fueron judíos y vuelven ahora, a los más de mil seiscientos años, a ocupar el lugar que les pertenece. Y no sólo ostenta el poder un hebreo de la tribu de Leví, que envía de su propio peculio cada año aceite de oliva a

todas las sinagogas de Jerusalén, sino que también y al mismo tiempo la cultura, el arte y en especial la poesía brillan como una antorcha en noche oscura y negra, extendiendo sus destellos por todas las tierras de al-Andalus. Y no sólo por las aljamas, incluso por los alcázares y palacios de reyes, sultanes y nobles. Todo se debió a mi abuelo Samuel, el Naguid, el príncipe de los judíos, cuyos antepasados son los levitas o lo que es lo mismo, los «cantores del Templo», los que entonaban salmos al frente del coro, que con razón escribió el sensible Salomón Gabirol:

Y todos los poetas te mirarán entonces
y entonces alzarán a ti los ojos
diciendo: «Ciertamente es éste una palmera
¿asirse quién podrá de sus racimos?».

No había llegado aún el rey Habbús en aquel atardecer de primavera. Sólo judíos estaban en la amplia sala del palacio donde Samuel acostumbraba a reunirse con sus amigos los poetas. Isaac ibn Gayyat, el jovencito de Lucena recién llegado a Granada, con cierta timidez recitó un himno que había compuesto cantando la gloria de Yahvéh, empapado de humilde contrición bíblica, que mereció la aprobación de los asistentes. Tal vez la composición dio pie para que la conversación girase hacia la cuestión religiosa y tras los obligados comentarios talmúdicos, a los que tan proclives son todos los grupos de poetas, cada uno de ellos, incluido Samuel, tuvo ocasión de decir un poema sacro, un *piyut* de su propia creación. Salomón Gabirol se quedó el último y tuvo que ser rogado por el Naguid para que se decidiera a decir su poema. Parecía reacio y no era precisamente por cortedad. Sabía que su *piyut* causaría asombro o casi escándalo entre sus oyentes, no sólo fieles observantes de la Torá, sino tanto o más de la Misná o tradición. Por fin se determinó y casi en voz baja habló en primera persona:

Yo, yo te he buscado en todas mis albas y ocasos
y he tendido hacia ti mis manos y mi rostro.

Por ti gimo con corazón sediento y asemejo
al pobre que pide por puertas y umbrales.
Yo, por tanto, alabaré el nombre de Dios
mientras permanezca en mí el aliento del Dios vivo.

Al callar el estupor se reflejaba en la cara de todos. Por primera vez un poeta sacro judío, un *paitán*, se dirigía a Dios en su propio nombre, no en nombre de la comunidad. Sí, Gabirol había usado la primera persona del singular, había dejado de ser el portavoz de la colectividad, del pueblo orante, y estaba solo, como era su vida y su destino, ante los hombres: con los hombres, junto a los hombres, pero solo. Por eso no

le queda otro asidero para seguir viviendo que Dios y a Él acude, a Él se dirige, a Él invoca directamente y ya no tiene empacho en romper con la milenaria tradición hebrea, creando una relación directa, personal e intimista con Yahvéh. Sorpresa y desconcierto fue la primera reacción del grupo, aunque nadie, en principio, se permitió pedir una explicación de aquella osadía. El propio Samuel permaneció en silencio y Gabirol, que seguía presente en la sala, parecía sin embargo huido. Y fue ahora, como sucedía en otras tardes, cuando llegó Bilhà, la segunda esposa de Samuel, que vivía en la alcazaba, seguida de algunas esclavas, para distribuir los humeantes vasos de infusión de poleo y menta. Había escuchado desde la puerta el poema de Salomón Gabirol y no quiso interrumpir al poeta. La primera estrofa se le quedó grabada profundamente: «Yo he buscado en todas mis albas y ocasos y he tendido hacia ti mis manos y mi rostro», sí, ella también todos los días tenía sus manos y su mirada extendidas implorando ser amada y ser comprendida, no sólo deseada y disfrutada, olida y mordisqueada, como si fuera una cosa, una fruta o sólo una flor. Ella también se quedó petrificada en el umbral de la sala al oír al poeta en el primer verso de su poema. No llegó a escuchar el final, no supo en verdad que aquel hombre que recitaba buscaba y anhelaba a Dios. A Bilhà solo le llegó la primera estrofa: el gemido de un pobre corazón sediento y el sentimiento y la angustia en la voz doliente de aquel hombre en apariencia insignificante que en mitad de la sala recitaba. La llegada del rey Habbús hizo que se rompiera el hechizo que había prendido en el grupo de poetas judíos y en Bilhà tras escuchar el poema de Gabirol, saliendo ésta de la estancia con premura tras comprobar que las esclavas distribuían la infusión en vasos de plata a todos los presentes. A ella le quemaba también no las manos ni la boca, sino el corazón por dentro.

Fue la primera vez que Bilhà se fijó en Gabirol. Más le hubiera valido no haberle visto y eso que llevaba ya varios meses viviendo en la alcazaba. Desde aquel momento para ella el poeta fue una constante imagen en el palacio. En las habitaciones que ocupaba Samuel, este hombre, recién descubierto por ella, ocupaba ahora un sitio entre el barullo de personas que siempre rodeaba al Naguid. Desde cualquier ventana que diera a los patios, entre los cipreses y los frondosos laureles, el poeta Gabirol, con su túnica dorada y el arrogante turbante verde trenzado en su cabeza, era una visión hasta entonces nunca descubierta. Y seguro que estaba allí desde siempre, al menos desde hacía meses, igual que los otros poetas, amigos, criados, soldados y esclavos que servían al Naguid. Ahora su voz, una voz cálida y templada, una voz que susurraba, que acariciaba, la escuchaba y la sentía para ella sola entre tantas voces que a un mismo tiempo hablaban. Y luego, cuando el sol se ponía y llegaba la noche, cuando el palacio era iluminado con antorchas y los invitados del rey y del visir llenaban las estancias y las mujeres, todas las mujeres, incluso las del rey y las princesas, se tenían que ocultar, desaparecer de los salones en los que sólo las danzarinas, envueltas en leves velos, podrían atravesar de un lado a otro en rápidas carreras y saltos, Bilhà encontrará un oculto lugar desde las plantas altas, detrás de las celosías, para mirar y ver a Salomón

Gabirol sentado en cualquier rincón de las inmensas salas. Visto y contemplado por todos sin que él vea a nadie, es evidente, pues está solo. Algún día, está segura, le mirará a los ojos, se fijará en ella, tal vez le roce la mano, le dirija la palabra. Entonces no volverá a estar solo.

Que nadie piense que aquella historia, si bien fue bella y hermosa, no tuvo dolor y amargura, y así y ahora no puedo evitar que al narrarla haya que relatar el triste fin de la segunda esposa de Samuel, la muerte cruel de Bilhà. Yo, que ni siquiera la conocí, derramo ahora también lágrimas de dolor por ella.

Salomón Gabirol no había querido aceptar el amor que le ofreció la pequeña Azhuma, que incluso se lo reiteró a las pocas semanas de su marcha en un bello poema de amor que le envió a la alcazaba y no me resisto a copiar:

Lleve el más excelso de los amados a su cámara
a la amiga enferma de amor por él al recordarle.

Morar a su sombra anhelo y no desisto.
Suspiro por su enseña, amado de mi alma
desde antaño, cuando su candela lucía sobre mi cabeza.
Marchaba yo a su luz entre tinieblas y a mí sola escogió.
Mi alma, por su causa, de cuanto él no fuera siente hastío.

Trémulas son mis palabras, pues me ha abandonado
el compañero de mis mocedades que de siempre me amara.
¡Ay! que al pasar él pasó sobre mi alma un torrente,
al alejarse pasó mi bien y se agravó mi herida.

Hermosos versos que emocionaron al poeta, mas no le movieron un ápice en la decisión ya tomada de que la niña Azhuma no fuera en su vida más que un recuerdo, como tantas otras que también lo habían amado. Él jamás entendió que el amor de una mujer pudiera cambiar la vida de un hombre y mucho menos sacarlo del camino que se hubiera trazado. No tuvo repuesta el poema y la delicada y sensible niña jamás tuvo que agradecer al dios griego Cronos consuelo a su pesar, pesar que le duró toda la vida.

Aquella otra tarde no estaba aún el Naguid con los poetas y el sol estaba ya para ponerse. Aunque era en los primeros días de la primavera, los criados trajeron los braseros encendidos a la estancia, pues el frío se hacía sentir a aquellas horas en Granada. Salomón Gabirol, ajeno como siempre a quien le rodeara, recitaba su poema cuando en la sala no había más persona que Isaac Gayyat. Era un admirador más que no

se resistía a la fascinación y seducción que producía a toda persona el gran poeta. Cuando decidió terminar y permanecer callado, Isaac le cogió las manos y con respeto las besó al tiempo que lo felicitaba por los maravillosos versos. Salomón ni siquiera agradeció el elogio. Fue directamente a lo que a él le interesaba: ¿Valía la pena seguir un día tras otro delante de las gentes exhibiéndose como un muñeco, tratando sólo de transmitir una vibración, un sentimiento, una sensación momentánea que dura no más que el tiempo corto en el que expresas tu pensamiento? ¿Qué queda luego de tu esfuerzo? ¿Qué sentirán los hombres cuando tú te hayas ido, cuando tu voz se apague, cuando hasta tu figura se haya desvanecido? Qué poco queda, por no decir no queda nada, se respondió a sí mismo el poeta.

Otra vez Bilhà apareció en la sala. Tampoco esta vez fue vista por Salomón Gabirol, que seguía solo un día más, aunque ahora ya, además de Isaac Gayyat, otros poetas habían entrado en la sala. Todos estaban esperando al Naguid Samuel, pues era la hora en que éste acostumbraba a aparecer en la estancia. Su entrada fue, también como todos los días, acogida con el respeto que le era debido, y de nuevo aquellos hombres se enfrascaron en la conversación que tanto les apasionaba. Dejaron los problemas, las angustias e incluso los deberes que eran comunes a los demás ciudadanos, y con todo entusiasmo las técnicas de versificación, los poemas monorrimos y los poemas de formas estróficas fueron para ellos las cuestiones a tratar más importantes en el día. Y allí, una tarde más, los poetas judíos, mezclados con los árabes, iban dando a luz un tipo de poemas que ni era la poesía bíblica cultivada en Palestina o Babilonia, pero que tampoco se ajustaba de forma estricta a la preceptiva árabe. Se estaba creando por aquellos hombres, encabezados por el Naguid Samuel, una manera de hablar con Dios nueva, una forma de decir las alabanzas a los poderosos y triunfadores distinta, un sentido diferente para expresar el amor y la ternura, una peculiar fórmula de cantar y de sentir que es privativo de esta tierra, que perdurará por siglos y que ya es conocida como la poesía hebreo-andalusí. Sí, efectivamente en aquellas tardes en Granada y en la corte del rey Habbús —¡Dios le dé el descanso eterno y la tierra le sea leve!—, se creó un mundo nuevo de paz y armonía, que las generaciones venideras tendrán que reconocer por siempre. Ahora, mucho más luego y según me cuentan, hay otro reino, al sur de las Galias, en la región que dicen Provenza, en la ciudad de Aix, donde se reúnen también poetas y trovadores para cantar juntos, protegidos y a sueldo de los condes de Arles, dueños y amos del territorio, pero esto ha sido luego, después de que sucediera en Granada, en mi Granada. Pasó una vez más la tarde, cada poeta dijo sus versos y el Naguid apostilló a todos, para todos tuvo unas palabras, a todos animó y a todos corrigió con amabilidad y dulzura. Pero nada dijo a Gabirol, sólo lo miró con admiración y cariño y no hubo respuesta a la congoja que dentro del corazón de aquél había. Salomón Gabirol, el mejor poeta, se quedó una tarde más perdido y solo, sin saber si para algo servía su esfuerzo, si sus íntimos sentimientos tendrían alguna trascendencia en los hombres que le escuchaban, si algún provecho reportarían a las

gentes sus versos y sus cantos. Pasó la tarde y se vino la noche, noche estrellada, como todas las noches de Granada, cuando el sol se ha ido y las nubes han sido barridas del cielo por la brisa que sopla desde el mar lejano. El Naguid ahora dio por terminada la reunión e invitó a todos a que fueran con él a las habitaciones del rey a mostrarle su respeto y a disfrutar con la fiesta que, también como todas las noches, se hacía para goce de Habbús en los salones principales de la alcazaba. Salomón Gabirol, también una vez más, se dejó llevar, como cualquier cortesano, pero con la mirada perdida, un rictus de amargura en sus finos labios y un sollozo ahogado en su garganta. Y Bilhà, la segunda esposa del Naguid, casi perdida entre los poetas, también se retiró de la estancia diciendo para sí muy quedo, como un susurro, casi como un lamento: «Hoy no fue, tal vez mañana sea». Y ya a esta hora el canto de los pájaros había sido sustituido por los primeros golpes de los panderos y sonajas que empezaban a resonar en los salones del palacio del rey de Granada.

Y por fin estalló la primavera. Los almendros perdieron la flor y todo el cauce del río que separa el barrio árabe del poblado judío se cubrió de verde. En el pretil del alto puente del Cadí, acodados estuvieron el Naguid y Gabirol viendo correr el agua que brillaba, como si fuera de plata, sobre las lisas piedras que cubren el lecho, cantos rodados blancos y grises. Samuel y Salomón como dos amigos, como si fueran dos camaradas a pesar de la diferencia de edad que los separa, pese a que en el reino uno es el amo y el otro no pasa de ser un criado distinguido, pero ambos poetas, se entienden y hablan el mismo idioma. Ambos con la misma profundidad sienten la grandeza del momento que están viviendo, los dos a una son conscientes de la explosión de vida que sale de las entrañas del río. Nadie de los que en su entorno transitan por el puente se percata ni percibe que el agua clara que corre, con espumilla blanca en las insignificantes olas, es la misma nieve ya derretida que estuvo todo el invierno en las altas cumbres. Sólo ellos, ellos solos pueden percibir el esfuerzo que hacen las pequeñas yerbecicas para alargar los verdes tallos. Y el murmullo de los insectos sólo sus oídos escuchan entre el ruido de los cascos de las caballerías que pisan los guijarros en el suelo del puente. Acodados siguen Samuel y Salomón sobre el pretil, y el agua no cesa de correr ni de brillar bajo el gran arco, la fría y clara agua que sueña y busca el mar aún tan lejano. Y fue ahora cuando el Naguid abrió su corazón ante el amigo, cuando sin rubor alguno le confesó que su segunda esposa, la hija de un pobre y viejo orfebre judío, no le amaba. Y lo dijo muy quedo, casi sin voz, como si hablara consigo mismo, sin dejar de mirar al agua que corría y se iba para siempre, bajo el puente. No, Bilhà no le amaba, a él que todo le había dado: hermosos vestidos de suave seda y pura lana, esclavas y criadas que le sirven, alhajas de fino oro y deslumbrantes pedrerías, habitaciones abrigadas con alfombras y tapices para el invierno y sombreados patios con fuentes camarinas en el verano. No, no le amaba, él bien lo sabía y ni ella ni nadie se lo había dicho, pero él lo sabía, bien lo sabía con

absoluta certeza. Y esto lo dijo, varias veces, muy quedo, casi sin voz, sin dejar de mirar, como ya he dicho, al agua que corría por el río buscando el mar. Flores, puñados de rosas y celindas, le llevaría él cada mañana a Bilhà, músicos y danzarinas en los atardeceres vendrían a sus habitaciones para que ella gozase, las mejores viandas llenarían su mesa, y en la noche, en el lecho, besaría y acariciaría sus pechos y muslos entreabiertos. Todo, todo lo daría a la única hija del orfebre para tener la seguridad de que ella sentía la misma pasión que él sufría por ella. Su sumisión, sus largos silencios, su fría mirada lejana, como perdida, la impavidez de su rostro, sin reflejar emoción alguna ante los hechos alegres o tristes, ante el dolor, ante la muerte, la dureza de su expresión que convertía su cara en máscara de mármol. Bilhà, mi Bilhà, tan lejos de mí pero tan cerca. Todo esto y más cosas dijo Samuel, el Naguid de todas las aljamas de los judíos andalusíes, el gran visir del rey moro Habbús de Granada, y lo dijo en voz muy baja, mirando al agua, para que sólo lo oyera su amigo Salomón Gabirol, el único hombre, el único poeta que podía entenderle. Y no esperaba de éste repuesta alguna. Le abrió su corazón en la mañana de primavera con la misma naturalidad y espontaneidad con la que empezaban a abrirse los capullos de las flores, y el perfume amargo de tristeza que sus palabras exhalaban sólo lo percibía Salomón, que siguió callado. Luego se apoyó en su brazo y por una veredita bajaron hasta el agua, que estaba fría como el hielo, y allí, ahora sí, mirándole a los ojos, el Naguid le dijo el poema que nunca olvidaría Salomón:

Si hubiera quien quisiera consolarme
y compasivo asiérame la diestra,
mi alma vertería en su presencia
y algunas de mis penas le contara;
quizás al mencionar mis aflicciones
me sosegara un tanto de mi queja.

Ya no volvieron a hablar en todo el día, que era precisamente un viernes y todos los musulmanes de Granada estaban reunidos en las mezquitas. Ellos siguieron río arriba hasta casi cuando se iba a poner el sol en que regresaron a la Garnata al-Yahüd para preparar la celebración del sábado.

No pasaron muchos días cuando el Naguid pareció que tenía olvidada su pena. Los asuntos del reino le impedían volver a las reuniones de los trovadores en los atardeceres de aquella primavera. De la casa real sólo el pequeño príncipe Buluyyín, el segundo hijo del rey, se dejó ver por las estancias, entreteniéndose conversando con los poetas. Pero Samuel estaba ocupado y no sólo preparando la campaña del verano. El príncipe Badis iría al mando de las tropas y su hijo, Yosef ibn Nagrella, de lugarteniente. Sería, como hacía ya bastantes años, una campaña más, pero aquel año

especialmente una marcha triunfal por los territorios del reino, al ir bajo el mando del hijo mayor del rey. Tal vez a algún cadí o sultán lejano habría que castigar o corregir por no pagar puntualmente los dinares de los tributos, pero no habría batallas ni siquiera combates puntuales con rebeldes ni enemigos poderosos. Pero había otro problema, que el Naguid fue el primero en advertir. El príncipe Yaddaïr, hijo de Hubāsa, el hermano del rey al parecer estaba incubando en su corazón un deseo que en modo alguno el visir Samuel podía ni debía permitir. Pensaba—¡Dios le maldiga!— en su mejor derecho a ocupar el trono de Granada a la muerte del rey Habbús. Se creía más fuerte, con más amigos y partidarios, más guerrero y más inteligente que su primo Badis e igual que éste él también era hijo de un sobrino del buen rey Zawi, el primer rey zirí, fundador de la dinastía que va para cuarenta años que gobierna el reino. El Naguid Samuel lo supo el primero, en los días de aquella primavera maldecida. Y supo más, que Yaddaïr buscaba a los hombres que en la campaña del verano deberían lanzar los venablos en las espaldas del príncipe Badis y de su amigo Yosef, el hijo del visir judío. En la más insignificante escaramuza de la campaña ocasión habrá de conseguir el propósito y acabar con el hijo mayor del rey y con el hijo de su visir. El premio para los conjurados será en dinares de oro, en cantidad tal que necesitarán, al menos, dos mulos para transportarlo. Bien sabía el Naguid que en todo pueblo, ciudad o reino hay siempre hombres que harán por oro lo que se les pida. No son hombres ni buenos ni malos, son simplemente hombres. También sabía que igualmente no faltan ni faltarán en toda comunidad unos pocos, o tal vez, muchos, que entienden ser ellos los que han nacido para defender al pueblo, para proteger a los demás. Uno de estos hombres era Yaddaïr, y sin la menor duda creía que él debía ser el próximo rey de Granada. La primera medida estaba en acabar con la vida del príncipe heredero Badis y en ello obstinadamente se ocupaba. Enfrente estaba el Naguid que, como gran visir, entendió que su deber era cuidar de la paz y el orden del reino. Este deber estaba por encima de su propia familia, de sus negocios, incluso de sus deseos amorosos y de sus sentimientos del goce y placer con sus amigos los poetas. ¡Dios premie con holgura su buena conducta para con su amo y señor el rey Habbús! Por su parte Salomón Gabirol entendió que su deber ante la confianza que días antes, sobre el puente del Cadí, le hizo el Naguid no le obligaba a más que dejar en las manos de Bilhà un corto poema del tenor siguiente:

Sé benévola y cura
el corazón amante atormentado
que ha de estar apegado
a tus amores mientras tú tengas vida.

Poema que, por desgracia, fue entendido equivocadamente por Bilhà, al suponer que el amante atormentado era el propio poeta, dolido por el deseo no alcanzado, señalándola a ella como la amante esquiva.

En aquella primavera empezó el martirio de Samuel. A partir de entonces nunca hubo ya más paz y sosiego en su vida. Proteger al hijo del rey de Yaddaïr y de sus partidarios, salvar al príncipe Badis y asegurarle el reino de Granada a la muerte de su padre fue la lucha que emprendió Samuel y en la que no cesó hasta que se le acabaron sus días (¡Dios refresque su rostro en la tumba oscura!). El primer envite en esta lucha lo resolvió el Naguid a los pocos días de haber tenido la información de lo que preparaba Yaddaïr. El confidente, por otro puñado de dinares, dio los nombres de los ejecutores del proyecto. Tres soldados zanetes, guerreros de la tribu beréber de la zona desértica del Sahara, eran los conjurados para realizar el trabajo. La cuarta parte del precio estipulado ya lo habían percibido, el resto del oro se les entregaría al regreso de la expedición, cuando volvieran entre llantos con el cadáver del príncipe Badis. Fueron detenidos y traídos a la presencia de Samuel y fueron azotados, sin compasión alguna, hasta que sus cuerpos quedaron sin pellejo, en carne viva. Sollozaron, gritaron, dieron alaridos de dolor, pero ni una palabra dijeron de quién les dio el oro que se les encontró en sus faltriqueras. Sabían que estaban muertos y lo más provechoso para ellos era acabar pronto. Hizo durar el suplicio lo más que pudo el Naguid, pero cuando ya no eran nada más que una masa sangrante de carne que aún respiraba, hubo que cortarles las cabezas, sin lograr que dieran el nombre de quien les pagaba. Samuel previno al rey, pero Habbús en modo alguno aceptó que fuese su sobrino, el príncipe Yaddaïr, quien pretendiese matar a su hijo Badis. Quería pruebas, evidencias, hechos concretos para admitir y dar por buena la denuncia que le hacía su visir. Pero Samuel sólo podía acreditar que tres guerreros zanetes querían matar al heredero. No faltaban nada más que tres días, pues el tiempo era bueno, para que se pusiera en marcha la expedición de aquel verano. ¿Habría otros conjurados? ¿Seguía la vida de Badis en peligro? Montó el visir una escolta de hombres fieles y sobre todo bien pagados con su propio oro para la protección del príncipe. Habló con todos ellos, uno por uno. La paga sería doblada al regreso si a la vuelta Badis entraba en Granada montado en su caballo, con el rostro alegre, el turbante bien encasquetado en su cabeza y la airosa capa de seda flotando sobre la grupa de su cabalgadura. De lo contrario, no verían la doble paga, pero ni aún siquiera ninguno de ellos vería el sol al día siguiente. Todos juraron que lo protegerían con su propia vida. El Naguid Samuel los vio luego partir desde la puerta de la alcazaba y el rey Habbús le tenía sujeto de la mano, que no soltó ni cuando dio el beso de despedida a su hijo Badis y a su fiel compañero el joven Yosef, mi padre e hijo del leal visir.

A partir de este momento el Naguid Samuel no cedió en la vigilancia de Yaddaïr. Creía que no se atrevería contra el rey, pero también pensaba que, habiendo fracasado su intentona contra el príncipe Badis, perdería la paciencia de esperar hasta la muerte de Habbús para disputarle a aquél el reino. Tras dos días de incertidumbre invitó a Yaddaïr a sus habitaciones y le agasajó con una copiosa cena. No era cosa de traer ni cantores ni poetas para regocijo del sobrino del rey, pues era ajeno a estos placeres. Supo de dos poderosos negros recién llegados a Granada, que venían del sur de África,

de la curva del río Níger, concretamente de Tombuctú. Habían trabajado en las minas de oro y su amo les había dado la libertad, tras obtener una copiosa ganancia al apostar por ellos en un cruel combate ante el rey de Sevilla, el sultán Mutadid. Ahora trabajaban ambos por su cuenta. Iban de ciudad en ciudad, de reino en reino, celebrando luchas con quien quisiera enfrentárseles. Eran una perfecta diversión y estaban a la espera de la licencia del visir para actuar en Granada. El Naguid en primicia se la ofreció a Yaddaïr y es lo cierto que disfrutó en gran manera viendo la lucha despiadada que mantuvieron con ocho jóvenes granadinos que al mismo tiempo quisieron desafiarles y a los que vencieron sólo con la fuerza de sus puños. Uno de estos jóvenes quedó muerto y los otros siete hubieron de ser retirados de la sala por los criados, bañados en su propia sangre. Gozó Yaddaïr, aplaudió y gritó también él como energúmeno, olvidando la prevención con que acudió a la cena, pues estaba muy reciente la detención y ejecución de los tres zanetes y recelaba que se le pudiera relacionar con el suceso. Toda sospecha se le desvaneció cuando el Naguid le obsequió con un grueso anillo de oro que él mismo le puso en el dedo, cogiéndole la mano con mucho afecto. Y luego, por último, Samuel sacó una cajita de madera de ébano y le dijo que cogiera de ella algunas perlas para sus mujeres. Entre tanto obsequio no faltó el vino que era el mejor de los viñedos de Chipre y él bien sabía que lo reservaba el Naguid para el rey Habbús y pocas personas más. No, no era él sospechoso para el judío de trama alguna contra Badis. El Naguid no tuvo para él más que atenciones y palabras de afecto. Y más aún, le hizo una confidencia que estaba seguro no le hubiera hecho a otra persona, en voz muy baja es cierto, como un secreto, pero que demostraba cuánto confiaba en él y apreciaba sus consejos. Le dijo, cuando no estaban en la habitación ya los criados, que le preocupaba la salud del rey Habbús, que estaba viejo y lo veía cansado. ¿Qué será de Granada y qué será de este reino cuando él falte? Aunque no esperó respuesta le miraba intensamente a los ojos y Yaddaïr entendió que estaba el visir en gran manera preocupado. Luego añadió, siendo esto lo que más sorprendió al sobrino del rey, que Badis era demasiado joven, demasiado alocado, poco reflexivo y sumamente caprichoso.

—Aún le queda mucho que aprender y no sé si habrá tiempo —concluyó el Naguid su confidencia.

Yaddaïr abandonó las habitaciones bien entrada la noche, era ya casi la madrugada, y el visir como despedida le recordó que siempre había respetado la memoria de su padre Hubäsa, aunque cuando él vino a Granada éste ya había fallecido. Y al día siguiente le mandó llamar a la sala de la alcazaba donde el Naguid despachaba los asuntos del reino y fue directamente al asunto:

—Yaddaïr, pienso que la ciudad de Guadix, a cuyo frente está Ali ibn al-Qarawi, no paga al tesoro arriba de 15.000 dirhames, siendo así que vale más de 100.000 dinares tulutíes, y debe ser para ti que eres el sobrino del rey. ¿Qué te parece, te interesa? Di que sí y mañana el rey firmará el decreto —le dijo.

Yaddaïr quedó sorprendido por lo inesperado de la oferta y no supo qué contestar. El Naguid le apremió:

—Es otro buen regalo que te quiero hacer, pues sé bien que lo mereces. No debes dudar en aceptarlo y al rey Habbús le será grato concedértelo, pues te quiere como a un hijo.

Yaddaïr estaba atónito.

—Déjame pensarlo, dame unos días y te daré una repuesta —dijo.

Pero el visir le exigía una contestación, ya que le dijo que estaba cansado de Ali al-Qarawi y de sus hijos y quería tener una persona leal en ciudad tan importante del reino.

—Mañana, mañana te daré una repuesta, Samuel Nagrella. —Y salió con paso rápido de la sala.

Y fue precisamente la tarde de aquel día, en la que tampoco apareció el Naguid por la sala de los poetas, preocupado y absorbido por la conjura de Yaddaïr, cuando por primera vez Bilhà le dirigió la palabra a Salomón Gabirol. Una tarde más en la que la segunda esposa de mi abuelo acudió a vigilar a las esclavas y criadas mientras repartían a los poetas los vasos con el caliente té, la menta o el poleo. Sabía que Samuel no aparecería, lo sabía bien ocupado en su habitación privada próxima a las del rey, por eso con toda tranquilidad se acercó a Salomón y sin ambages le espetó:

—El poema de amor que dejaste en mis manos, a más de conmovirme, deja una herida aún más dolorosa en mi atormentado corazón. Pero yo también he de estar apegada a tus amores mientras tenga vida.

El poeta la miró cara a cara, sin pestañear siquiera, y por primera vez se percató de ella desde que estaba en el palacio. Observó sus facciones, miró en la profundidad de aquellos ojos densamente negros, unos labios carnosos pero terriblemente secos y agrietados, una palidez marmórea en un rostro perfecto y un cuello curvado como de paloma. Vio un ser humano de una belleza incomparable, pero con la angustia y el desasosiego trascendiendo de su persona. Un ser solo y perdido, huérfano, sin asidero, como un cervatillo que perdió a la madre en la soledad del bosque. Nunca reparó en ella, y estaba en la sala de los poetas, como todas las tardes. Fue para el poeta una persona más de las muchas que pasan a su lado, como tantas otras, unas con nombre, otras con rostro, algunas incluso con una insignificante historia que te provoca un breve pensamiento, pero en el fondo una simple persona como tantas otras que pasan o tienes a tu lado, que no dejan huella, que no te marca, que casi ignoras. Ni aún siquiera cuando le pasó el poema, conmovido en el momento por la confidencia que sobre el pretil del puente sobre el río le hizo el Naguid, en un impulso de ayudar al amigo dolido por la esquividad de su amada, se fijó Salomón en ella. Una persona más, gente, otro, como tantos que pasan a tu lado. Un cuerpo, un bulto o tal vez una simple sombra. Ignorada, desconocida, ajena. Y qué se le daba a él, como a todas las demás personas que pisan la tierra, la gente que pasa o tienes a tu lado. Si no es tu vida, sí nada que te interesa, no la sientes si te roza, y si algo te dice ni la escuchas ni te conmueve. Pero

ahora fue distinto. La carga de aflicción de aquella mirada, la amargura que trascendía de su boca, la levedad del aire que aspiraban las aletas entreabiertas de una nariz perfecta y el temblor de unos dedos finos y largos en manos tan blancas, dejaron al poeta perturbado, como vencido y entregado.

—Sólo te envié un mensaje, en nombre de la persona que te ama, que es tu marido, el Naguid —dijo como en un quejido, como un lamento.

—¿Pero tú me amas? —preguntó Bilhà—. ¡Estoy tan sola!

Salomón supo que el corazón se le paraba. Si no apoyaba la mano en la pared, caería al suelo. Nadie le ayudaría. Para él todos los demás habían desaparecido de la sala. Estaba ahora, una vez más, solo y no tenía fuerza para buscar a nadie. Y sin embargo alguien le pedía ayuda a él, a él que estaba muriendo. De nuevo los ojos de Bilhà, ahora brillando por la humedad de unas lágrimas:

—Estoy sola. Ámame y yo te amaré en tanto viva.

Salomón Gabirol no tenía palabras, la voz no quería salir de su boca. Una respuesta, sí, quería hablar pero su garganta estaba seca. La habitación había perdido el aire y una nube de lana le tapaba la boca. Se sintió perdido, cuitado, acongojado. No pudo más y cayó al suelo. La cara de Bilhà nuevamente ante su propia cara y la locura clavada en su cerebro, golpeando su cabeza, destrozándole los pulsos, quebrándole los huesos, partiéndole el alma. Ahora, como un demente, pero muy quedo, como un suspiro, sí dijo:

—También te amaré yo mientras viva.

Luego pareció que se repuso un poco, consiguió incorporarse, vio que los otros poetas y cantores habían acudido y lo estaban auxiliando. Bilhà no estaba. Ahora Isaac Gayyat trajo unos almohadones y lo sentaron sobre ellos. Pudo pensar. Era la segunda mujer del visir, del amo, y no ha dudado en confesarle su amor a cara descubierta. Quiere ser libre y ser amada. Terrible decisión que traerá llanto y sangre.

El Naguid estaba inquieto. Ni apareció Yaddaïr ni nadie sabía dónde se encontraba. Pasó toda la mañana y pasó el día entero sin que la respuesta que esperaba le fuera dada, innumerables soldados y criados recorrieron toda la ciudad en su busca por orden del visir y casi al ponerse el sol Samuel tuvo la certeza de que no estaba en Granada. Él mismo se encaminó a la casa de Yaddaïr, lindera a la alcazaba, y allí interrogó al eunuco mayordomo del sobrino del rey.

—Salió en su caballo cuando amanecía, sin que nadie le acompañara —fue la única información que obtuvo.

A poco se cerrarían todas las puertas de la ciudad volviendo el Naguid a sus habitaciones, ahora convencido de que Yaddaïr no aceptaba la buena oferta que representa la dudad de Guadix. El oro y la riqueza no le harán cejar en su propósito. Quiere otra cosa, quiere el poder, quiere el reino. No sirvió para nada la fuerte apuesta de darle Guadix, pese a la enemistad que ello supondría de Ali al-Qarawi y de sus

hijos al verse privados de tan succulento bocado. Hubieran sido compensados por otro lado para calmar el enojo de éstos. De todas formas y en todo caso, serían enemigos menores que Yaddaïr. No jugaba el Naguid a la ligera, sabía bien lo que hacía, pero, y ya estaba seguro, no había dado resultado su oferta. Su enemigo ambicionaba más, quería más, quería Granada para él y estaba dispuesto a disputarla al hijo del rey Habbús y, tal vez, y esto angustiaba al Naguid, al propio rey, sin esperar siquiera a que muriese. Lo sabría enseguida, estaba seguro de que pronto volvería, aunque no supiese dónde podía haber ido, pero volvería. Tenía previsto que pudiera no aceptar la propuesta, por eso le dejó caer sus dudas sobre la capacidad de Badis para gobernar el reino. Volvería, estaba seguro de que volvería, y entonces le daría caza. Era una partida de ajedrez disputada consigo mismo y el Naguid no estaba dispuesto a perder. Tenía en la mente varias jugadas y ejecutaría la que en el momento le pareciese más fácil, la menos arriesgada y siempre teniendo otra prevista. Siempre fue así, así venció a al-Zuhayr, así venció a todos los que se le opusieron en los ya largos años que era visir del reino y así vencerá a Yaddaïr. En modo alguno usará la violencia, la fuerza bruta, y la sangre no correrá hasta su momento, al final, cuando haya ganado, y será sólo el castigo que debe recibir el vencido. Sí, como una partida de ajedrez, ese juego bélico que se libra sólo con la mente, que aprendieron los judíos de los persas hace muchos siglos y que unos pocos árabes cultos ahora practican en Córdoba. Mi abuelo Samuel, el Naguid, desde muy joven supo que el poder, la riqueza, el bienestar y la fortuna se alcanzan con el pensamiento, con el cerebro, con la mente que se esconde en la cabeza del ser humano. La fuerza, el músculo y el vigor deben quedar para la plebe, para las gentes, para el pueblo, nunca para los que quieren ser poderosos. Sabía que ahora también ganaría esta partida y que vencería. Y esperó tranquilo, pero atento y vigilante, a que volviera Yaddaïr, sin moverse ya de su sala de trabajo en la alcazaba, sin volver para nada a las habitaciones de los poetas, sin siquiera pasar por las habitaciones en las que estaba Bilhà con sus esclavas y criadas, y menos aún acudir a la Garnata al-Yahüd donde su primera esposa, Séfora, mi abuela *Pajarito*, seguía entretenida con sus costuras y bordados. Y allí esperó, allí incluso tuvo que acudir Habbús para saber si había alguna novedad en el reino, allí le llevaron las palomas que a diario enviaba su hijo Yosef informando de los éxitos de la expedición del verano por el territorio. Así estuvo siete días, hasta que un criado le anunció que Yaddaïr había vuelto a Granada. Entonces no se apresuró, ni hizo gesto alguno, esperó atento y tenso, como en acecho, a que le dijeran que el esperado estaba ya a la puerta de la alcazaba. Luego le dijeron que se acercaba a la puerta de la habitación y tampoco movió un solo músculo. Cuando lo tuvo en frente se incorporó de los almohadones en que estaba recostado, ya en pie le miró a la cara y sin decir palabra le ofreció el papel que tenía preparado. Yaddaïr, sin mirarlo, dijo:

—No me interesa, no quiero Guadix.

El Naguid, muy reposado, sin inmutarse rompió el papel en varios trozos y los arrojó al suelo.

—Mucho has tardado para darme una repuesta que ya sabías desde que te hice la oferta. De todas formas es de sabios meditar las decisiones —le dijo como saludo y añadió—: De otra parte, pienso que no es bueno para un príncipe estar fuera de la ciudad cuando el otro príncipe, el heredero, se ausentó de ella con todo el ejército. ¿Quién protegerá al rey?

Yaddaïr replicó rápido:

—¿Y por qué tengo yo que proteger al rey? ¿Soy yo acaso el guardián del trono?

Y Samuel le dijo:

—Efectivamente, no te corresponde a ti y menos en estos momentos.

Dio una palmada Samuel y acudió un criado al que pidió trajeran dátiles, leche y miel, ofreciendo disculpas a su huésped por no haberle obsequiado a la llegada después de tan largo viaje. Le ofreció ahora también asiento y permaneció callado mientras el Yaddaïr tomaba el refrigerio, y más después, como si estuviera sumido en profunda reflexión. Rompió el largo silencio y como si hablara consigo mismo dijo:

—Un gran ejército paseando por el territorio, a cientos de leguas de la capital, sin luchar para conseguir nuevos tributarios y sin pensar para nada en que las arcas del tesoro necesitan más oro, para hacer de este reino una nueva Córdoba revivida. Yo sueño con una Granada que supere a las lejanas cortes de los Omeyas y de los Abasides, ni Damasco ni Bagdad podrían comparársele. Un rey viejo no hará realidad mi sueño.

Y el Yaddaïr le interrumpió:

—Yo aún soy joven.

Y el Naguid:

—Sí, pero no eres rey.

Y se puso en pie como dando a entender que la reunión había terminado. El resto del día lo paso el Naguid en su cuarto de trabajo, pero ahora ya solo.

El que no pasó el día en soledad fue Salomón Gabirol. Bilhà se le acercó muy de mañana. Fue como una gata mansa, no la sintió llegar, parecía que viniera en su búsqueda como arrastrándose, pegada al suelo sin hacer un ruido. La sintió a su lado y ni pudo ni quiso eludirla. Se aproximó a ella hasta que sus cuerpos se rozaron, oyó su respiración agitada y casi también le pareció escuchar los golpes que su corazón daba en su pecho. Él le cogió la mano y ella la apretó con fuerza. No dijeron nada, no hablaron. Así permanecieron, inmóviles, como los cipreses que estaban plantados en el recóndito patio en que se habían encontrado. Ni ellos mismos supieron el tiempo que estuvieron juntos. Lo cierto es que les pareció un soplo, sólo un momento, aunque el encuentro fue cuando el sol estaba entrando en el patio y ahora ni ya siquiera trinaban los pájaros, puesto que se había hecho la noche. Salomón la apretó en sus brazos y le susurró:

—Te amaré siempre.

Bilhà respondió:

—Tu amor me hace feliz y tengo por verdad que me costará la vida.

Y no se dijeron otra cosa en todo el largo día en que estuvieron juntos. No hubo más palabras, ni las necesitaron. El contacto de sus cuerpos, el aliento de sus bocas y la intensidad de sus miradas fue suficiente para contarse sus vidas, para saber uno del otro los sentimientos, para saber Salomón por qué no amaba Bilhà a su esposo, que la había colmado de comodidades y riquezas, para saber con certeza absoluta que Bilhà era un ser humano, no una rosa, una fruta, ni un objeto. Y supo más el poeta, supo que Yahvéh no hizo al hombre para que eternamente le adore y le rinda culto, ni siquiera para que le agradezca que le haya creado, también lo creó para que busque y encuentre a otro ser y se realice plenamente en comunión con otro, libremente descubierto, recíproca y mutuamente aceptado, querido, consentido y admitido. Y sobre todo para que goce y sea feliz con este encuentro. Todo esto aprendió Salomón aquel día, en el encuentro con Bilhà, junto a su vera, mientras la tenía sujeta de la mano. Luego se separaron, marchándose ella con la misma suavidad con que había llegado, cuando ella quiso, sin hacer ruido, con la misma parsimonia y lentitud, como una gata, una mimosa gata. Y ambos estaban seguros, pero que muy seguros, de que habían descubierto una nueva vida. Una vida que no sabían lo que les duraría, pero que les colmaba de felicidad, que les hacía dichosos y que a toda costa estaban dispuestos a mantener. Y Salomón, ya solo en el patio, no tuvo necesidad de pensar, ni siquiera de recitar un poema amoroso de tantos como sabía y tantos como en su vida había escrito.

Siguió Samuel en las habitaciones de la alcazaba que le eran propias. Ensimismado en su tarea, ajeno por completo a todo lo que no fuera la gobernación del reino, pendiente del peligro que acechaba al rey. Estaba ya seguro de que Yaddaïr no esperaría a que Habbús cerrara la pestaña para disputar el trono a su primo Badis. Sabía que no tendría paciencia. Criados fieles fueron apercebidos, por orden del visir, para que estuvieran vigilantes y no perdieran de vista en todo el día a Habbús. Se reforzó la guardia en la alcazaba, las puertas se cerraban tan pronto empezaba a oscurecer y, llegada la noche, las rondas eran continuas por las habitaciones del monarca. Las personas que debían acompañar al rey en las reuniones nocturnas, que tanto le agradaban, eran escogidas y seleccionadas una a una por el propio visir. Las bailarinas, los músicos, los poetas eran conocidos y amigos suyos, de absoluta confianza. El joven poeta de Lucena Isaac Gayyat fue la única persona a quien el Naguid hizo partícipe de su preocupación, pidiéndole que celara y vigilara a todo el que se acercara al rey en las veladas vespertinas.

A no más de diez días pidió Yaddaïr ser recibido por el visir. Samuel ordenó que se le diera entrada de inmediato. Entró con paso decidido, arrogante, casi desafiante. No esperó el saludo del visir, ni siquiera la zalema que le era debida por su condición de príncipe de la real familia.

—¿Cómo sabes tú que yo hice en pasados días un largo viaje? ¿Quién eres tú para tenerme vigilado?

El Naguid contestó:

—Yo sólo soy un simple criado del rey, que estoy, y por eso se me paga, para cuidar de su persona y administrar el reino.

Yaddaïr replicó:

—Más te valiera buscarte otro amo, que seguro te pagaría más de lo que aquí cobras.

Samuel preguntó:

—¿Y dónde está ese amo?

Y Yaddaïr:

—Si tienes valor, acude mañana temprano al otro lado del río, por encima de la Granada de los judíos, como a una legua de donde está la nueva sinagoga que habéis construido. Verás una pequeña casa y allí podrás conocer al nuevo amo.

Salió luego sin decir más palabras. El Naguid esbozó una sonrisa y pensó que su triunfo estaba muy cerca.

Bien temprano estaba prevenido. Salió el primero, tan pronto como los soldados abrieron las puertas del puente del Cadí, que cruzó a lomos del caballo que sus criados habían aparejado. Tuvo que dar un grito para que los soldados del otro lado del puente abriesen la puerta que cierra el barrio judío, el cual cruzó sin detenerse y sin saludar siquiera a las pocas personas que ya por sus angostas calles deambulaban. Salió de la Garnata al-Yahüd por la puerta de arriba, junto a las Torres Bermejas, Hisn Maurür para los judíos. Iba solo, sin acompañamiento alguno. Encontró pronto la veredita una vez pasada la sinagoga, cerrada su única puerta con una fuerte reja de gruesos barrotes de hierro, y avanzó por el insignificante camino que ascendía la montaña. Por fin vio la casa pequeña. El humo de la chimenea le indicó que en su interior había gente, y que fueran quienes fuesen no habían pasado la noche en la ciudad. Que estaban allí, al menos, desde el día antes. Siguió caminando y a sólo unas varas de la llegada se abrió la puerta y un hombre salió a recibirle, apresurándose en acercarse al caballo para ayudarlo a desmontar. Le hizo una reverencia y lo invitó a que pasase al interior. No más de quince hombres se apretujaban dentro de la pequeña casa. A la entrada del visir Samuel un fuerte murmullo se dejó sentir en la estancia. Aunque al parecer lo esperaban, el verlo de verdad en persona supuso una sorpresa o tal vez un alivio ante la duda de que no hubiera comparecido. Samuel saludó a lo árabe, con la sura de apertura:

—En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso.

Conocía a casi todos los reunidos. Había un par de jeques sanhayas, uno de ellos llamado Firqān, esclarecido en la ciudad por su riqueza. Varios árabes. Los demás eran zanetes, todos ricos y poderosos, que en su totalidad se dedicaban al comercio. Por más que escudriñó la estancia no se encontraba en ella Yaddaïr, sólo ricos mercaderes del reino. Y todos respondieron al saludo, completando la sura:

—El agradecimiento a Dios, Señor de los Mundos, el Clemente, el Misericordioso.

El Naguid, como hablando luego consigo mismo, dijo:

—Madrugar es bueno para dar un paseo por los alrededores de Granada, ascender un poco por las montañas y ver la ciudad allá abajo. Pero encontrarse esta reunión de ricos mercaderes es desde luego una sorpresa que en verdad no me esperaba.

Firqān fue el primero en hablar y su boca fue un torrente de quejas y denuestos contra el rey.

—Un año más, visir, hemos tenido que pagar absurdos tributos para armar un ejército que ningún provecho nos reporta. Nuestras fronteras no se ensanchan con nuevos territorios. Fuertes alcabalas para que el hijo del rey, acompañado de sus amigos, disfrute en el verano recorriendo el reino y jugando a los soldados. Cocineros escogidos, músicos y danzarinas, cantores eunucos, mujeres casi niñas siguen a la expedición. En las acampadas con las gentes de las alquerías el vino se bebe como el agua y los soldados ebrios olvidan sus espadas. El alfaneque del príncipe Badis es un serrallo repleto de mujeres. Las duras gabelas que se nos imponen para esto sirven o para pagar una corte de trovadores y poetas, que comen y tranquilamente viven en las estancias y patios de la alcazaba. Visir, visir, estamos hartos de un rey que nos oprime y nos explota. Habbús no es el de antes, es un viejo tonto y malo que abusa de sus súbditos. Ya está bien de hombre tan inútil.

Todos aquellos hombres asentían con grandes aspavientos a las palabras de Firqān. Cuando terminó, un fuerte murmullo de aprobación resonó en el recinto. El Naguid no cambió el gesto. Con toda tranquilidad dijo a los reunidos:

—Es el rey.

Ahora gritaron todos, fue un alarido.

—Mientras nosotros queramos —exclamaron.

—Ese ejército, del que vosotros despotricáis, no sólo custodia el territorio del reino, sino que defiende al rey, la bravura que echáis en falta puede surgir en el momento de peligro y más de uno puede perder la cabeza a manos del verdugo. Id con tiento y no os dejéis llevar por ningún loco, si es que, como imagino, tenéis algún hombre que dirige esta conjura —dijo sin pausa el Naguid.

Se abrió la puerta, tres hombres entraron. Uno era Ali ibn al-Qarawi, el sultán de Guadix.

—¿Y éste es el hombre? —preguntó el Naguid riendo— si es más viejo que Habbús y más pellejo.

Y al-Qarawi, blanco de ira, dijo señalando a los dos hombres que le acompañaban:

—¿También te parecen pellejos estos dos, que son mis hijos y tienen agallas para cortarte la cabeza de un solo tajo aquí y ahora?

El Naguid Samuel dijo con mucha calma:

—No es a mí a quien hay que cortar la cabeza. Éstos quieren cortar de un solo tajo la cabeza del rey Habbús, aunque todavía no me he enterado de en qué otra cabeza quieren poner la corona. ¿Tal vez en la tuya, Ali ibn al-Qarawi?

Y éste dijo:

—No soy hombre de coronas, ni de reinos. Soy como tú, Samuel, que te conozco. Oro, sólo oro y que el que mande te obedezca. Para eso le pagas. Samuel ibn Nagrella, dime la verdad. ¿Quién manda en Granada? Tú, sólo tú y tus malditos judíos, tus criados. Pero no estoy contra ti, no aspiro a tanto. Sigue en buena hora mandando, pero tu rey ya no nos sirve, queremos otro que nos deje tranquilos ganarnos nuestro oro. Este que hay morirá pronto y nada nos gusta su hijo Badís, que seguirá disfrutando como un loco con sus inútiles guerras, llenando con mármoles, fuentes y jardines su palacio, atiborrándose de vino y mujeres, sacando para todo ello el oro de nuestras arcas. Sí que pagaremos, pero sólo lo que nosotros digamos, como corresponde a los buenos mercaderes de todos los reinos. Lo más que necesite, y también como en todos los reinos, deberá ser obtenido de las gentes, del pueblo, de los que tienen que trabajar para ganarse el pan de cada día, para ganarse la vida, que el rey les debe garantizar y proteger. Para eso están los reyes y tú bien los sabes, visir Samuel. Son costosos los monarcas y no es excesivamente malo que sean caprichosos. Les gusta la pompa y el boato, que es cosa que el pueblo admira y con entusiasmo celebra, por eso se debe procurar que sea el pueblo quien pague esta vana ostentación, al ser esta gente del pueblo la que más disfruta. Hay ahora que cambiar de rey, Samuel amigo. —El tono y el contenido de sus palabras habían cambiado a lo largo de su perorata—. Luego puede ser tarde, cualquiera de su familia, o fuera de ella, querrá conseguir el puesto.

Uno de los zanetes le interrumpió:

—Tarde no lo es nunca, pero sí mucho más caro, si por nuestra parte dejamos que su hijo Badis se instale en el trono. Es mucho más barato cambiar de rey con rey muerto que echar rey vivo del trono.

Samuel ahora se mostró más comprensivo:

—Efectivamente el poder está en el oro. Siempre lo ha sido y seguirá siendo por los siglos de los siglos. El general en jefe de un gran ejército, el gobernador de un gran territorio, los reyes de todos los reinos, no son más que los servidores del que tiene el dinero. Pero, aunque vosotros tengáis oro en abundancia, ¿tenéis vosotros al hombre que se ponga la corona y que sea de vuestro agrado?

Ali ibn al-Qarawi contestó rápido:

—Lo tenemos y está muy cerca.

Samuel preguntó:

—¿Se ofreció él como rey o lo buscasteis vosotros?

Todos contestaron:

—Quiere ser rey y sabe y acepta las condiciones.

El Naguid calló unos momentos y luego preguntó con voz muy fuerte, para que todos se enteraran:

—¿Y qué pinto yo en todo esto, por qué he de traicionar a Habbús, qué me aprovecha a mí esta felonía?

Y ahora fue Firqān quien dijo:

—Nosotros queremos que seas tú su visir, el primer visir del nuevo rey. No perteneces a ninguna de nuestras diversas familias árabes, ni a las distintas tribus beréberes en las que algunos de nosotros hemos nacido. Por tanto, no favorecerás en especial a ninguno. Sí, un judío. Y de otra parte, eres rico, casi tanto o más que cada uno de nosotros, sabes de cuentas, números y de negocios. Tú administrarás el reino, como hasta ahora. Tu gente, la de tu raza, serán los agentes fiscales, los *'ummäl*, como en tiempo del califato de Córdoba.

Samuel dijo, también ahora con fuerte voz:

—Quiero ver al nuevo rey.

Ali ibn al-Qarawi abrió la puerta y le invitó a salir. Todos le siguieron. Anduvieron no más de cuarenta pasos, acercándose a una arboleda que descendía suavemente a una hondonada, también cubierta de vegetación. En un recodo había una fuentecilla y en su entorno estaban agrupadas varias tiendas de campaña o alfaneques y los caballos con criados que vigilaban. En un altozano y bajo una gruesa encina, un alfaneque de mayores proporciones, de vistosa tela verde y con guardias con alfanjes en la cintura a los que el grupo de hombres, con Samuel entre ellos, se acercó. Alguien dijo:

—Ahí está el nuevo rey. Que se le anuncie nuestra presencia.

Un guardia recogió el tapiz de lana que hacía de puerta y tras ella, recostado en gruesos almohadones, estaba Yaddaïr. Todos excepto Samuel le hicieron la zalema y de seguido pasaron al interior y, sin esperar siquiera a ser invitados, tomaron asiento en derredor. Firqän dijo:

—¡Al hijo de Hubäsa, nieto de Mäksan el hermano del rey Zawi, que Dios proteja y ayude por siempre! Yaddaïr, aquí están tus amigos, que toda la noche hemos estado reunidos, dispuestos a llevarte hasta el trono del reino de Granada. Nos complace decirte que tu propuesta de nombrar gran visir al judío Samuel ibn Nagrella, conocido por el Naguid por la gente de su raza, nos parece acertada y conveniente para todos.

Samuel, que había permanecido en pie, interrumpió el discurso:

—En ningún momento he dicho yo que aceptara ser visir de este hombre. Quiero sencillamente conocer lo que pretende y la forma en que piensa conseguirlo.

La sorpresa se apoderó de todos, algunos quedaron pasmados y otros, por contra, echaron mano de sus dagas. Pero él continuó sin inmutarse:

—Debo saber cuáles son las pretensiones de todos estos hombres ricos y, sobremanera, el cómo y el cuándo se acabará con la vida de nuestro rey Habbús. Nadie me negará que algo debo yo saber de estas cosas, ya que no en vano he participado en la gobernación de este reino durante muchos años. Creo que mi experiencia puede ser útil en este negocio, y mal puedo ayudar y aconsejar si no conozco todo lo previsto por vosotros para alcanzar el fin que os proponéis.

Les pareció razonable lo que expuso y, una vez calmados, Yaddaïr dijo que lo más urgente era quitar la vida al rey, antes de que su hijo Badis regresara de la expedición del verano, pero que previamente sería lo mejor conseguir de Habbús un documento

firmado que lo nombrara a él por heredero. Esto debería ser obra del Naguid, que gozaba de su absoluta confianza y firmaría todo lo que el visir le pusiese delante. Pero el visir objetó:

—Yaddaïr, dijo un griego cuyo nombre he olvidado que «lo mejor es enemigo de lo bueno». Cierto que es lo mejor que seas nombrado heredero, pero es también cosa buena para obtener lo que aspiras que la muerte del rey suceda antes de que su hijo Badis esté de regreso. Una u otra solución habrá que adoptar. Conseguir el nombramiento de heredero o actuar de inmediato contra la vida del rey. Habrá que pensarlo y discutirlo. Yo propongo que a la mayor brevedad nos volvamos a reunir y discutamos estas cuestiones. Mañana mismo deberíamos reunirnos y decidir entre todos lo más conveniente. En mi casa de la Garnata al-Yahüd a todos os espero al mediodía y, luego que hablemos, os obsequiaré con un banquete, para celebrar la expedición triunfal que lleva a cabo el príncipe Badis, al que acompaña mi hijo Yosef.

No pidió mi abuelo Samuel su opinión a nadie sobre esta cita, ni el lugar ni la hora la puso a discusión. Lo dio por hecho y ninguno puso el menor reparo. Ahora sí le hizo la zalema a Yaddaïr, pidió que le trajesen su caballo, salió lentamente del alfaneque, haciendo reverencias a diestro y siniestro, sin descomponerse, con la mayor humildad, como si fuera un criado. Los hombres ricos, sonrientes, complacidos, aún le dijeron:

—Contamos contigo, en tu casa estaremos sin faltar ni uno.

Se afianzó luego en la montura, suavemente golpeó los ijares del caballo con los talones, dio un leve tirón a las riendas y el animal ascendió al trote ligero la pequeña cuesta y salió de la hondonada. Allá abajo estaba Granada, cubierta de sol, a sus espaldas las montañas, los altos picos todavía con manchas blancas de nieve. El Naguid se detuvo un breve tiempo, respiró hondo, lanzó un suspiro. Se sentía cansado y bien sabía que este nuevo negocio acababa de empezar. Yahvéh le ayudaría, nunca le había abandonado. Reanudó el camino, inició el descenso hacia Granada e iba rezando:

—¡Alabado sea tu nombre!, proclamaré, oh Dios mío, exultando tus bondades en la asamblea de los fieles. A tu faz dispondré mi lanza, meditaré los preceptos que en el Sinaí nos diste. Mis palabras oye propicio, oh Dios, y acoge mi gemido, atiende a la voz de mis plegarias.

Ya no se detuvo más, siguió caminando a lomos de su cabalgadura hasta que llegó a la alcazaba, donde se encerró con el rey Habbús en sus aposentos.

En todos estos días Samuel no se alejó de las estancias que para el visir estaban reservadas en la casa del rey, allí incluso durmió en la noche, y no apareció ni un momento por sus habitaciones privadas en la alcazaba. Bilhà recibió en ellas, también todos los días, la visita de Salomón Gabirol.

Fue para los dos tiempo de complacencia. Ni una sola vez dejó el poeta de presentarse con un obsequio: una flor, un poema y las más de las veces con una sonrisa.

De un día a otro anhelaba Bilhà la visita con la misma ansia con que el sediento caminante sueña con la umbría fuente escondida entre las palmeras. Nunca fue capaz Salomón de recordar si aquel hermoso tiempo duró una, dos o diez semanas, para él fue toda su vida, su única vida, su verdadera vida. El resto del tiempo, el que vivió luego y el que ya antes había vivido, fue para él como si no hubiera existido, exactamente igual que el anterior al nacimiento para cada ser humano o el mismo que a todos nos espera tras la muerte. Nada. Vacío. El no ser ni estar en absoluto. Pero el tiempo con Bilhà, aquellos maravillosos días, fue tiempo suficiente para llenar toda su vida, tiempo bastante para dar gracias a Yahvéh por habérselo concedido. Nada hubo antes, nada después, sólo Bilhà y aquellos días. Las endechas de amor y las *qasidas*, sus mejores poemas amorosos los escribió luego, cuando Bilhà se había ido para siempre. En el final de aquella primavera y el principio del verano, que fue para Salomón su vida verdadera, no escribió una línea, no hizo ningún verso, ni siquiera recitó la más insignificante *moaxaja*, sólo amó a Bilhà, la amó con alma y vida, la amó con ternura y pasión, como sabiendo que cuando ella se fuese acabaría para él la existencia. Samuel no apareció ni un solo día, ni una vez siquiera y pudieron pasear cogidos de la mano por los patios, por los estrechos pasadizos, por el adarve de la primera muralla, por los oscuros subterráneos. Asomados al ajimez vieron juntos, en la tarde, ponerse el sol allá lejos, tras las montañas de Alhama, para luego cuando se hacía la noche mirar, también juntos, las estrellas. Fue un no vivir viviendo, un morir uno en el otro, un deshacerse con sólo mirarse a los ojos, con sentir el roce de la piel al juntarse las manos. Aquello que ambos habían soñado, que habían presentido y que nunca habían sentido tuvieron la dicha de gozarlo juntos, como si fuera una nevada en pleno agosto o un huracán en las entrañas de la tierra. Nada tenía sentido, ni ellos se preguntaron el cómo y el porqué de todo aquello. Y ahora sí hablaron, hablaron mucho. Supo el poeta lo que había sido para Samuel el amor que unos días antes, en el pretil del puente del Cadí, le confesó sentía por Bilhà. Un simple objeto de deseo, una apetitosa fruta que descubrió en la casa de un viejo orfebre, de la que quedó prendado y quiso tomar para sí. Ella no fue consultada, marchó a la casa del Naguid, cierto que con su padre, y acabó en su lecho cuando otro, que no ella, lo dispuso. Desde entonces ha sido poseída, disfrutada, gozada cuando al amo le ha apetecido, compartiendo al hombre con otra esposa, en la noche o en la amanecida, en la casa, en la alcazaba o en el campo bajo las estrellas, sin recabar nunca su parecer, como un objeto más de la pertenencia del señor, casi como un perrillo que luego de jugar con él se le rasca un poco tras las orejas. Mujer, mujer, sin derecho alguno, como una posesión o como un juguete. Nunca se le preguntó si era feliz, si se sentía complacida, si le apetecía ser amada o si prefería dejarlo para más tarde. El juego siempre terminó en el punto y hora en que el amo se cansó del entretenimiento. Ahora fue distinto, consiguió lo que toda su vida había deseado. Encontró a otro ser humano anhelante de ser comprendido, que quiere compartir su ternura y su aflicción, su emotividad, su delicadeza, su pasión, y aunque lo dice, lo explica, lo pregona, e incluso lo grita, nadie lo entiende. Va por

calles y plazas, por casas y palacios, entre mucha gente, sabiendo bien que en modo alguno es comprendido, aunque todos se quedan admirados por el sonido, la música de sus palabras, incluso por el ruido cuando el furor lo enciende al no ser entendido, quedando su mensaje perdido, olvidado al punto. Salomón, a los veinte y pocos años, había asumido su destino, un pozo de tristeza y amargura era su vida, sólo Yahvéh era su asidero. Bilhà era y fue la única persona que entendió al poeta, que se percató de la soledad en que se encontraba el hombre, y es que ella también sufría la misma soledad, la incomprensión de la única persona que a ella la rodeaba. Él siempre rodeado de gente, ella toda la vida junto a una sola persona, Samuel, su esposo, pero ambos solos, angustiada y desesperadamente solos. Ahora se habían hallado, ahora eran ya libres y estarían juntos hasta que la muerte los separe.

Nuevamente salió el Naguid Samuel, muy de mañana al día siguiente, de la alcazaba. Ni iba ahora a caballo ni iba solo. Estaba clareando, sin que nadie transitase por las calles. También hubo que gritar para que los guardias abriesen las puertas del puente del Cadí. Se dirigió a su casa en el barrio judío. Séfora ya estaba levantada, se alegró de verlo, besándolo en ambas mejillas y luego hizo una profunda reverencia al hombre que llegaba con su esposo. Fueron ambos a la amplia sala de la casa, desde la que se veía a su frente toda la alcazaba, el minarete de la mezquita mayor y parte de la explanada. El Naguid mandó venir a los criados y ordenó que se dispusieran a preparar un buen banquete para no menos de quince personas y no más de veinte, que pusieran la mesa en el patio grande del pilar de piedra, bajo la vieja higuera que tiene ya llena de hojas las ramas, y que no debería faltar el mejor vino que hubiera en la casa, ése de Chipre que se guarda para las grandes ocasiones. Luego le pidió a Séfora que lo dejasen solo con su huésped y que nadie los molestara. Todos se retiraron y todos salieron sin dar la espalda al huésped, hasta la propia Séfora, que le volvió a dedicar una reverencia. Sí, es que era el rey, el rey de Granada. Era Habbús.

Toda la mañana estuvieron en la sala el rey y su visir. Nadie sabe lo que hablaron, pero mi abuela *Pajarito* me contó que cerca del mediodía fue llamada y por la escalera estrecha subieron los tres hasta la pequeña habitación que hay sobre la sala. Ella con un trapo quitó bien el polvo que la ensuciaba, ya que no estaba en uso, y el abuelo Samuel levantó con cuidado una pequeña tabla del suelo, que volvió a poner dejándola ligeramente descolocada. Fue después la abuela a las cocinas y anunció a los criados que el rey se había marchado, que comería en la sala y que ella misma se llevaría su comida. Más tarde volvió y llenó una buena fuente con el mejor trozo de carne que ya estaba guisado con higos secos y piñones en las grandes ollas, cogió también unas hojas de lechuga aderezada con aceite crudo y una buena torta hecha con harina de cebada, aceite y miel. Comió la abuela *Pajarito* pero no lo hizo sola, comió con el rey, mientras el abuelo Samuel paseaba inquieto por la estancia. Habbús, aunque se le veía preocupado, comió con buen apetito y celebró incluso con elogios el buen sabor de la

carne, que era de un ternero [^]*sehita*, es decir, degollado según el rito judaico. Luego subieron ella y el rey a la habitación de arriba y el Naguid salió a la puerta a esperar a sus invitados. Fueron llegando uno a uno, todos en sus buenos caballos, con sus criados, algunos con sus propios guardias que les servían de escolta. Dieciséis exactamente fueron los que acudieron, los mismos que estaban el día anterior en la casita de la hondonada, árabes, zanetes y sanhayas, hombres ricos del reino, poderosos todos ellos. El último en llegar fue Yaddaïr, su cortejo llenó de asombro a las gentes que se habían agolpado a la puerta de la casa del Naguid. No menos de veinte hombres le acompañaban montados en briosos caballos negros, todos con alfanjes en la cintura, larga lanza en su mano derecha y turbantes rojos en sus cabezas. Un hombre negro, alto como un gigante, corría detrás de Yaddaïr con un alto quitasol de seda amarilla. Y él, él iba vestido como un rey, con una túnica a media pierna blanca de seda bordada en oro, con botas de cuero repujado y policromado; los arneses del caballo, los estribos, las riendas, la montura y el bocado eran de plata. En la cabeza el turbante trenzado medía dos palmos y era tan amarillo que parecía de oro. Desmontó de un salto y esperó a que los caballos se alejasen para mirar con altivez y arrogancia, ya solo ante la puerta de la casa, a las gentes curiosas que apretujadas se encontraban en la calle. Pasó luego al zaguán donde se encontraban los hombres ricos y todos ellos inclinaron sus cabezas reverentes, mientras Samuel, en bandeja de plata, le ofrecía la leche de la que sólo se mojó los labios y los dátiles de los que sólo mordisqueó uno. Pasó decidido a la sala precedido de Samuel y en llegando increpó a éste por no haber colocado para él una tarima donde sentarse. El Naguid le dijo que todavía no era rey y que debía tener paciencia, pues quedaba aún mucho que hablar para que él llegase a ser el monarca de este reino. Entonces Yaddaïr montó en gran cólera.

—Pronto empezamos, visir, pero te juro que vengo decidido a enseñarte tu oficio, pues es hora ya de que lo aprendas.

Mi abuelo no se amilanó:

—Nunca te he dicho, príncipe, que quiera ser tu visir. Tú y tus amigos lo habéis decidido por mí, pero en verdad te digo que no seré visir tuyo ni de nadie mientras que Habbús sea el rey de este reino.

Firqān intervino:

—Precisamente a eso hemos venido aquí, a decidir cuándo y en qué forma debe morir Habbús. Y a ti, Yaddaïr, te digo que nos parece una imprudencia el alarde que haces de un poder que todavía no tienes. Refrena tus deseos y no olvides que nada eres sin nosotros.

Yaddaïr dijo:

—Pues vayamos presto a determinar la hora y forma en que Habbús debe bajar a la tumba. Y tú, Samuel, explícanos cómo conseguirás que el rey antes de morir me designe a mí como heredero.

Entonces el Naguid con gran devoción elevó sus brazos y su mirada al techo y con voz potente gritó:

—¡Oh tú que ves y a quien no se ve, escucha!

Todos creyeron que elevaba preces al Omnipotente y también gritaron:

—¡Sí, escucha!

Pajarito me contó muchos años después que el rey Habbús, al escuchar los gritos, cogió fuertemente la mano de mi abuela, temblando de forma ostensible, y estuvo a punto de caer al suelo. Siguieron después las voces, todos querían hablar, todos intervenían, cada uno tenía un proyecto para que el reino se gobernase en el futuro, cuando Yaddaïr fuera el rey, y cada uno pregonaba su derecho a esto, a aquello y a lo de más allá, que evidentemente favorecía en exclusiva al que hablaba. La algarabía fue creciendo y tuvo que ser Ali ibn al-Qarawi quien, ayudado por sus dos hijos, consiguiera que todos se calmasen y, tras hablar uno a uno, se acordase que, tan pronto el Naguid Samuel tuviese firmada por el rey la designación de heredero en la persona de Yaddaïr, que no sería en plazo superior a una semana, el negro del quitasol amarillo, esclavo de Yaddaïr, apuñalaría a Habbús en la mezquita mayor el primer viernes siguiente, cuando el rey levante la cabeza, tras la primera postración, y haya dicho: «*Al Lahu akbar*», o lo que es lo mismo: «Dios es el más grande». No menos de tres puñaladas le deberá propinar en la espalda con una daga de más de un palmo de largo. Inmediatamente Yaddaïr matará al negro con un golpe de su alfanje, y deberá ser rematado por los guardias del nuevo rey, el grande, el poderoso, el sobrino nieto de Zawi ibn Zirí, de la noble familia de los ziritas que fueron señores y reinaron en Ifrīqiya. Ahora todos aplaudieron. En la habitación de arriba Habbús acabó sentado en el suelo, el sudor le bañaba el rostro y la cabeza, que mi abuela *Pajarito* intentaba secar con un lienzo, y ahora el temblor se le había transmitido a todo el cuerpo. Los invitados de mi abuelo salieron al patio, donde estaban ya dispuestas las mesas con los terneros *^sehitas*, guisados con ciruelas y piñones, bajo la sombra de la higuera, con el dorado vino de las viñas de Chipre, que refresca la boca y la garganta, que suelta la lengua, que infunde una alegría y un contento que vuelas sobre el patio sin despegar los pies del suelo. No faltó uno que no le recordara a Yaddaïr que sería rey porque ellos querían y lo seguiría siendo en tantos ellos lo consintieran. A todos agradeció el futuro rey su ayuda y su apoyo, pero todos insistieron en que no era su ayuda, sino la voluntad de ellos lo que le haría rey. Y bebió con ellos y a todos los estrechó en sus brazos y los besó en las mejillas. Por fin se fueron, a algunos sus criados tuvieron que ayudarles a subir a los caballos, y todos se despidieron diciendo:

—¡Hasta pronto visir, que el Creador te ayude!

La abuela *Pajarito* tuvo que sostener a Habbús para que pudiese bajar la estrecha escalera y el abuelo Samuel le dijo casi con acritud:

—¿Te convences ahora, rey, de lo que quiere para ti tu sobrino?

Y Habbús dijo:

—Los mataré a todos.

Y Samuel le contestó:

—No matarás a ninguno. Nunca se debe matar a un poderoso para gobernar un reino.

Le dieron a beber un poco de agua fresca, que mi propia abuela sacó del pozo, y le pusieron sobre la túnica una vieja alcandora con capucha. Le ofrecieron un bastón para que se apoyara y cogido del brazo de Samuel regresó a la alcazaba, sin que nadie lo reconociera en el camino, tan viejo y desvalido se encontraba, que más que un rey aparentaba ser un mendigo. Recuperó el vigor cuando se vio en su palacio, cuando su guardia lo rodeaba, cuando sus criados le hacían las zalemas, cuando sus eunucos le quitaron la haraposa alcandora, cuando las esclavas le trajeron vino muy fresco sacado de la cueva de la nieve, cuando una de sus esposas lo llevó al lecho y se abrazó desnuda a su pecho. Samuel se fue a sus habitaciones. Estaba cansado, muy cansado y más al pensar en el trabajo que le esperaba en los próximos días. Se tendió en el diván, entre los gruesos almohadones de plumón de paloma forrados de seda, pidió a un esclavo que abriese la ventana y que no hicieran ruido. Pronto se pondría el sol, la brisa de Granada y el perfume llegaría a raudales, que él aspiraría a bocanadas, llenándose los pulmones. Se quitó el calzado, se aflojó el vestido, se deshizo el turbante dejando la cabeza al descubierto, cerró los ojos, dejó de pensar. Ciertamente estaba muy cansado, en verdad agotado. Intentó dormir pero el sueño no acudió a su llamado. Se puso en pie y anduvo por la estancia, para acabar acodado en la ventana contemplando la Garnata al-Yahüd que a su frente se recostaba bajo las Torres Bermejas. Más arriba se vislumbraba el edificio de la nueva sinagoga y a Yahvéh elevó su oración:

—Mis palabras oye propicio, oh Dios, y acoge mi gemido, atiende a la voz de mis plegarias, al tiempo que mi alma te proclama, como todas las almas solícitas de ti, ¡oh Señor mío!

Luego volvió a tenderse sobre los almohadones, con los ojos abiertos clavados en el techo de la habitación. Cuando ya casi oscurecía dio una palmada y acudió un criado al que pidió que buscasen a su segunda esposa Bilhà y viniese a hacerle compañía. La encontraron en el patio de los cipreses y vino de seguido a la presencia de Samuel. Nada le dijo éste, que atrajo a ella suavemente haciéndola recostar a su lado. Luego de forma lenta, pero muy lenta, le pasó la mano sobre el vestido por encima de los brazos, las piernas, el pecho y el vientre. Vino la noche y se hizo el oscuro, él tiró de la ropa de ella casi sin fuerza, como sin gana, como no queriendo, hasta que acabó dejándola desnuda. Siguió acariciándola, pero ahora por todo el cuerpo. Bilhà volvió la espalda y clavó las rodillas y los codos sobre el suelo. La respiración de Samuel se hizo agitada. Bilhà apretó con fuerza los dientes y se hincó las uñas en las palmas de sus manos. El Naguid se puso en pie y de seguido se dejó caer sobre el cuerpo frío de su segunda esposa, a la que poseyó y gozó como si fuera una perra. Luego volvió sobre los almohadones de seda y el compás de su respiración pregonaba bien claro que ya dormía. Bilhà permaneció inmóvil, arrodillada, desnuda, con las rodillas y los codos hincados en el suelo. Cuando entró la luna y la iluminó a toda ella parecía una estatua de mármol, como las que dicen hacían los griegos y romanos hace más de un milenio.

Cuando empezó a clarear el día perdió la estatua la sujeción, se le doblaron brazos y piernas y Bilhà quedó también dormida.



A la mañana siguiente Habbús recibió a Samuel con todo afecto. Se empeñó en besarle las manos. Más de diez veces le dijo que nunca jamás dudaría de su fidelidad y lealtad.

—¿Qué haremos ahora con esos traidores? —preguntó el rey.

—Queda tranquilo, mi amo y señor, que todo lo tengo previsto, como es mi deber —contestó el visir.

—Pero habrá que castigar a mis enemigos —insistió Habbús.

Y Samuel dijo una vez más:

—Queda tranquilo, rey, que alguna sangre habrá después de la partida para que quede claro que tú eres el vencedor.

Marchó a sus habitaciones y dio orden de que se buscara a Yaddaïr y se le pidiera que viniera de seguido a verlo. Y es lo cierto que en menos de una hora estaba en su presencia.

—¿Tienes el papel, visir? ¿Firmó ya el rey? —preguntó.

Y el Naguid, mirando con recelo hacia la puerta, en voz muy baja, dijo:

—Huye de inmediato, el rey lo sabe todo. Pronto saldrán los soldados en vuestra busca, seréis detenidos y vuestras cabezas serán cortadas. Huye, huye, que todavía estás a tiempo. En la ciudad de Ronda estarás seguro, huye.

Yaddaïr no lo dudó, salió a la carrera del palacio, montó a caballo y seguido de los veinte hombres de su guardia dejó la ciudad a galope tendido. El negro del quitasol no pudo seguirlo y quedó sentado a la puerta de la casa completamente desconcertado y boquiabierto. Pasado el mediodía, efectivamente, salieron los soldados y trajeron bien custodiados a todos los conjurados, lo que fue fácil pues ninguno de ellos estaba prevenido. No encontraron a Yaddaïr, que ya estaba huido, ni a Ali al-Qarawi, ni a sus dos hijos, que la tarde anterior habían partido a sus dominios de Guadix. Cuando los encontrados fueron llegando a la alcazaba se les agrupó en el patio que hay junto a la torre y luego se les hizo pasar al salón del rey. Estaba Habbús recostado sobre la tarima alfombrada, un gran número de soldados le rodeaban, esclavos y eunucos de palacio habían sido armados con dagas, alfanjes y cimitarras. Ahora Habbús no temblaba, se sentía seguro y poderoso. Un gesto de displicencia y de desprecio mostraba su rostro y su mirada escudriñadora a cada uno de ellos, conforme iban entrando, demostraba enfurecimiento e ira. No dijo nada, se limitó a mirarlos fijamente, rodeados como estaban de más de un centenar de hombres armados, en silencio que sólo se rompía accidentalmente por el roce fortuito de las armas de los soldados. Todos en pie menos el rey, incluso el Naguid colocado junto a la tarima permanecía derecho. Fue un largo rato, angustiado, tenso, que al final no pudo resistir

un hombre rico sanhaya que de pronto gritó:

—¿Por qué, por qué se nos trata como a vulgares forajidos?

Ni el rey, ni el visir, ni nadie en la sala contestó a su pregunta, continuando el silencio que ahora se hizo todavía más tirante. Pasado un rato se oyó la voz de Firqān, que en tono humilde dijo:

—Amado rey Habbús, querría dirigirte la palabra en mi nombre y por estos otros hombres que me rodean y también han sido detenidos y recordarte que todos somos ricos y siempre hemos pagado los tributos con prontitud y justeza.

El rey mantuvo un largo silencio. Por fin dijo:

—Escucharé cuanto digas, pero te advierto que no sois ninguno digno de que yo conteste a vuestros alegatos. Será en todo caso mi visir, Samuel ibn Nagrella, quien responda a vuestras palabras.

Firqān se aclaró la voz, tosió ligeramente y dijo:

—Visir, me gustaría que explicases qué cosa hemos hecho para ser tratados de esta manera. Nos parece una injusticia que las personas que tanto hacemos para el engrandecimiento de nuestro rey y de este reino de Granada seamos conducidas entre guardias como vulgares ladrones y se nos dé este injurioso trato. ¿Qué hemos hecho, y qué no has hecho tú mismo, que haga nuestra conducta reprobable? ¿De qué se nos acusa?

El rey Habbús, que había dicho que no hablaría, le interrumpió:

—¡Perros, queríais asesinarme!

Todos gritaron:

—No, no es cierto.

Y el rey:

—Además de asesinos, cobardes. —Y añadió—: Yo presencié y escuché toda vuestra reunión de ayer en casa de mi leal visir Samuel. Sí, en la habitación de arriba estaba vuestro rey, al que decidisteis matar y en mi lugar poner a mi sobrino Yaddaïr.

Se puso en pie y se acercó a ellos, mirándolos cara a cara, uno por uno. Todos bajaron la cabeza y ninguno se atrevió a sostener su mirada. Luego dijo con fuerte voz:

—¡Traidores!

Y salió de la sala con la dignidad que como rey le correspondía y que ya había recuperado, después del infortunio del día anterior. Cuando se hubo marchado, Samuel ordenó a todos los soldados y sirvientes que abandonaran el salón y permanecieran vigilantes a sus puertas, no permitiendo que se marchara ninguno de los detenidos hasta que el rey o él personalmente así lo dispusieran. Luego indicó a aquellos hombres ricos que se sentaran y él mismo tomó asiento al borde de la tarima alfombrada que por derecho pertenecía al rey. Se acomodaron como pudieron sobre las alfombras y almohadones que había en la sala y cuando se hallaron solos, el sanhaya que habló el primero volvió a intervenir para gritarle:

—Tú, tú eres el traidor que nos ha engañado.

El Naguid muy tranquilo, pero en tono alto, dijo:

—Ni soy traidor, ni he engañado a nadie. Sólo trabajo y sirvo a mi señor. Y además os digo que en este mundo no existe ningún hombre al que se le puede llamar engañador, sólo existen, y por suerte son muchos, hombres que se dejan engañar. Sí, ésos sois vosotros: los que se dejan engañar, los que no sabéis hacer bien vuestro trabajo, los que no celáis con tino vuestros asuntos ni negocios. Tenéis merecido lo que os acontece y no son justos ni vuestros insultos y menos aún vuestras quejas. Ahora, por vuestros errores, sólo os queda un camino para salvar la cabeza. Arrojaros a los pies de nuestro rey, reconocer vuestra traición y pedir perdón. Tal vez el rey, como corresponde a un gran monarca, quiera en esta ocasión ser generoso. El que no quiera esta solución, libre es de no aceptarla, pero en verdad os digo que mañana su cabeza será colgada en la muralla, junto a la puerta Monaita, como es norma y costumbre en este reino de Granada.

Nadie abrió la boca después de las palabras del Naguid; cabizbajos, pensativos y en silencio permanecieron. Al rato Firqān preguntó:

—¿Cuánto nos costará el *amán*?

Y el visir en el mismo tono de voz y sin descomponerse dijo:

—El perdón os costará a cada uno un millón de dinares en oro.

Un zanete dijo:

—No tenemos esos dinares ni siquiera todos juntos.

Y Samuel, el buen visir del rey, replicó:

—Pues si no los poseéis, hasta mañana antes de que se ponga el sol tenéis de buscarlos. Id pues a vuestras casas, donde seréis conducidos y vigilados por los guardias y soldados del rey. Mañana os espera el rey para otorgaros el *amán* o para ordenar que se os corte la cabeza.

Uno a uno fueron saliendo al patio y a cada uno asignó el Naguid una escolta de veinte guardias y uno más que haría de jefe y que respondería ante él de su custodia. Firqān, cuando le tocó su turno, le dijo al Naguid que le bajase el precio del *amán*, pero éste se limitó a enarcar las cejas, encoger los hombros y dedicarle una sonrisa, como diciendo que no estaba en su mano. Luego el visir Samuel se dirigió a la casa de Yaddaïr, que estaba lindera al palacio del rey, llamó al mayordomo y le dijo que, a partir de aquel momento, todos eran esclavos del rey; las mujeres, incluidas las concubinas del príncipe, debían pasar al palacio. A la casa del rey irían también todas las demás pertenencias. Sólo la madre del príncipe, la viuda de Hubäsa, el hermano de Habbús, podría seguir en la casa, con dos esclavas y el propio mayordomo que quedarían a su servicio, lo que necesitasen para su sustento lo recibirían cada día desde palacio. Todos los bienes habían sido confiscados, y al aterrado mayordomo le obligó a que al día siguiente le presentase relación cabal de todo, tierras, ganados, esclavos y casas del príncipe huido. Era ya de noche cuando Samuel llegó a las habitaciones del rey a darle cuenta de todo lo que había dispuesto. Habbús aprobó todo lo realizado y preguntó a cuánto ascendería la cantidad que obtendría. Samuel le dijo

que sin duda alguna sería el hombre más rico de todo al-Andalus. Luego, muy contento, preguntó más:

—¿Y no cortaremos ninguna cabeza? ¿No habrá sangre?

Y el Naguid le dijo:

—No te preocupes, rey. Le cortaremos la cabeza al negro del quitasol, que era el que debía asesinarte.

Y ya estuvieron toda la noche haciendo números y cuentas del dinero que el rey conseguiría. Amanecía cuando cada uno se fue a su lecho, pero antes y como despedida Habbús le dijo a su visir:

—Descubre, amigo Samuel, todos los días conjuras para asesinarme como ésta. De seguro que tendré que hacer un gran subterráneo para guardar tanto oro.

Y con grandes risas se despidieron ambos.

La noche había sido larga no sólo para el rey y su visir. Más larga y ciertamente más penosa fue para tanta gente que tuvo que dormir a la intemperie, puesto que todas las puertas de Granada se cerraron, por orden del Naguid, tan pronto tuvo certeza de que Yaddaïr había salido de la ciudad. Era un poco pasado el mediodía. Miles de granadinos estaban fuera, trabajando en los campos, de regreso de algún viaje, visitando en las próximas alquerías a deudos y parientes. Nadie pudo entrar en Granada, pues sus puertas estaban cerradas a cal y canto. Durmieron como pudieron, agrupados al pie de las murallas o arracimados junto a las puertas, debajo de las barbancas. De otra parte, los que estaban dentro tampoco, la mayoría, pudieron descansar en paz. Los hombres ricos, viendo sus vidas en peligro, no se tomaron un punto de reposo. Familiares y amigos se pusieron de inmediato en movimiento para conseguir reunir, a la mañana siguiente, el millón de dinares en oro que cada uno necesitaba. Efectivamente ninguno de ellos tenía tan elevada cantidad en su casa, ni siquiera contando con los dineros de sus familiares más próximos. Los padres y hermanos, los tíos y los sobrinos anduvieron toda la noche de casa en casa buscando los dineros que faltaban, bien a préstamo, bien vendiendo joyas, sedas, incluso las cosechas que en los campos tenían aún sin recoger. Fue una larga noche en la que se hicieron tantas compras y ventas, tantas transacciones, tantos contratos de préstamo, como no se hacían en Granada en todo un año. Hubo que pedir permiso en la alcazaba para que se dejara abierto el paso, sin cerrar las puertas del puente del Cadí, a la Garnata al-Yahüd y allí se encaminaron, en un continuo ir y venir, los familiares de los hombres ricos para conseguir oro de los judíos más pudientes. Buenos negocios se hicieron aquella noche y hasta los más pobres pudieron comprar diez sacos de trigo o de cebada por una monedita de oro. Al rabí Menahem le dieron cinco hermosos bueyes, que luego envió a un primo suyo de Lucena, por diez monedas. El oro salía aquella noche de todas las faltriqueras, también de las cajitas de plomo que las gentes esconden bajo las losas de las chimeneas. Sí, mientras el rey y el visir en el palacio hacían números y cuentas, las gentes de Granada, de las callejas oscuras a las plazuelas, de casa en casa, de un barrio a otro, de una puerta a otra, compraban,

vendían, cambiaban y siempre bajando el precio de las cosas. Cuando amanecía todas las monedas de oro de Granada estuvieron en las casas de los hombres ricos que habían querido asesinar al rey, pero no tenían nada más. Las joyas, las fuentes y vasos de plata, los buenos vestidos de lana para el invierno, los mantos y túnicas de seda, el trigo que tenían en el granero, los corderos y las gallinas de los corrales, hasta los caballos y los esclavos habían sido vendidos. Nada tenían, sólo el oro que deberían entregar al rey antes de que se pudiese el sol, ese sol que estaba saliendo. Realmente fue una noche de frenesí y locura en la que algunos todo lo perdían, pues habían jugado fuerte y habían perdido. Otros muchos se regocijaban, puesto que habían obtenido una buena ganancia. «Así es la vida, para que uno gane es menester que otro pierda», se decía el rabí Missim, al que en toda la noche no se le cayó de las manos el Libro de los Salmos y que estuvo ajeno a toda aquella locura, ya que nada tenía y nada deseaba. Él sí, mi otro abuelo, antes de que amaneciera concilio el sueño con toda placidez, sin que para nada le estorbasen el ruido, las carreras y el tumulto que hacían las gentes por las calles en aquella noche oscura y tan movida.

El Naguid pronto estuvo de nuevo en su cuarto de trabajo, donde fue informado de que los hombres ricos casi todos tenían ya el precio del *amán* conseguido. Ahora se puso a escribir. Era un mensaje para Ali ibn al-Qarawi. De forma escueta le decía que la conjura estaba descubierta por el rey, que Yaddaïr había huido, que todos los demás conjurados estaban detenidos y que él y sus hijos o huían de inmediato de Guadix, abandonando todas sus posesiones, o en breves días serían también presos, y sus cabezas cortadas. Al final, como otra posibilidad de salvar el pellejo, le daba cuenta de que todos los demás hombres ricos comprometidos en el asunto habían solicitado el *amán* del rey, cuyo precio había sido fijado en un millón de dinares de oro, cantidad que para él no debía de ser excesiva, habida cuenta que el señorío de Guadix le reportaba cada año fácilmente esos dineros. «De todas formas, haced, tú y tus hijos, lo que creáis más conveniente, pero no olvides que el ejército del rey, al mando de su hijo el príncipe Badis, está a sólo diez jornadas de tus tierras y a ellas se encaminará si antes de dos días no estás aquí para pedir el perdón del rey», terminaba el mensaje, que ordenó de inmediato fuese llevado a Guadix por dos soldados en veloces caballos. Al mismo tiempo, y sabiendo que varios hombres ricos se encontraban en los patios de la alcazaba y los demás venían de camino, dijo que ya se podían abrir todas las puertas de la ciudad, puesto que los que esperaban ya estaban impacientes y los que habían de salir también protestaban. Ahora visitó al rey y empezaron a preparar el acto solemne en el que los conjurados debían pedir el perdón, que les sería concedido en la pública ceremonia que se celebraría una vez que el visir contase y recibiese el precio del *amán*. Sería pues en la tarde, desde luego antes de ponerse el sol, como se había exigido. Luego se haría el banquete con los perdonados, en señal de amistad, y todos deberían aplaudir la magnificencia y generosidad del rey.

La ceremonia fue en verdad digna de recordar. El rey Habbús apareció en el gran

patio al son de añafiles y tambores, rodeado de todos los dignatarios de su corte; el visir Samuel caminaba a su derecha, y a su izquierda, con la capucha tapándole el rostro, iba el verdugo con su ayudante que llevaba la gran espada que se usa en las decapitaciones. Los dieciséis hombres ricos estaban en un rincón del patio rodeados de soldados. Se habían abiertos las puertas de la alcazaba y tocias las gentes que quisieron se agolpaban en el patio llenándolo por completo. El visir había distribuido entre ellas a hombres leales que vitorearon y aplaudieron la presencia del rey, arrastrando con su entusiasmo a la multitud enfervorizada que vitoreó también al rey hasta enronquecer, mientras los añafiles lanzaban sus estridentes sonidos acompañados por el retumbar de los tambores. Duró el griterío hasta que el rey quedó confortablemente instalado en el diván puesto sobre la elevada tribuna, cubierta de alfombras y tapices, que se había levantado en el centro del patio. Hecho el silencio, un pregonero dijo, a voz en grito, que dieciséis hombres de Granada habían querido matar al gran rey Habbús, hijo de Mäksan hermano del buen rey Zawi, de la gloriosa dinastía zirita. Luego leyó, uno por uno, los nombres de los dieciséis conjurados, añadiendo que habían sido detenidos y que se encontraban en aquel rincón del patio para ser castigados por su horrendo crimen. Se adelantó ahora otro pregonero, también de voz potente, y dijo:

—Yo pregunto al pueblo de Granada: ¿qué castigo debe imponerse a estos dieciséis hombres?

Se hizo el silencio y todas las miradas se dirigieron al grupo de alfaquíes de la mezquita mayor, que se agrupaban en una esquina al pie de la tribuna. Juntaron éstos sus cabezas, como haciendo un pequeño conciliábulo, y el más anciano de ellos al poco rato dijo:

—Deben pagar con su vida.

Entonces el pueblo gritó, instigado por los hombres que estaban prevenidos para ello:

—Sí, sí, que se les corte la cabeza —durando el griterío un gran rato, mientras el verdugo se pavoneaba, sacando pecho, alrededor de la tribuna del rey.

Cuando el rey se cansó del alboroto levantó su mano y se hizo el silencio. Los guardias, a empellones y codazos, acercaron a los que custodiaban, abriendo paso entre la multitud, al pie de la tribuna, desde la que Habbús les dijo que hablasen lo que en su defensa creyeran conveniente. Fue Firqān el que lo hizo en nombre de todos ellos y lo hizo con cierta arrogancia, como dando a entender que se sentían más que como asesinos como infelices personas engañadas. Dijo, tras una invocación a la grandeza, el poderío y magnificencia de Habbús, que siempre habían sido unos leales súbditos del rey, y que con sus acciones tenían probada en miles de ocasiones su fidelidad al monarca. Que el verdadero traidor no estaba entre ellos, pues había huido, aunque se cuidó mucho de no nombrarlo, que les engañó diciendo que nuestro buen rey Habbús estaba cansado y viejo tras muchos años de reinado y adelantarle la muerte era un descanso para él que tenía bien merecido. Ellos de buena fe dieron su aprobación a

estas razones y ahora veían que fueron engañados puesto que nuestro gran rey es fuerte, vigoroso, justo y honesto y el Dios de todos los Mundos lo tiene de su mano. Estas últimas palabras arrancaron fuertes aplausos de la gente, que fueron iniciados por los animadores de la plebe que con acierto había metido entre ella el visir Samuel. Pero prosiguió Firqān, y ahora con tono compungido y lloroso, al tiempo que se inclinaba profundamente con respeto, lo que imitaron los demás acusados, diciendo:

—Oh rey de reyes, poderoso e invencible, a tus plantas se rinden estos infelices que han perdido su honra y su fortuna y no tienen ya otro asidero que la benevolencia de tu generosidad. Perdón te suplicamos, amado rey, y déjanos que humildemente besemos vuestros pies y los reguemos con nuestras lágrimas, para que algún día puedas tenernos otra vez como tus amigos. Concédenos el *amán*, que tú sí puedes.

Hubo un largo silencio y ni el menor sonido se escuchaba. El Naguid también proseguía inmóvil, como había estado todo el acto, que él había preparado y organizado hasta el más mínimo detalle. La multitud esperaba la resolución del rey. El visir bajó los ojos a tierra e inclinó su cabeza, que era la señal convenida para que seis guardias aparecieran trayendo entre ellos a un hombre alto y de tez negra. Era el punto final para que el rey pudiera conceder el *amán*. Era el golpe de efecto, que nadie esperaba, y pondría el broche de oro a aquel brillante espectáculo. El hombre era el esclavo del príncipe Yaddaīr, el negro del quitasol amarillo, que llegaba entre los guardias ajeno por completo a lo que allí acontecía. Lo acercaron al centro del patio, incluso lo subieron a una esquina de la tarima, para que todos lo vieran, muy próximo al rey, y el mayordomo principal del palacio gritó:

—Este hombre era el designado para matar al rey.

El pobre negro sonrió a la gente, pues no sabía si ello era un honor o una desgracia, y se quedó sin saberlo pues el verdugo, que estaba a sus espaldas, levantó con las dos manos la gran espada blandiéndola en el aire y en menos de un parpadeo le cercenó la cabeza, que voló como si fuese una calabaza yendo a caer entre la multitud enardecida, que ahora rugía, sin que los agitadores puestos por el visir tuvieran ya necesidad de estimularla. La sangre del negro del quitasol amarillo caía a chorro del cuerpo sin cabeza, que se había desplomado de la tribuna y ahora yacía en el suelo. La gente seguía aplaudiendo, dando vivas a su rey, gritando de fervor y entusiasmo, felices todos porque se había hecho justicia. Los dieciséis hombres ricos estaban pálidos, temblorosos, aterrados, y se taparon la cara con las manos para no ver el cuerpo sin cabeza. La cabeza ya había sido tomada por un soldado, que la clavó en el pico de una lanza y salió con ella enarbolada, entre más vivas y aplausos del pueblo fervoroso, para colocarla en la muralla, junto a la puerta Monaita. Estaba anocheciendo y se encendieron en todos los muros que rodean el patio cientos de antorchas y también en las almenas de la pequeña muralla que circunda el palacio. Un resplandor rojizo se confundió con los rayos anaranjados que el sol lanzaba en sus últimos destellos del día, y fue entonces cuando Habbús con otro gesto de su mano derecha levantada impuso

silencio a las gentes. Un criado de rodillas se acercó al rey y le quitó las babuchas, dejando sus pies descalzos, y entonces se puso en pie, acercándose al borde de la tarima. Era la señal del perdón, el rey Habbús había dado el *amán* a los acusados, los guardias dejaron de rodearlos y todos ellos, uno por uno, se arrojaron a las plantas de su rey y entre lágrimas y sollozos las besaron. Nunca se supo si eran lágrimas de arrepentimiento y contrición o si más bien de dolor por la pérdida de sus bienes, aunque es lo cierto que no todo lo habían perdido, habían salvado la vida. Luego Habbús bajó de la tarima y con toda solemnidad se dirigió a la puerta del salón principal, siendo aclamado una vez más por las gentes y allí muy derecho y sonriente fue dando paso a todos y a cada uno de los dieciséis hombres ricos, que en ordenada fila fueron también entrando en el salón, besando las manos del rey, que las tenía extendidas y que después abría en amplio gesto para estrechar a cada uno entre sus brazos y besarlos, también uno por uno, en ambas mejillas, en señal de amistad. Acomodados ya todos en las mesas se sirvió el banquete. El abuelo Samuel le contó luego a mi abuela *Pajarito*, y ésta me lo contó a mí, que tal vez en esto del banquete se excedió un poco. Creyó después que había sido exagerado y eso que no hizo cuentas de su coste, él que era tan cuidadoso con las cosas de los números, pero en su descargo se dijo que al fin y al cabo eran los invitados los que pagaban el gasto, que, de otra parte, era una insignificancia comparado con las montañas de oro que ya se acumulaban en los subterráneos del palacio. Se empezó con gallinas y pichones que iban rellenos de almendras trituradas con los higadillos muy picados, para seguir luego con carnes de conejos y de liebres guisadas con unas salsas de jengibre, canela, angélica, pimienta y clavo, especias estas que se guardaban como un tesoro, pues fueron de las últimas que vinieron de la India, traídas por los comerciantes nabateos de la ya abandonada ciudad de Petra, en la Arabia. Luego vinieron los corderos y terneros, asados a fuego lento, en grandes trozos que apenas se podían coger con las dos manos y cuya sangre tostada se escurría entre los dedos y se derramaba por las comisuras de las bocas de los comensales. Y en cuanto al vino, se bebió sin tasa y sin medida y era vino traído de las bodegas del castillo de Martos, otro se trajo de Girgenti, que antes se llamó Agrigento, en la Sicilia, y otros había de Caimán al otro lado del Mediterráneo. Cuando se trajeron los dulces y los vasos con la menta, el poleo y el té hirviendo muchos invitados habían ya rodado por el suelo. Habían comido hasta saciarse, pero bebieron mucho más. Los altos dignatarios de la casa del rey estaban contentos y satisfechos por la brillante ceremonia que para el otorgamiento del *amán* a los traidores se acababa de realizar. Los dos días de tensión habían pasado. Todo acabó felizmente. Si el rey está contento, obligación del cortesano es adecuar su ánimo al de su rey. Ha dicho el rey que hay que beber y nos ofrece vino, pues bebamos, bebamos y comamos hasta caer redondos al suelo. Los otros invitados, los hombres ricos que habían tenido su propia vida en peligro, no tenían nada que temer ahora, el rey les besó la mejilla, habían sido perdonados. Cierto que se ha quedado con su dinero, con casi todo su dinero, pero no es menos cierto que más, mucho más, tiene siempre el hombre rico en su pobreza que el

pobre en su riqueza. Tiempo habrá de hacer de nuevo fortuna, de volver a ser rico, todos conocen la forma y el modo de juntar oro, sólo se necesita un poco de tiempo. Bebamos pues ahora, se dijo cada uno para sí, y bebieron, bebieron y comieron hasta caer también redondos al suelo. Y ahí, en el suelo, los cortesanos y hombres ricos siguieron aún bebiendo y el vino bueno, el que se trajo de lejanas tierras, les mojaba las barbas y la cara, les empapaba los vestidos, les escurría entre los dedos de las manos y de los pies. Sólo el rey y su visir Samuel guardaban la compostura. Bien sabía Habbús que ahora era el hombre más rico del reino. No era sólo el rey, que eso lo puede ser cualquiera, sino el más rico, y el que posee más oro en su subterráneo, bien guardado, bien atrancado, bien custodiado, no tiene necesidad de beber vino para estar contento. Ahora el poder está en las manos del que lo tiene que tener, con seguridad sabe que miles de hombres están dispuesto a dar su vida para que él no pierda su oro, para conservárselo seguro hasta que él muera. Habbús no había querido que hubiera ni músicos ni danzarinas, ni siquiera acróbatas o luchadores, pues entendió que todo esto pudiera distraer a los comensales y olvidar el ultraje que habían hecho al que ahora les convidaba, al que quisieron matar y sin embargo él no sólo los perdonaba, concediéndoles el *amán*, sino que les ofrecía el mejor banquete que habían tenido en su vida de hombres ricos. Ahora ya podían beber y olvidar la traición, también podían, si querían, olvidar que pudieron perder la cabeza, así como que ya no tenían sus cuevas repletas de oro, pues el buen Habbús les llamaba amigos, los hartó de comer y los llenó de vino hasta las orejas. Así era y debe ser un gran monarca, un gran rey, generoso y magnánimo, así pasará a la historia Habbús, el segundo rey de la dinastía zirita en el reino de Granada. Y estuvo en el salón del banquete hasta el final, hasta que se llevaron a todos los invitados. Ni él ni su visir Samuel, que se sentó a su lado en la cabecera de la mesa, en zona más elevada que el resto de los comensales, probaron el vino. Sólo refrescaron sus bocas con zumo de uva no fermentado que el mayordomo les escanció a ellos dos solos, un par de veces en toda la noche, de una jarra de barro vidriado. A todos observaron atentamente, a los leales y a los que habían vuelto a la obediencia, a los buenos y a los que habían sido malos, y el rey no paró, una y mil veces, de agradecer a Samuel lo que hacía por él y por el reino.

—¡Que Allah, que Yahvéh, que el Dios de los cristianos te premie, mi buen visir!

Y le dijo más:

—Nada te ofrezco, porque todo lo mío es tuyo. Coge del tesoro todo cuanto quieras, porque a ti te pertenece tanto o igual que a mí.

Y Samuel, también varias veces, le dijo:

—Sólo quiero servirte, a ti y a Granada.

Así estuvieron toda la noche, gozando uno en el otro, viendo que su obra era un reino en paz, con una inmensa cantidad de oro en los subterráneos, con una corte de poetas y trovadores, con un ejército victorioso que recorría el territorio capitaneado por los hijos de ambos.

—Judío, mi amado judío, participa conmigo de este esplendor —dijo Habbús mientras apretaba con fuerza la mano de Samuel.

No quedó nadie en el salón. A todos se los llevaron los criados a sus aposentos y casas. Los llevaron a rastras, otros en parihuelas, algunos en brazos. Olían mal, habían devuelto, llevando las ropas sucias de comida, vino y vomitera, pero eran los invitados del rey y los criados no los dejaron tirados en las calles como si fueran unos asquerosos borrachos. Se los llevaron a todos. Entonces el rey le dio a su visir el último abrazo y tuvo incluso la gentileza de besarle las manos. Pero Samuel no se quedó en sus aposentos en el palacio, pidió escolta, soldados y hombres con antorchas, y muy lentamente, como si fuera paseando, puso rumbo a su casa en el barrio judío. Bajó hasta el puente del Cadí, cuyas puertas fueron abiertas a su paso, sintió en su rostro la frescura que salía del río, oyó el repetido canto de los grillos, percibió el penetrante olor de las madresevas y mastranzos, acercándose sin apresurarse a su casa en el dédalo de calles estrechas y empinadas. Séfora no lo esperaba. Se abrazó a ella y dijo que venía cansado. La abuela *Pajarito* despidió a los criados y, apoyada en su brazo, lo llevó a la sala, la de la ventana grande que deja ver toda la Granada de los moros, la alcazaba, el palacio del rey y todas las torres de las mezquitas. La luna había salido y era llena, como un gran pan redondo, blanca como la nieve y fría como la muerte, pero daba luz que hacía se viesen todas las cosas. Se enlazaron por la cintura Séfora y Samuel, permaneciendo en pie delante de la ventana, y él dijo:

—Me parece que vivo demasiado para el rey y no sé bien si es bueno tanto rey en mi vida.

Séfora dijo:

—Yo también tengo un rey, el mejor rey del mundo y no puedo vivir sin él, pero él me falta. Tú eres mi rey, rabí Samuel. Y por ti daría la vida.

Se apretaron un poco más uno junto al otro, él le preguntó si se acordaba cuando llegaron a Málaga, cuando subían el sábado a la terraza, frente al mar, dirigiendo la vista al este, por donde sale el sol cada mañana, mirando a los lejos, todavía más lejos, hacia las ruinas del Templo. Invocaron a Yahvéh y Yahvéh les fue propicio. Ella asintió y le besó en la boca. Luego se fueron a dormir y al poco rato tenían los ojos cerrados, como todas las demás gentes de Granada. Sólo permanecían abiertos unos ojos, grandes como platos y fijos, muy fijos. Eran los ojos del negro del quitasol amarillo, en la cabeza colgada en la puerta Monaita.



Hasta pasados dos días no volvió a salir el Naguid de su casa en el barrio judío. Y salió porque le avisaron que llegaba al palacio Ali al-Qarawi y sus hijos. Cuando él accedió a la alcazaba efectivamente ya estaban allí. Traían el precio del *amán*, que entregaron al visir, sin decir una palabra. Se les hizo esperar toda la mañana, mientras Samuel despachaba con el rey. Por fin se les permitió pasar a presencia de Habbús,

que recostado en las gruesas alfombras de su tarima, todavía los tuvo un rato sin prestarles atención, como si no los hubiera visto. Fue Samuel quien advirtió al rey diciendo:

—Está aquí el señor de Guadix con sus hijos, ¿queréis que hablen?

El rey se lo pensó otro rato y luego dijo:

—Nada tengo que escuchar de estos traidores.

Entonces Ali, a una seña del visir, postrado de rodillas soltó un largo discurso que traía preparado en el que daba testimonio de su lealtad y de su obediencia al rey y en el que imploraba el perdón, jurando, por sus muertos, que no se levantaría del suelo en tanto que su amado rey no le dejase besar sus pies y le afirmase que volvería a tenerlo como amigo. Habbús sacó los pies de las babuchas y Ali y sus dos hijos se acercaron, andando de rodillas, hasta sus plantas, besando con exagerados ademanes y aspavientos los descalzos pies del monarca. Luego el rey se levantó, acercándose a ellos y los besó a los tres en las mejillas. No hubo banquete, pues fue demasiado fuerte el ofrecido a los otros conjurados y ni el rey, ni su visir, estaban dispuestos a repetir la ceremonia en plazo tan corto de tiempo. Un trozo de cordero asado, un pedazo de queso de camella y una fuente de dátiles fue todo el banquete que le ofrecieron y que comieron incluso de pie, invitándoles a que se marcharan de seguido a fin de que no llegaran muy de noche a su destino. Samuel también se fue, no sin antes rogarle al rey que lo excusase de sus obligaciones una pequeña temporada, pues quería tomarse un descanso con su gente en la Garnata al-Yahüd, a lo que Habbús dijo:

—Haz lo que estimes oportuno, mi buen visir, pues lo que pides lo tienes más que merecido.

Volvió al barrio de su gente y aquella misma tarde se fue a la sinagoga vieja, donde se encontraban tres rabinos que estaban haciendo lectura de los Profetas. Leían, por turno, al azar, sin atenerse al orden que impone la *Tosefta'*, y cuando el rabí Hanina ben Dora le pasó la vez, Samuel escogió un pasaje de Isaías, aquel que pide la liberación del pueblo de Israel: «Todos nosotros somos impuros, toda nuestra justicia es como vestido impuro. Hemos caído como hojas secas, y nuestras iniquidades como viento nos arrastran. Y nadie invoca tu nombre, nadie despierta para apoyarse en ti. Has apartado tu rostro de nosotros y nos has entregado a nuestras iniquidades. Y con todo, oh Yahvéh, tú eres nuestro padre; nosotros somos la arcilla y tú el alfarero; todos somos obra de tus manos. ¡Oh Yahvéh!, no te irrites del todo, no estés siempre acordándote de nuestras iniquidades; ve, mira, mira que somos tu pueblo».

Ahora había llegado el rabí Missim, se incorporó al grupo y pidió por favor que le dejaran leer el libro de los Proverbios, leyendo las parábolas de Salomón recogidas por los discípulos de Ezequías. Casi era oscuro cuando dejaron los rabinos la sinagoga, regresando a sus casas y Samuel iba feliz y contento, porque estuvo con su Dios toda la tarde y esperaba estar así los próximos días. No era bueno, como le dijo a Séfora, tener tanto rey Habbús en su vida, olvidando al rey de reyes, al rey de Israel, que es grande Dios en Sión. Y no hizo otra cosa los siguientes días, los libros sagrados

no se le cayeron de la mano, los cinco o seis rabinos que habitan en la ciudad le acompañaron casi de continuo e incluso el rabí Menahem, que tenía ya unas barbas y unos cabellos más blancos y largos que los de mi otro abuelo, el rabí Missim, y que ahora andaba con muletas, también vino a hacerle compañía. El odio que le había mostrado en otro tiempo desapareció o fue olvidado. Era mucho el poder que el Naguid había acumulado. Fueron días de largas conversaciones entre los rabinos de Granada, pero no sólo en la sinagoga vieja. Acudieron, aunque muy despacio pues los rabinos Menahem, Missim y Hanina estaban muy viejos, caminando a la sinagoga nueva, sobre el valle de la Sabika. Y allí, junto al Mar de Bronce, que aquí es Mar de Piedra o Fuente de los Leones, pasaron varios días comentando la *Gemara*, que es, a su vez, los comentarios a la Misná o compendio de la ley oral del pueblo judío. La tradición no recogida en las Escrituras, pero contenida en el Talmud de Palestina y en el de Babilonia. El fundamento o principios básicos de la religión judía. Fue entonces cuando tuvieron la osadía los rabinos de Granada, a propuesta del Naguid Samuel, de plantearse la posibilidad de hacer ellos un *Targum* o traducción de algún texto bíblico del arameo o del hebreo al árabe. El rabí Missim propuso hacer el Libro de Rut, figura que le embelesaba tanto que dio su nombre a su propia hija, mi madre. La fidelidad y la abnegación en la persona de una mujer. El rabí Menahem propuso el Libro de los Reyes, en especial la historia del reinado de Salomón, el que edificó el Templo. Pero al final todos aceptaron la propuesta de Samuel Nagrella, harían el *Targum de Granada*, la historia de la familia de los Macabeos, gracias a cuyo heroísmo alcanzó la independencia de nuevo el pueblo hebreo. Los rabinos de Granada, todos con larga experiencia en el conocimiento de las lenguas, buenos traductores todos ellos, y que conocían el viejo dicho, de hace ochocientos años, del rabí Yehudá bar Ilay: «Quien traduce con absoluta literalidad es un falseador; el que añade alguna cosa es un blasfemo», se pusieron con todo ardor a la tarea y es lo cierto que la muerte de algunos de ellos y sobre todo la de mis dos abuelos, Samuel y Missim, impidió ver la tarea concluida. Eran muy mayores y el más joven de ellos, el Naguid, tuvo luego que volver, aun sin querer, a la alcazaba con Habbús y luego con su hijo, el que sería el rey Badis. Parte de lo escrito por el rabí Missim, no más de veinte páginas, pudo salvar su hija Rut, mi madre, escondido entre sus ropas, el día más aciago, cuando salió de Granada, huyendo hacia Lucena, llevando cogido de su mano al que esto escribe, que soy su hijo, y vigilando atenta a su suegra, la abuela *Pajarito*, que arrastraba a Elisef, partida de dolor tras haber visto asesinar a su hijo Yosef. El gran proyecto del *Targum de Granada* no se llegó a realizar y en verdad fue una gran pena. Hubiese sido un importante recuerdo del pueblo hebreo para Granada, el pueblo que hacía mil seiscientos años fundó esta ciudad. La celebración de los dos siguientes sábados que estuvo en aquella época Samuel en la Garnata al-Yahüd fueron especialmente solemnes. A las cenas del *sabat* en la casa del Naguid no faltó el rabí Missim y todos sus allegados, ni tampoco los sobrinos del viejo orfebre, que ya había muerto, padre de

Bilhà. Eran los únicos familiares de los Nagrella en Granada. Rut estaba preñada, yo aún no había nacido, vine a este mundo cuando mi padre regresó de la primera expedición del verano en la que se encontraba en aquel entonces. El segundo *sabat* habló Samuel con Salomón Gabirol. Le preguntó qué hacía, a qué se dedicaba y Salomón no dijo la verdad, por primera vez en su vida. Le dijo que componía una introducción —*resut*— al rezo del *qadis*, mostrando la confianza en el Saday que atendió a su pueblo en el Sinaí. Sería para la fiesta del *Sukot*, de los Tabernáculos o de las Cabañas, que ya está próxima pues se celebraría al final del verano, cinco días después de la fiesta de *Yom Kippur*, el día del Perdón. La información detallada de las próximas festividades dejó algo perplejo al Naguid y le hizo pensar, con la sagacidad que fue una constante en su vida, que Gabirol algo le ocultaba. Dejó el averiguarlo para el siguiente sábado, cuando terminase el rito en la sinagoga, tomando la decisión de interrogarlo junto al Mar de Piedra, a la vera de la Fuente de los Leones. Lo dejó pues que regresara a la alcazaba con los demás poetas. Pero es lo cierto que al siguiente sábado tan pronto se abrió la puerta de la casa del Naguid estaba apostado ante ella Salomón Gabirol. Y fue él quien le dijo al Naguid lo que le había ocultado el sábado anterior, sin que tuviera tiempo de interrogarlo. Lo dijo claro, directamente, de entrada:

—Tu esposa Bilhà no te ha amado nunca, que bien lo sabes, y ahora me ama a mí. No ha tenido en toda su vida libertad para amarte libremente, tu amor le ha sido impuesto, obligado, sin posibilidad de aceptarlo o rechazarlo, ha sido una condena y ha estado encerrada en una jaula, jaula de oro si quieres, pero ha vivido y vive en una prisión. La noche que ha pasado ha sido por primera vez enteramente mía. Me escogió a mí, porque ella quiso. Cuando amanecía la dejé en su lecho, dormía y creo que era feliz, que sueña ya creyendo que es libre. Yo espero que ordenes me corten la cabeza por haberte engañado. Dispón de mi vida como quieras.

Pero el Naguid, una vez más en su vida, supo dominar sus impulsos. Controló, con un ligero apretón de sus labios, su ira y su cólera, y sólo le dijo que fuese a la sinagoga y le esperase a la terminación del rito junto a la Fuente de los Leones. Allí se encaminó el poeta y allí permaneció hasta que se puso fin al culto sinagogal. El último en salir fue el Naguid, su rostro era severo y los saludos de despedida a los otros rabinos y a las gentes, con serias inclinaciones de cabeza, denotaban que su ánimo estaba conturbado. Aun y así no se apresuró en absoluto, incluso se permitió entretenerse un rato contemplando desde allí arriba el estrecho valle del río, con las dos Granadas extendidas en las dos orillas. Había retenido a su lado al joven poeta de Lucena, Isaac Gayyat. Pasados los años, él me lo contó lo que sucedió y a su relato me atengo. Se dirigieron a la Fuente de los Leones y apoyado en la dura cabeza de piedra de uno de ellos, el Naguid le dijo a Salomón que les acompañase a la alcazaba, porque del asunto de que le había hablado entendía que se debía hablar en presencia de la interesada. Bajaron los tres por la cuestecita hasta llegar a cruzar el río por el puente del Cadí. Aquí descansaron un breve tiempo, sentándose los tres en el borde del pretil. Y Samuel

le dijo a Isaac:

—En este mismo lugar, no hace dos meses, le dije a quien creía mi amigo que mi segunda esposa Bilhà no me amaba y el que creía mi amigo aprovechó la confianza para intentar conseguir para sí a esta mujer. Ese amigo es el también tu amigo Salomón Gabirol.

Fue éste a replicar, pero Samuel lo calló con un gesto de su mano extendida. Se puso en pie, reanudando el camino los tres hombres, ascendiendo las calles pinas que conducían a la alcazaba sin que sonara ni una palabra más en todo el trayecto. Al salón grande de sus habitaciones hizo llamar el Naguid a Bilhà y allí apareció al poco rato. Aconteció entonces lo que nunca hubieran imaginado ni Isaac ni Salomón, ni cualquier otra persona que aquello viere y escuchare. En la puerta de la gran estancia surgió Bilhà con una sonrisa radiante en su blanco y bello rostro. Un suave vestido de seda blanca, con los bordes dorados en hilo de oro, el pelo largo, negro y rizado recogido con una tenue diadema de pequeñas perlas. Aunque lo que más destacaba era el brillo de sus grandes ojos, intensamente negros, que irradiaban alegría y felicidad. Miró primero a Gabirol y su boca enseñó sus blancos dientes en una amplia sonrisa, pero enseguida dirigió la vista a Samuel, al que miró con arrobó, con embeleso, con un inmenso cariño:

—Gracias, mi amo, gracias mi dueño, por haberme dejado ser libre. Me has dado la felicidad, sin ni siquiera habértelo pedido. He podido tomar una decisión yo sola, mi voluntad ha sido respetada y he podido, por primera y única vez en mi vida, hacer lo que me vino en gana.

Y corrió hacia él, con soltura, sin estar en lo más mínimo cohibida, como nunca se había a él acercado, lo estrechó en sus brazos, le acarició la cara, le sujetó las manos y le miró de frente, sin pestañear siquiera y la sonrisa no se caía de sus labios. Ahora le besó con pasión en plena boca, apoyó las manos en sus hombros y las dejó resbalar hasta quedar de rodillas, abrazando con sus brazos las piernas del Naguid. Desde el suelo abrió los brazos, miró risueña hacia arriba y le dijo:

—Samuel, ahora soy libre. Estoy de rodillas a tus pies, porque yo quiero. Soy libre y ya puedo amarte.

Y ahora dio un grito, un inmenso grito, un alarido, que resonó en la gran sala y en todo el palacio:

«Soy libre», y se llevó las manos al pecho oprimiéndolas fuertemente sobre su corazón. Luego acabó de dejarse caer, quedando como un ovillo, como un montón de telas de seda blanca en el suelo, la diadema se había roto y las pequeñas perlas rociaban por el mármol. El Naguid quedó derecho, las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas, tenía los ojos fijos en el bulto blanco que estaba a sus pies y ahora pretendió levantar a Bilhà. Se agachó y puso las manos en aquel revoltijo blanco, buscando meterlas bajo los brazos encogidos y consiguió enderezar la cabeza dejando la cara de Bilhà descubierta. Un rictus de dolor apretaba sus labios, que ya no

sonreían, tiró hacia arriba y el pecho de su esposa estaba rojo de sangre. Justamente sobre su corazón aparecía el puño de una fina daga. Los dos en el suelo, juntó su cara a la de ella, y luego entre un llanto desesperado lanzó un grito, que fue un rugido:

—Está muerta.

Salomón e Isaac también lloraban a lágrima viva, se habían arrodillado y, andando de rodillas, entre llantos, se acercaron y cada uno de ellos le cogió una mano, que estaban ya flácidas, pero aún calientes. Samuel había recostado la cabeza entre sus piernas, y los tres, los tres poetas, llorando como chiquillos, cogidos a la bella mujer que acababa de morir, muerta por su propia mano, estaban tirados y solos, solos en medio de la sala. Isaac, a los muchos años, cuando esto me contaba aún todavía con un nudo en la garganta y la voz quebrada, no sabía el tiempo que estuvieron, ni siquiera las lágrimas que los tres derramaron. Fue acudiendo la gente, primero los criados y las esclavas, los guardias luego. No sabían qué hacer, avisaron a los dignatarios que llegaron, quedando sorprendidos. El dolor y el llanto no se apartaron de la sala, como tampoco consiguió nadie que los tres hombres se apartaran del cuerpo que cobijaban entre sus brazos. Alguien decidió avisar al rey. Vino Habbús, que traía a su nieto, el pequeño príncipe Buluyyín, y al contemplar la escena no supo qué decir. Al verlo, Salomón e Isaac se separaron un breve espacio y el rey le puso la mano en la cabeza al Naguid, acariciándolo, y éste levantó la vista, le miró y dijo:

—Ahora he sido yo el que ha perdido su tesoro, rey.

Y nuevamente prorrumpió en llanto que se contagió a todos los presentes que se arracimaban en el gran salón. Hasta el rey lloraba y el pequeño príncipe estaba como aturdido y se agarraba fuertemente de la mano de su abuelo. Y fue entonces cuando Samuel Nagrella se volvió loco. Tenía acunado entre sus brazos el cuerpo de Bilhà, lo mecía, lo besaba y ahora le hablaba:

—Mi niña, mi pequeña niña, ¿qué te hemos hecho? ¿Quién tan cruelmente te ha maltratado? Mírame y no llores, que yo te quiero.

Y era él el que lloraba sin consuelo. Se hizo la noche y nadie se movía. Llegó la abuela *Pajarito*, se arrodilló a su lado y lloró también con él. Al rey se lo llevaron, ya muy tarde, sus mujeres y el pequeño Buluyyín no dejaba de mirar atrás cuando se iba. Y ahora Samuel decía:

—Mi cordero, mi corderito, yo te quería, ¿por qué me has dejado? Vuelve, vuelve conmigo.

Era un demente, un verdadero loco, y nadie, nadie, podía quitarle a Bilhà de sus brazos. Seguía meciéndola, acariciándola con su propia cara, muy apretada su esposa muerta contra su propio pecho, que ya también estaba manchado de sangre con la sangre de ella, y ahora le pedía que se durmiera, que fuera buena niña y descansara, que mañana jugarían por los patios, que cortarían flores, que echarían de comer a las palomas. Después de amanecer y cuando el sol ya entraba en la sala, el rabí Hanina logró hacerle beber un fuerte cocimiento de unas extrañas hierbas que él mismo había preparado, tuvo unas ligeras convulsiones, los ojos se le volvieron, cesó el llanto y el

cuerpo de Bilhà se le escurrió de los brazos. La abuela *Pajarito* lo levantó del suelo y en un rincón se sentó a su lado. Los dejaron solos y cerraron las puertas. Al poco rato vinieron cuatro mujeres judías a lavar el cuerpo muerto, lo dejaron desnudo sobre el suelo, lo estiraron lo que pudieron pues ya estaba frío y tieso, lo humedecieron con paños perfumados de agua de rosas, le sacaron la daga que aún tenía clavada en el corazón, y le untaron desde los pies a la cabeza aceite de olivo mezclado con mirra e incienso. Antes de cubrirlo con vendas y pañuelos, todas la estuvieron contemplando mientras lloraban. Parecía de mármol y era blanca, completamente blanca, como la leche, como la nieve. Samuel estaba en pie, pero ya no lloraba, tenía la vista en aquel cuerpo y nada del suyo se movía. Volvieron a abrir las puertas, y fueron muchos los que entraron. Moseh ibn Ezra, Yehudah ha-Levi, y más poetas, entre ellos Isaac Gayyat y, pálido y descompuesto, Salomón Gabirol. Esperaron a que acudiese el rey, todos venían vestidos de blanco, de completo luto, y Habbús dijo que ya podían venir los portadores, que colocaron el cuerpo sobre las parihuelas y lo cubrieron con una blanca sábana, sobre la que Séfora, mi buena abuela *Pajarito*, puso una rosa blanca que parecía de flor de harina candeal. El rey cruzó la explanada abrazado a Samuel y al borde de la pequeña muralla extendió su brazo, señalando el camino, y lo dejó partir. El cortejo bajó hasta el puente, las gentes se apartaban con respeto, todos los hombres llevaban la cabeza cubierta, eran los que quedaban ahora en el cortejo todos judíos, y estaban entrando en la Garnata al-Yahüd donde el cuerpo de Bilhà sería enterrado. Pero el Naguid no pudo más, en mitad del puente del Cadí cayó desmayado, y cuando sintió que se le iba la vida pidió con un hilo de voz que lo llevasen a la alcazaba, al cuarto de Bilhà. Fueron los poetas quienes lo cogieron en sus brazos y Salomón iba el último sujetándole entre sus manos la cabeza. *Pajarito* aún estaba en el palacio, se estaba preparando para volver a su casa en el barrio judío. Los poetas le ayudaron a acomodar al Naguid en el lecho y el rabí Hanina, después de tomarle el pulso y auscultarle con el oído pegado a su pecho, dijo que no era nada, que era una consecuencia del fuerte brebaje que le había administrado. Pronto le pasaría y esperaba que en breves días estaría sano. Pero de todos modos ya no sería el mismo, el dolor sufrido lo había dañado y en verdad que su alma y su cuerpo estaban destrozados. Séfora se sentó a su lado, a su cabecera, lo cogió de la mano y así estuvo, según unos, tres días y, según otros, más de una semana. Salomón Gabirol y el jovencito de Lucena, Isaac Gayyat, permanecieron a la puerta de la estancia, noche y día, hasta que al tiempo oyeron que el Naguid volvía a hablar, no se quejaba, pero invocaba el nombre de Bilhà y Séfora le decía que ya descansaba y que había muerto porque ella lo había querido, habiéndose ido feliz.

Así acabó la historia de la segunda esposa de mi abuelo Samuel, cuando él era el más amigo del rey, cuando era el Naguid, el príncipe, de todas las aljamas judías de al-Andalus, cuando tenía a su único hijo al mando de todo el ejército, cuando tenía el poder absoluto al disponer de todo el oro del reino de Granada. Pero el destino le

privó de lo que para él era su más preciada posesión, su Bilhà, a la que confundió con una cosa, con un juguete, con un objeto, con una hermosa pieza de orfebrería, como las que realizaba el viejo judío en el mísero taller donde él la encontró. El único error que cometió Samuel Nagrella en toda su vida y del que jamás se repuso. No vio en años que a su lado tenía a un ser humano, una persona, aunque no fuese nada más que una mujer. Cuando se dio cuenta era ya tarde pues la mujer estaba muerta, muerta a sus pies, pero muerta para siempre.

Poco a poco fue volviendo a la vida Samuel, pero ya no quiso nunca más salir de la alcazaba donde por última vez tuvo a Bilhà entre sus brazos. *Pajarito* se vino al palacio y sola y abandonada quedó la casa del barrio judío y con ella vino mi madre Rut, que estaba muy avanzada en su preñez. Mandó, porque todo lo podía, hacer una sinagoga en el propio palacio del rey y nadie se atrevió a decir nada, ni siquiera los más influyentes alfaquíes musulmanes del reino, y la hizo con doce ventanas, una por cada una de las doce tribus de Israel y la hizo orientada hacia Jerusalén, mirando al Templo, e hizo construir un arca para guardar en él los rollos de la Torá que cubrió con una placa adornada con dos querubines, y también se hizo el candelabro de siete brazos, en oro puro como prescribe el Éxodo, *menorah* que era todo cincelado. En el patio de entrada instaló una fuentecilla y, por último, encendió la lamparita de aceite delante del arca, que ya no se apagó nunca jamás hasta el final de su vida, como también hasta el final de sus días acudieron a diario a la sinagoga de Samuel los diez hombres sin trabajo, que serían pagados por el Naguid, *minyán* o número necesario mínimo para poder celebrar los ritos sinagogales. Fue siempre un fiel creyente, un verdadero israelita, que nunca dudó de la especial predilección de Yahvéh para su pueblo. Para él estaba claro que Dios existe en tanto exista el pueblo judío, tanto es así que firmemente creía que Yahvéh gobernaba la tierra sólo por cuidar a los hebreos. ¿Por qué permanece este pueblo más de cinco mil años? ¿Qué se hizo de los otros, qué de los amorreos, qué de los egipcios y sus faraones, y de los cananeos, de los filisteos, de los asirios, de los persas, qué de los macedonios, qué de los griegos, qué de los romanos? Nada de esos pueblos queda, ni siquiera de algunos de ellos el recuerdo. Sólo el pueblo de Israel permanece. Ni todas las iniquidades de los judíos, que han cometido durante siglos, colmarán a Dios en su paciencia. No, no abandonará Dios al mundo mientras exista el pueblo judío, que es un seguro de permanencia del hombre sobre la tierra. Somos el pueblo de Dios, somos su tribu, somos su gente, somos sus hijos. El pacto que hizo el Saday con Abraham, la alianza eterna, se cumplirá en todos los siglos hasta la consumación de la vida sobre la tierra. Y por cuidar de nosotros Dios permanece al acecho. Sin nosotros no habría necesidad de que Yahvéh vigilase. Éste es el pacto eterno. En esto creía Samuel y en esto creyó toda su vida, como corresponde a un rabí, pero es lo cierto que a partir del día en que Bilhà murió en sus brazos creyó en más cosas, creyó en el ser humano, creyó en la libertad del hombre,

creyó en que no debe haber diferencia entre hombre y mujer, creyó en una cosa nueva que es como un resplandor de luces por los adentros, un caminar a oscuras, un oler a flor sin estar viendo, un escuchar trompetas a lo lejos, sentir caer el agua de la lluvia en el desierto, que alguien te oprime el corazón sin estar muerto. Es el verdadero amor que sólo se puede percibir una sola vez en toda la vida. Él lo descubrió cuando era tarde, con lágrimas y dolor, cuando murió Bilhà entre sus brazos y fue por su ceguera, por su no entender lo que hay en el alma de otro, por no haberse parado, como enseñó el viejo Aristóteles, a buscar la causa de las cosas para poder ser un hombre sabio. Llamó entonces al poeta Gabirol y volvieron a llorar juntos, cogidos de la mano, y el poeta le ofreció su vida por si ello le servía de consuelo y Samuel dijo:

—Herramienta has sido para que yo perdiera a Bilhà, pero instrumento también para que ella fuera feliz un breve tiempo y me pudiera dejar amándome con pasión, como nunca hizo en su vida. Sigue pues a mi lado en tanto quieras, aunque mi proceder parezca extraño y no lo pueda entender quien no sea un poeta.

Y a partir de entonces Salomón Gabirol no se separó de él nunca, hasta que el Naguid cerró para siempre las pestañas. El amor a Dios y el que recibía del poeta y de *Pajarito* mantuvieron a Samuel todavía varios años y volvió la alegría a su rostro cuando Séfora, como si fuera una de las esposas de los patriarcas del Libro Santo, le anunció que pese a su avanzada edad le iba a dar un hijo, para que en su vejez pudiera ir al campo a pasear entre las flores cogido de la mano de un niño.

Volvió a su trabajo, volvió a despachar a diario con Habbús, volvió a contar los montones de oro que se apilaban en los subterráneos del palacio, volvió en las tardes con sus poetas y esperó en la puerta de la alcazaba la entrada del ejército en su regreso a Granada terminada la campaña del verano. Badis y Yosef eran la imagen de la fortaleza y poderío, y pasearon Granada en locas galopadas por las calles pinas, desprendiendo estrellitas de luces de los cascos de los caballos al patear los guijarros que las alfombran. Antes de que cayeran las primeras nieves mi madre me trajo a este mundo y mi padre Yosef volvió a recorrer los barrios de la ciudad, también en sus caballos, gritando de felicidad, y el príncipe Badis le acompañaba lanzando alaridos, gritos y risotadas. Mi madre Rut me contó muy luego que aquel día volvieron ellos dos con sus amigos muy de noche y completamente borrachos. A los ocho días de nacido fui circuncidado, llevando en mi carne, en la carne de mi prepucio, la señal del pacto de Yahvéh con su pueblo, la eterna alianza de Dios con mi pueblo, pueblo al que pertenezco por mi ventura, por mi gran suerte. El hijo de Séfora nació cuando llegó la primavera, era mi tío, aunque más pequeño que yo, le pusieron de nombre Elisaf, lo recuerdo y aún lo estoy viendo cuando jugábamos en la habitación de mi abuelo tirados por el suelo y éste reía complacido moviendo la barriga. Había perdido el abuelo a su segunda esposa y todos se arracimaron a su lado: Séfora, sus hijos, su nuera Rut y su nieto, el que esto escribe. Y los poetas no lo dejaron tampoco, sólo Isaac Gayyat tuvo

que volver a Lucena, la ciudad entera de los judíos, pues su padre estaba muy viejo y lo reclamaba.

Pasaron años y un día, un mal día, se supo en la ciudad que Habbús estaba para morir. Era cuando Granada había alcanzado el mayor esplendor de su historia. Años se llevaban embelleciendo el palacio del rey, dentro de la alcazaba, que tenía cubiertas todas sus estancias de losas de mármol que se habían traído de las canteras que existen sobre la que fue antigua capital de la cora de Elbira o Ilíberis, a la que vino de gobernador el bueno de Zawi, nuestro primer rey, antes de que esto fuera un reino. De los aljibes salía, por cañerías de barro cocido, agua que iba a las fuentes de todos los patios y a las pilas de piedra de las habitaciones. Y el agua se llevó, también por cañerías, a todas las plazas y plazuelas de la ciudad. Los jardines, en varios bancales, tenían árboles frondosos, cipreses, higueras, olivos y otros muchos más pequeños como laureles y magnolios, a los que llegaba el agua de las acequias por reguerillas empedradas. Las murallas, no sólo las que rodean la alcazaba y el palacio del rey, sino las que circundan las dos ciudades, la árabe y la judía, fueron reforzadas elevando su altura y engrosando su anchura, construyendo almenas en sus remates. En la noche se encendían antorchas en las encrucijadas de todas las calles y la ciudad aparecía en la lejanía como un faro de luz en las tinieblas. Granada, Garnata, el primer asentamiento humano en esta tierra, que construyeron los judíos en la primera Diáspora, cuando otros hermanos fueron llevados a Egipto, se había convertido en la ciudad más grande y hermosa de al-Andalus, la más bella y poderosa de todos los reinos de Sefarad, por el trabajo y el esfuerzo ahora de otro judío, el Naguid Samuel Nagrella, de la tribu de Leví, visir del rey Habbús. El rey estaba para morir y el visir entendía que él debía seguir con su tarea, mientras Yahvéh no dispusiera otra cosa y le concediera seguir viviendo, permitiéndole continuar en Granada. Sabía que Yaddaïr intentaría otra vez usurpar el reino. Desde la conjura que desbarató con acierto el Naguid no había cesado de incordiar con la gente poderosa y sultanes de algunas ciudades del reino, como Málaga, Almería, Ronda, Antequera, Priego, Baza, Murcia, Jaén, Úbeda, pero nada logró. Siempre estuvo Samuel informado de sus andanzas y a los poderosos de estas ciudades en todo momento los tuvo controlados, bien con mercedes y dádivas, bien rebajándoles los tributos, bien metiéndole el ejército en sus tierras en las campañas de los veranos. Algún día, estaba seguro, habría que acabar cortándole la cabeza, pero sería más luego, cuando se hubieran agotado todas las posibilidades de hacerle comprender que si antes fue difícil que accediera al trono de Granada, después era imposible. Habbús era inmensamente rico y su poder no tenía límite en el reino. De todas formas previno lo que consideró necesario. Decidió que Habbús nombrase heredero a Badis de forma que luego no hubiera duda alguna. El príncipe Buluyyín, su otro hijo, nunca tuvo apetencia alguna a ser rey, todo tipo de responsabilidad le repugnaba. Y qué decir de todo lo que fuera violencia, no sólo la rechazaba, sino que

le producía mareos y náuseas. El ejercicio físico en la caza, en los torneos, en las cabalgadas le cansaba con sólo mentarlo. Su gozo estaba en hablar, en conversar sin tasa ni medida, con los poetas, con los hombres de ciencia, con los filósofos, con los nigromantes, con los sabios, con los ancianos que tenían experiencia de la vida. Casi de niño siempre estuvo informado de los viajeros que llegaban a Granada y que fueran del tipo de hombres conocedores de estas ciencias. Fue de siempre, desde niño, asistente asiduo a las reuniones de los poetas y el joven de Lucena, Isaac Gayyat, le entretenía mucho con sus jarchas y *qasidas*. Samuel fue al primero que informó de su proyecto de que Badis fuera designado futuro rey de Granada. Aplaudió con entusiasmo la idea, tanto que al visir le pareció entender con terror que alguna vez alguien había pensado designarlo a él. Preparó pues el visir con todo cuidado la ceremonia y en verdad estoy seguro de que todavía la recuerdan las gentes de Granada con admiración. Hizo venir a todos los sultanes y emires del territorio. Fue en el primer día de la primavera y llenó la ciudad de banderas y gallardetes. A todos los soldados les hizo que dieran brillo a sus espadas y lanzas, que cepillaran y cortaran el pelo a los caballos, que pulieran los escudos y emplumaran los cascos de sus cabezas sujetos por los verdes turbantes. A la gente que haría el ruido les tuvo más de quince días por los caminos de la Vega tocando los atambores, los timbales, las trompetas, los añafles y los panderos. Habbús a todo dio su conformidad y estaba contento, feliz y satisfecho. En la explanada delante de la alcazaba se levantó una alta tribuna de madera, que fue cubierta con alfombras gruesas de lana tintada de amarillo. Cuando estuvo toda la explanada llena de gente sonaron los atambores y demás fanfarrias y salió el rey, que quiso Samuel se vistiese todo de seda verde, incluso el trenzado turbante al que incrustó en el centro un enorme rubí rojo, como la sangre, del tamaño de una nuez. El ruido, que era ensordecedor, no cesó hasta que Habbús estuvo instalado en lo más alto de la tribuna. Había anunciado una gran sorpresa el Naguid a todos, incluso al propio rey. Unos añafileros encaramados sobre la puerta de la alcazaba impusieron el silencio resoplando con fuerza en sus largas trompetas y fue entonces cuando un hombre viejecito, con barba larga y blanca, apareció también en un templete que se había levantado sobre la puerta. Sacaron un largo tubo de hierro que tenía en su interior como más de un palmo de ancho, tubo que sujetaron con maderos y cuerdas. Metieron luego una gran bola de piedra dentro del tubo y por el otro extremo, el que estaba delante del viejecito, puso éste una mezcla negra que acabó de amasar con sus propias manos. Salió al templete un pregonero y dijo en voz muy alta:

—Rey Habbús, príncipes, nobles, hombres ricos y pueblo de Granada, por primera vez no sólo en al-Andalus, sino en el resto del mundo de Europa, vais a ver el «fuego griego», que el sabio de Oriente, Malaquíás al-Garür, aquí presente, prepara con sal, azufre, brea, resina y aceite, en una fórmula secreta que sólo él conoce.

Y el tal Malaquíás acercó una llama de fuego a la mezcla, y se produjo instantáneamente un ruido horroroso y una humareda, saliendo como un rayo por la boca del tubo la piedra, que fue a caer sobre el tejado de una casita pequeña, a la que

previamente habían colocado una bandera y que estaba situada un trecho largo desde la puerta, como quinientos pasos. La pequeña casa con el fuerte golpe se vino abajo, sin que nadie sufriera daño, pues con anterioridad había sido desalojada. Malaquíás bajó luego y se acercó a la tribuna y el rey Habbús le arrojó una bolsa con diez monedas de oro. Después mi abuelo Samuel, que se había subido a la tarima del rey, le dio un papel a un hombre que trabajaba con él como escribiente para que en voz alta lo leyera. El papel decía muy claro que el rey, como era el rey y el que mandaba en todo el reino, había decidido designar, para cuando él se muriera, como rey de Granada a su hijo Badis y esa decisión suya debían acatar y obedecer todas las gentes, los sultanes, los emires, los señores de todo el territorio, los ricos y los pobres, los hombres y las mujeres, los viejos y los niños, los ciegos y los que ven. Todo esto dijo, y lo recuerdo muy bien, pues yo estaba al pie de la tribuna, en un buen sitio que había reservado mi abuelo y tenía cogido de mi mano a mi tío Elisaf, ya que así me lo habían dicho a fin de que no me perdiera entre la muchedumbre. Luego subió el príncipe Badis y se sentó al lado del rey, en el diván lleno de almohadones de seda. El primero que le besó los pies fue su propio hermano, el príncipe Buluyyín, después mi abuelo Samuel y mi padre Yosef, su mejor amigo. Tras ellos subieron, por un lado de la tribuna y bajaban por el contrario, todas las gentes que había en la explanada. Cuando subió el emir de Almería, al-Zuhayr, que iba acompañado de su visir Walad' Abbas, sonaron unos caramillos que soplaban un grupo de eunucos negros que con él también venían. El de Málaga, Majlüf ibn Mallül, traía un grupo de sudaneses, que era su guardia personal y que para este día habían cambiado sus armas por unos grandes panderos de piel de oveja, que hacían sonar a compás metiendo gran ruido. Y el señor de Úbeda no se conformó con besar él los pies a Habbús y a Badis, sino que hizo que se los besaran también una decena de mujeres muy blancas, que eran cautivas robadas de los reinos cristianos e iban tapadas todas con amplios velos, que no dejaban ver nada más que sus grandes ojos negros. Dos de ellas regaló a Habbús y a Badis, una a cada uno, diciéndoles que escogieran la que más les gustase. El besado de los pies duró casi todo el día y antes de que concluyera la ceremonia Habbús dijo que estaba muy complacido y que no sólo proclamaba a su hijo Badis como heredero, sino que era su deseo nombrar también al heredero de su heredero, que no era otro que el príncipe Buluyyín hijo de Badis, un muchachito de unos diez años, su primer nieto, y que, para que no se confundiese con su segundo hijo de igual nombre, le otorgaba el título de *Sayf al-dwala*, por el que a partir de entonces sería conocido. Hizo que subiera a la tribuna y en presencia de todos besó y abrazó a su nieto, mientras las gentes gritaban y aplaudían y los atambores, los timbales, las trompetas y los añafles formaban un gran ruido, acompañados por los golpes en los grandes panderos que daban los sudaneses del señor de Málaga. Luego, en el salón grande del palacio se dio el banquete a los sultanes, emires, señores y hombres ricos que de todas las partes del reino vinieron a Granada a rendir pleitesía y obediencia al rey Habbús y a su hijo y heredero Badis.

Hubo toda clase de alimentos y ni se supo el número de corderos que fueron asados en los patios de atrás del palacio, pero el aroma que desprendían duró varios días en el aire de Granada. Al final el Naguid fue entregando a cada uno de los invitados un anillo de oro, de mayor o menor grosor según el rango de su posición y poder en el reino, y los mejores fueron para los hombres ricos, diciéndoles a cada uno que era la señal del pacto o alianza que acababan de hacer con el futuro rey Badis.

A partir de entonces Habbús ya no fue el mismo. Perdió todo interés por su oro, por su poder, por su reino de Granada. Únicamente pasear por el filo de la muralla durante el día cogido al brazo de su nieto, el *Sayf al-dwala*, a pasitos muy lentos, mirando mucho a lo lejos, a las tierras de la Vega y a las altas montañas con blanca nieve todo el año, y eso sí, sin olvidar nunca las tres oraciones del día, la del mediodía con cuatro *rakats* o unidades de oración, la de la tarde también con cuatro *rakats* y la del atardecer, de sólo tres *rakats*, antes de que se apague el último filamento rojo de la puesta del sol, haciendo siempre la doble postración, orientado hacia la Meca, en cada *rakats*, arrodillado y poniendo la cabeza sobre la frente y la nariz. La oración del alba y la de la noche la hará en sus habitaciones y la esposa o la concubina que con él duerme esa noche dejará el juego o el sueño por un momento para que Habbús cumpla su deber con Allah, como buen musulmán. Samuel ya no despacha con él los asuntos del reino. Sólo se hace lo que dispone el Naguid, que actúa como si fuera el rey, como si fuera el amo de Granada, consiguiendo que ahora más que nunca el reino prospere y se engrandezca. Sí, ahora podía el Naguid, si hubiera querido, si no tuviera ya el corazón herido, haber hecho de Granada una segunda Damasco, una Bagdad o sencillamente otra Córdoba. Mas no quiso, aunque él sí pudo. Pasa gran parte del día en su sinagoga con los rabinos trabajando en el *Targum de Granada* de los Macabeos o rezando a Yahvéh con el *minyán* que forman los diez hombres sin trabajo. Algún que otro día irá un rato con Gabirol y los demás poetas y escuchará, o él mismo recitará, algún poema sacro o *piyut* y volverá a repetir ese que tanto le consuela:

Abraham, Isaac y Jacob, todos ellos me gobernaron.
Por ti, Dios mío, no ha perecido mi alma,
ya que Tú, el Dios de mi padre,
volverás, te compadecerás y sanarás mi dolor.

Cinco o seis años aguantó Habbús en el oasis de paz y prosperidad que como un buen hortelano cuidaba para él Samuel Nagrella. Una mañana ya no pudo levantarse del lecho, ni siquiera para rezar la oración del alba. El *Sayf al-dwala*, que era ya un mozalbete a punto de contraer su primer matrimonio, estuvo todo el día cogiéndole la mano sentado en la cabecera de su lecho, pero nada consiguió. Cuando se hizo la noche la mano estaba fría y los dedos se habían quedado agarrotados, el pecho no se movía y los ojos, aunque estaban abiertos, no tenían brillo. El nieto trató de arroparlo, pues el cuerpo lo tenía también ya frío. Dibujó en su pálido rostro una sonrisa y en un susurro

dijo:

—Dios es más grande.

Ya no habló más, ni volvió a mover un músculo. Cuando amanecía el *Sayf al-dwala* dijo:

—El rey Habbús ha muerto. Que Allah se apiade de él.

Luego vinieron todos, cuando los llantos de las mujeres resonaban en todas las habitaciones del palacio. Lavaron el cuerpo y desnudo lo colocaron en unas tablas, cubriéndolo con una gran sábana blanca y a paso ligero lo sacó del palacio una muchedumbre de hombres de todas las edades, de todo rango, desde el más rico al más pobre de la ciudad. Todas las mujeres de Granada, arracimadas en las ventanas y puertas de las casas, lloraban a grito pelado y se arañaban el rostro, al tiempo que los hombres, corriendo, acercaban al rey muerto hacia su sepultura. Lo enterraron en la colina de enfrente de la ciudad, la colina roja, por encima de la Garnata al-Yahüd, cerca de la nueva sinagoga de los judíos, en medio del campo, mirando a la Meca, dejando que tuviera a Granada a sus espaldas, como si estuviera empujándole para que llegara pronto al paraíso de Allah. Antes de dejar la tierra sobre su cuerpo el imán más viejo de la ciudad recitó la sura XXXVI del Libro de Dios: «Un solo toque de trompeta y se apresurarán a salir de sus tumbas. En ese día nadie será engañado. Cada uno recibirá el premio de sus obras. En ese día los huéspedes del Paraíso podrán beber a largos sorbos en la copa de la felicidad. Acostados sobre lechos de seda, reposarán junto a sus esposas bajo deliciosas umbrías. Y encontrarán allí todos los frutos y todos sus deseos serán colmados. ¿Quién podrá reanimar los huesos convertidos en polvo? Responde: Aquel que los animó por primera vez lo reanimará. El conoce toda la creación. Tan grande es su poder que a su voz salen seres de la nada». Ahora empezó a caer la tierra en la tumba y el rey Habbús, desnudo, con sólo una sábana pegada a su cuerpo, empezó a confundirse con la tierra, a la espera de oír el segundo toque de la trompeta.

Empezaba el reinado del tercer monarca de la dinastía zirita Badis ibn Habbús. Pero seguía y seguirá siendo el amo de Granada el judío Samuel ibn Nagrella, de la tribu de Leví, esa tribu cuya cabeza fue el hijo de Jacob y Lía, hermano de Rubén, el mayor de los doce hermanos. Estuvo otros seis años siendo visir de Badis, que gracias a su astucia tenía el trono, y siguió trabajando para que no lo perdiera, sin que el nuevo rey, entretenido en sus diversiones y aventuras con amigos y cortesanos, se diera cuenta de lo que el Naguid hacía por él y por su reino, así como tampoco viera que Samuel era el verdadero rey que disponía y gobernaba. No salió ahora tampoco de la alcazaba pero los informadores, los confidentes y los espías, que recorrían hasta el último rincón del reino, le tenían informado de cuanto acontecía. Con razón oí decirle un día a mi abuela *Pajarito* que ni una hoja de los árboles se movía en el reino sin que él lo supiese. Seguía acudiendo a diario a la reunión de los poetas, manteniendo una estrecha

relación con Salomón Gabirol al que con devoción escuchaba y cuya gran obra poética, principalmente sus *piyut*, fue escuchada en primicia por Samuel y en parte a él fue dedicada. Alguna vez yo también le escuché, sobre todo cuando salía a pasear por las calles de Granada, donde era ya bien conocido y la gente se agrupaba para escucharle. Los árabes le llamaban *Avicebrón*. Siempre le seguía su viejo criado, que continuaba llevando el atabal o pandero colgado a la espalda, a pesar de no necesitar ya su amo que recogiese las monedas que les daban. Samuel ibn Nagrella también acudía, y sin faltar ni un día, a la sinagoga de palacio y pasaba allí horas, leyendo sin cansarse y siempre buscaba el sitio adecuado en la *bimah* o tribuna para que algún rayo de luz le iluminase el libro o *megillot* de la Tora que estuviese leyendo en voz alta, mientras los diez hombres sin trabajo dormitaban sentados en los bancos de piedra a lo largo de las paredes. Generalmente las comidas las hacía solo, excepto el sábado que era común para toda la familia y a la que incluso no faltaba ni mi padre Yosef, que dejaba a su rey y amigo Badis para celebrar el *sabat* con todos los Nagrella, siendo la única ocasión que teníamos de verlo no sólo yo, sino también mi madre y mi abuela en toda la semana, A mi abuelo Samuel lo veíamos con más frecuencia, tanto yo como su hijo pequeño Elisaf. Algunos días cuando acababan temprano las clases en la sinagoga de la Garnata al-Yahüd, a la que desde los cinco años acudíamos todos los días, tanto Elisaf como yo, y en la que aprendíamos todo aquello que un buen judío debe saber, entrábamos a ver yo a mi abuelo y Elisaf a su padre, que nos hacía preguntas sobre nuestros estudios y luego nos invitaba a cenar con él, riéndose con nuestras cosas y asombrándose de nuestra ignorancia, que le llevaba a decir que mañana hablaría con el *hazzan* de la sinagoga para que nos tirase de las orejas. Nunca lo hizo, pues estaba contento de nuestro aprovechamiento. Así pasaron los años, pero aún tuvo el Naguid ocasión de salvarle el trono a Badis una segunda vez y de defender la vida, otra vez, de un rey de Granada.

El río que une los dos barrios de Granada, cuando sale del estrecho valle por el que discurre dentro de la ciudad, y antes de torcer a la izquierda para ir a buscar al otro río, el que viene de la sierra del Sol, está rodeado de almunias o huertas muy feraces, que aun cuando están fuera de las murallas son muy frecuentadas por las gentes. En ese frondoso lugar sin embargo existe una gran explanada de tierra improductiva, tan baldía que se le conoce con el nombre del Arenal, otros lo llaman la Rambla y en árabe *al-Ramla*. Está cercada con una empalizada de madera, que tiene varias puertas que dan a distintas almunias. Una de esas puertas, la más grande, se conoce con el nombre de Bib-rambla. En la explanada se agrupan los ganados que han de trabajar en los campos y las reses que se sacrifican en la ciudad para alimento de sus gentes. También acampan caravanas que van de acá para allá por todo el reino y los soldados se ejercitan en el invierno haciendo simulacros de peleas y combates. En el verano son famosas las carreras de caballos que se hacen en la Rambla. Acude gente de otros reinos, incluso de los cristianos. Son gente noble, caballeros y príncipes, que vienen con vistosos cortejos, con magníficos caballos, jóvenes todos ellos y los que les

acompañan. Se dice, y no sé de seguro si será verdad, que un año vino un tal Ramón Berenguer, que decían era conde de Barcelona, y otro príncipe cristiano que se llamaba Fernando y es hoy rey de Castilla y León. Corrieron la carrera compitiendo entre ellos y también corrían con ellos los mejores jinetes de los Banu Birzäl y príncipes de la familia de los Hammädies, primos lejanos de Badis, que venían nada menos que desde el Magrib para estas carreras. La multitud se apelotonaba tras la empalizada y en más de una ocasión ésta fue derribada por el empuje de las gentes. Mi padre, casi de niño, con su amigo Badis participaban en las carreras. Luego, cuando fueron un poco más mayores, dejaron de acudir pues estaban en las campañas de verano, vigilando el territorio. Sin embargo, el primer año del reinado de Badis, mi abuelo Samuel decidió que el nuevo rey no debía realizar la campaña de verano. No le agradó la medida, pues era para él y para mi padre un período del año anhelado, al poder alejarse de la ciudad, andar caminos, largas cabalgadas por los montes y las sierras, llegar incluso hasta el mar, conocer nuevas mujeres no sólo de los señores de los castillos, sino las más asequibles de las alquerías de los campos y de los pequeños poblados de las playas. Era un período de aventura, en el que se podía luchar con insignificantes enemigos que siempre eran vencidos y en el que, de otra parte, era halagador recibir los tributos y el vasallaje de tantos pueblos. También era una fiesta, pues en las acampadas, en la noche, cuando los criados montaban los alfaneques o tiendas de campaña, se encendían las hogueras en las que ensartadas en lanzas y espadas se asaban las piezas cazadas durante el día, se bebía fresco vino de los odres de piel de cabra y las esclavas que les acompañaban hacían sonar los panderos y sonajas mientras se contoneaban ante ellos, medio desnudas, hasta acabar siendo gozadas en el suelo, bajo las estrellas. Sí, eran divertidas las expediciones del verano, por eso mostró su disgusto Badis al verse privado de ellas en su primer año de rey. Pero tuvo que aceptar lo que decidió el visir, ya que no le dio opción a que él decidiera. Pronto Badis encontró diversión para el verano. Decidió participar en las carreras de caballos, a lo que no se opuso Samuel, pensando que era acertado tenerlo entretenido. La noticia cundió en seguida por todas partes. De otras ciudades anunciaron su participación los más valientes y jóvenes jinetes y, de Granada, zanetes y sanhayas empezaron a entrenar a sus caballos. Nadie recordaba que hubiera tal expectación para una carrera, ni del año en que vinieron príncipes cristianos se recordaba mayor entusiasmo. Desde un mes antes Badis y Yosef se pasaban el día en una almunia lindera a la explanada. Salían los primeros de la ciudad, tan pronto apuntaba el sol y se abrían las puertas. Allí comían, se bañaban en una pequeña alberca, ellos mismos cepillaban a los caballos y cada uno tenía un nombre propio, como si fueran personas. Los hacían trotar por la explanada, sin montar, cogidos por una larga cuerda al cabezal. Al mediodía y cuando el calor era más fuerte era cuando ya cabalgaban sobre ellos, y los hacían correr pinchándoles en los ijares y golpeándolos con un látigo hasta que los animales caían rendidos, para volver al día siguiente con los mismos ejercicios. Eran caballos alazanes, de pelo

canela, de patas finas y de gran alzada o al menos a mí me parecía desde mi dimensión de niño. El día antes de la carrera durmieron el rey y mi padre en la propia huerta y mucha gente también lo hizo, sin volver a la ciudad, para estar los primeros y coger sitio arracimados y subidos en la cerca que rodea la explanada. Las puertas de Granada se abrieron cuando todavía era oscuro, lo que nadie recordaba hubiera sucedido en otra ocasión, y el primero que traspasó la puerta de Monaita fue un mensajero que enviaba Samuel a mi padre, para que regresara de inmediato al palacio. Mi padre tuvo que obedecer, pues las órdenes del abuelo eran la Ley para todo el pueblo de Granada y nadie, ni el rey, ni su propio hijo, podía en modo alguno dejar de cumplirlas. Allí el abuelo le explicó que varios jinetes sanhayas llevarían cotas de malla bajos sus vestidos y que uno de ellos, precisamente el hijo del jeque Firqän, correría junto al rey y en mitad de la carrera le haría caer del caballo y en el suelo le remataría con una daga. Luego enardecerían a la multitud con monedas de oro que distribuirían los conjurados y, simulando traer en triunfo al vencedor, volverían a la ciudad, ocupando la alcazaba y proclamando rey a Yaddaïr, que se encontraba ya escondido en una de las huertas. Todas las huertas o almunias de los alrededores están discretamente vigiladas, sin que aún se sepa dónde se oculta. Con seguridad se dejará ver cuando vaya a empezar la carrera y en ese momento será detenido. Debía mi padre prevenir al rey y un momento antes de empezar la carrera comunicar a todos que el rey haría un recorrido él solo, a trote largo, a fin de que el pueblo lo viera y posteriormente, en la carrera, pudiera ser bien reconocido entre los demás jinetes. En esa carrera previa, el rey simularía que no podía controlar al caballo, que desbocado se saldría de la explanada por una de las puertas, atropellando a las gentes si hiciera falta, y correría sin pararse hasta el palacio, donde su visir le esperaba. Yosef permanecería en la explanada, y confiaba mi abuelo que no se moviera de allí hasta que los guardias le entregasen a Yaddaïr bien amarrado. Y Samuel tranquilizó a su hijo, diciéndole que no tuviese miedo, pues había hombres fieles que tenían al traidor ya casi controlado. Quería que fuese mi padre, Yosef Nagrella el amigo del rey, quien trajese a la ciudad a Yaddaïr entre la multitud enardecida, pues otros hombres tenía dispuestos, con monedas de oro, para que las gentes lo vitoreasen por haber salvado al rey Badis. No dijo más el abuelo Samuel a su hijo, sólo le encareció que cumpliera lo que ordenaba escrupulosamente, sin salirse en nada de todo lo que le había indicado. No explicó la forma y modo de cómo él se había enterado de lo que Yaddaïr tenía preparado, por no considerar necesario que Yosef lo conociera por el momento. El rey Badis quedó sorprendido cuando por Yosef fue informado de lo que su primo, el hijo de su tío Hubäsa, tenía dispuesto para arrebatarse el trono. Aceptó el plan de su visir y se dispuso a iniciar la carrera cuando llegó la hora. Todos los jinetes estaban alineados y con dificultad podían retener a sus cabalgaduras en la línea de salida. Deberían dar diez vueltas consecutivas al perímetro de la explanada. El griterío era ensordecedor, pero cesó cuando el rey se adelantó en su montura y los pregoneros anunciaron que Badis daría una vuelta en derredor de la empalizada para saludar al

pueblo. La gente empezó a aplaudir y Badis, llevando con una sola mano las riendas de su bien domado caballo y la otra levantada en alto, inició su recorrido. De pronto el caballo dio una corveta en el aire, alzándose de manos y levantando al mismo tiempo las patas traseras, giró luego sobre sí mismo repitiendo el salto y arrancó con la velocidad del rayo hacia una de las puertas, que estaba taponada de gente. Aterrorizada, la multitud de la puerta se arrojó al suelo y el caballo con su jinete saltó sobre ella en tres limpios saltos. Algunos fueron heridos por los cascos del caballo, pero la barrera humana no pudo detener aquel ciclón que se les venía encima. Entre los gritos de dolor, las exclamaciones de estupor, los aplausos de entusiasmo, los vítores y los lamentos corrió, corrió como relámpago el rey Badis sobre su cabalgadura hacia la alcazaba. En aquella confusión los hombres del visir actuaron rápido. En un parpadeo habían identificado y cogido a Yaddaïr, separándolo del grupo de partidarios que lo rodeaba. Con una cuerda le amarraron las manos a la espalda y lo arrojaron a los pies de Yosef, que en medio de la explanada, rodeado de su guardia, esperaba expectante. La gente del visir amplió el círculo, dejando en el centro solo a Yosef con Yaddaïr a sus pies. Alguien trajo una larga cuerda y Yosef se la echó al cuello. Entonces un criado de mi padre gritó:

—¡Quiso matar al rey!

Y la muchedumbre rugió de ira, queriendo cortarle la cabeza allí mismo. Los guardias pusieron orden y lentamente se encaminaron todos hacia arriba, hacia la ciudad de Granada. En el camino corrió la voz de que el rey salvó la vida gracias a su caballo, que presintió el peligro y huyó a todo correr. Y más luego la gente decía que no fue el caballo, que la vida la salvó el rey porque el hijo del visir, Yosef Nagrella, con riesgo de su propia vida, se dio cuenta de lo que iba a hacer el asesino, dijo al rey que huyera y con sus propias manos detuvo a Yaddaïr cuando llevaba ya la daga en la mano para clavársela en la espalda a nuestro rey. Entonces la gente se puso a dar vivas y aplaudir a Yosef, que seguía caminando sin soltar el extremo de la cuerda que sujetaba a Yaddaïr por el cuello, llamándole a gritos *El Salvador*. Cuando llegaron a la puerta Monaita eran miles las personas agrupadas, de todas las casas habían salido las gentes y no eran las menos las de la Garnata al-Yahüd. Ahora fue el imán de la mezquita mayor quien pedía silencio para soltar su mensaje:

—Ha sido Allah quien salvó a nuestro rey. Él lo protege, porque sólo Dios es clemente y misericordioso. Yosef Nagrella ha sido la mano de Allah. Busquemos refugio en Allah que es el verdadero al-Muhaymin, el Protector, y es el Señor de los Mundos, es el Clemente, es el Misericordioso.

Así, gritando enloquecido, llegó el pueblo a la puerta del palacio donde ya estaba el rey Badis esperando. Se había vuelto a montar en el caballo para que lo viera bien la multitud y allí arrojó al suelo Yosef a Yaddaïr, mientras la muchedumbre gritaba que lo matara, que allí mismo le cortara la cabeza. El visir Samuel en un rincón, tras el rey, observaba en silencio la escena y cuando se cansó ordenó a los guardias que lo

llevaran, a Yaddaïr, a las mazmorras del palacio, y se fue sin decir nada más a sus habitaciones privadas, pues aquel día tenía previsto comer con su hijo pequeño y con su nieto. El rey y mi padre, que también se había subido en un caballo, aún estuvieron un buen rato en la puerta recibiendo los vivas y los aplausos de las gentes y muchas personas les besaban los pies y los vestidos.

Dos días dejó pasar el Naguid para volver a ocuparse de Yaddaïr, que permaneció encerrado en las mazmorras a pan y agua. Mandó buscar al rey y le pidió que compareciera en sus habitaciones, donde previamente había convocado a su hijo Yosef. Cuando estuvieron los tres reunidos preguntó qué harían con Yaddaïr. Los dos dijeron que creían que lo mejor era matarlo, pero que era Samuel quien debía decidir su suerte. Y éste dijo:

—Siempre he sostenido que al enemigo poderoso nunca el buen gobernante debe matar. Es mejor la generosidad de perdonarle la vida. Se queda mejor ante el pueblo y, sobre todo, no se crean mártires que pueden usar en su provecho otros enemigos también poderosos. Pero yo me pregunto si Yaddaïr es efectivamente poderoso y creo que no lo es. Bienes de fortuna no debe de tener, puesto que, al menos los de Granada, le fueron en su totalidad confiscados. Su patrimonio se limita sólo a que fue hijo de Hubäsa, el hermano del rey Habbús, y con sólo esa riqueza lleva años pretendiendo vivir y, lo que es peor para nosotros, aspirando a ser rey de Granada. No ha parado de conspirar y no ha tenido empacho de aliarse con todos nuestros enemigos. Creo que ya está bien y que ha colmado el vaso de nuestra paciencia. Los lazos de sangre que le unen contigo, amado Badis, no son suficiente salvoconducto para perdonarle la vida. Y de otra parte, alguna sangre habrá que ofrecer al pueblo en este caso, pues de lo contrario podría quedar defraudado y no sería bueno que dudase del poder de nuestro rey. Si tuviéramos, como en la última conspiración, un negro del quitasol amarillo, tal vez podría salvarse. Pero en este caso el que debía matarte, Badis, era el hijo del jeque sanhaya Firqän y no podemos hacer nada contra él, pues quien denunció la conjura fue su propio padre, que me informó con todo detalle, a cambio de que le sea concedido el sultanato de Málaga, cosa que deberás firmar, rey, de inmediato, aunque ello nos traiga alguna dificultad con Majlûf ibn Mallûl, al que daremos el señorío de Ronda, al que también aspira la familia de los Banu Birzäl. A éstos los compensaremos con cualquier otra cosa. Tal vez los mandemos a la parte de Murcia. Ya lo estudiaremos.

Badis y Yosef escuchaban en silencio y casi se habían perdido escuchando las reflexiones en voz alta del visir. Siempre asentían con la cabeza y cuando calló se limitaron a decir que todo lo dicho por Samuel les parecía acertado y conveniente para el pueblo y el reino de Granada. Por tanto, a Yaddaïr se le cortaría la cabeza lo más pronto posible. Sólo quedaba preparar el acto público en el que tendría lugar la ejecución, ahora que todavía el pueblo estaba impresionado con el hecho y antes que se olvidara el incidente. El rey le dijo a Samuel que no lo demorara mucho, pues él quería celebrar luego la carrera y no sería bueno que los caballos estuvieran muchos días inactivos ya que estaban excelentemente preparados. Se le cortó la cabeza a los tres

días, tiempo que se tardó en montar el templete de madera en medio de la gran explanada al filo de la muralla, que es el escenario que siempre se usa, y tiempo que también se necesitó para que los alfaquíes, doctores de la ley islámica, preparasen el texto de la sentencia que fue leído, antes de que el verdugo hiciera su trabajo. Como es natural no asistió el rey, ni Yosef y menos aún Samuel, que siguió aquel día, como todos los días, en sus obligaciones, sin que faltase tampoco a su reunión con los poetas, ni a su lectura reposada de las Escrituras en su particular sinagoga. Al día siguiente se celebró la carrera en el Arenal y fue todo un éxito para el rey, que ganó por más de tres cuerpos al caballo que le seguía, que era el que montaba mi padre. El pueblo disfrutó y gozó con la prueba, aplaudió con todas sus fuerzas, gritó hasta enronquecer dando vivas a su rey y se disputaron a brazo partido los trozos del látigo que usó el rey en la carrera, que se lo llevaron de recuerdo. Luego mi padre, con el rey y sus amigos, hizo su particular celebración del triunfo, que empezó en Granada y terminó en la más lejana alquería de la Vega, cerca de la ciudad de Loja. Volvieron a la semana y gastaron tantos dinares que Samuel tuvo que bajar a los subterráneos a sacar un poco de oro, ya que el tesorero del palacio se quedó sin fondos.

Hasta el último momento de su vida el Naguid fue el amo del reino de Granada. Estaba ya al final de sus días, pero ni un día solo dejó de recibir a sus informadores y a todos los dignatarios que alguna responsabilidad tenían en la gobernación de la ciudad y del reino, ni tampoco de dar órdenes de lo que se debía hacer en el palacio, en la ciudad o cualquier ciudad o pueblo del territorio. Llegó a querer conocer todas las sentencias que los cadíes o jueces pronunciaban en los litigios entre los ciudadanos y las más de las veces les obligaba a cambiarlas al no coincidir con lo que él creía justo. Las penas y castigos los imponía con igual sentido de justicia, como otro hecho normal cotidiano, siendo para él de igual importancia mandar que se le dieran sesenta azotes en medio de la plaza a un ladronzuelo que robó una gallina, que se le cortara la cabeza a quien se le sorprendió violando a una mujer o robando unos caballos. Nunca distinguió en estos hechos entre judíos y moros. Aplicó la ley por igual a unos y otros. Al hombre rico jamás permitió que se le castigara con daños corporales, ni en los mayores delitos. Aquí la pena siempre debía ser a costa de su patrimonio, contra su riqueza y bienes, pues bien sabía que al hombre rico más le duele el bolsillo que unos azotes, más perder su fortuna que perder la vida. Más de uno con lágrimas en los ojos y tirado a sus pies le imploró:

—Quítame la vida, pero no me confisques mi patrimonio.

El rico, el verdadero hombre rico, quiere seguir siéndolo en el cementerio. A estos hombres siempre los trató con severidad, quitándoles la fortuna y perdonándoles la vida. De todas formas, la mayoría de ellos al verse pobres al poco tiempo de dolor morían. Tres o cuatro *kätid* o secretarios no paraban de escribir las disposiciones que él dictaba durante toda la mañana y cualquier persona que algo le quisiera decir bien

sabía que las puertas de la habitación del Naguid estaban abiertas. Cuando pasaba el mediodía caminaba muy despacio, por los patios y jardines, a su sinagoga. Una flor, el canto de un pájaro o el sonido del agua al caer en cualquier fuentecilla de mármol le entretenía y se paraba como absorto, como sorprendido, maravillado, y nadie de los que le seguían, el mayordomo, los criados, los guardias, se atrevía a hacer el menor ruido, todos se paraban, quedando inmóviles, como si fueran estatuas. Incluso cuando llegaba al *ulam* o vestíbulo de la sinagoga, que era una pequeña terraza en el lugar más alto del palacio, nuevamente le gustaba estar un rato mirando la ciudad que por debajo se extiende, mirar también a las altas cumbres de la Sierra o extender la vista hacia la Vega. Cuando presentían su llegada los judíos que estaban dentro de la sinagoga cesaban en sus rezos, interrumpían el canto o las lecturas, y en pie y en silencio permanecían hasta que el Naguid, que era saludado con profundas inclinaciones de cabeza, se acomodaba en la silla que, junto a la *bimah* o púlpito, tenía reservada. Se alababa a Yahvéh, recitando las dos bendiciones, alguien leía un pasaje del Pentateuco y luego tomaban la palabra los rabinos, de los que siempre había varios en la sala de Granada y de otras ciudades del reino que venían a conversar con el Naguid. Y no sólo eran de este reino, sino que con más frecuencia cada día venían de otras partes, principalmente de todos los reinos de Sefarad, tanto moros como cristianos. Las aljamas de Toledo, Zaragoza, Hervás, Gerona, siempre tenían algún rabí en Granada, incluso de más lejos, de Bizerta, Trípoli y Alejandría en el Mediterráneo y de Maguncia y Ratisbona en el norte de Europa se vieron por Granada. En aquellos largos coloquios de los rabinos eran de especial predilección para mi abuelo las doctrinas de Flavio Josefo, el gran historiador judío, amigo de Domiciano, Tito y Vespasiano. Pero sobre todo el hebreo Filón de Alejandría, admirador del sabio griego Platón, de quien decía que era la «luminaria rota» de Moisés, y cuya doctrina conocía Samuel bien profundamente, sobre todo, y le gustaba conversar sobre ello, el llamado método de «interpretación alegórica», según el cual la palabra escrita adquiere su sentido más profundo y real en una significación alegórica subyacente. Era un placer para el Naguid este parloteo con otros hombres cultos, rabinos de todas partes, gentes sabias de Israel, que muchos días, cada vez más, le hacía olvidar a sus amigos los poetas, puesto que la reunión en la sinagoga se prolongaba hasta altas horas de la noche, con la desesperación de los criados y guardias que esperaban en el *ulam* o vestíbulo y con el sueño ya no disimulado de los diez hombres sin trabajo que recostados en los bancos de piedra dormían a pierna suelta.

Sin embargo, los tres últimos años de su vida con quien pasó más tiempo mi abuelo fue con el hijo del rey, con el joven Butuyyín, más conocido con el sobrenombre de Sayf al-Dwala, como quiso su abuelo Habbús que fuese llamado. Toda la mañana lo tenía consigo en las habitaciones del palacio donde efectuaba su trabajo de gobernar el reino de Granada. Le tomó un especial cariño y quería que fuese, el día de mañana, un poderoso rey, el mejor rey, el que debería ser recordado por los habitantes de esta tierra durante siglos. Lo vio casi nacer en el palacio y durante años, siendo todavía un

niño, lo tuvo, jugando y enredando entre las piernas de su abuelo, presente en todas las reuniones con el rey Habbús. Tampoco lo pudo olvidar en la tarde aciaga en que enloquecido Samuel con el cadáver de Bilhà entre sus brazos, entró en sus aposentos, cogido de la mano de su abuelo. La imagen de Bilhà muerta y el dolor en los ojos del niño se quedaron para siempre grabados en el corazón de Samuel. No lo olvidó nunca, aunque hizo todo el esfuerzo posible para arrancar de su mente todo lo que pasó aquel negro día. Pero aquellos ojos inocentes que expresaban el dolor, mirándolo con tristeza, con pena y con angustia, nunca jamás se fueron de su memoria y, desde entonces, miró al niño con todo cariño, poniendo en él, a su vez, los ojos y soñando con que fuese, aquel pequeño, ese rey grande que quería para Granada. Cuando murió Habbús, a Sayf al-Dwala, que ya era un hombrecito recién casado, lo acogió a su vera para enseñarle, poco a poco, todo lo que debe saber un hombre para mandar y disponer de los demás hombres, para ser obedecido y respetado, para dar a las gentes con generosidad y largueza, para castigar y sin temblar la mano quitar la vida de quien estorba. Eso pretendió hacer Samuel, y de forma intensa en los tres últimos años de su vida, su último servicio a Granada. Hacer de Sayf al-Dwala una luminaria en la historia de Granada, un ejemplo de gobernante, un modelo de rey hecho y preparado por mi abuelo Samuel. Sin embargo, fue precisamente mi padre Yosef quien lo impidió. Esta historia la narraré más luego, si Yahvéh me da vida y ganas para seguir escribiendo.

Pero ahora he de contar la muerte de mi abuelo Samuel ibn Nagrella —¡que Dios refresque su rostro en la tumba!—pues sus días estaban ya cumplidos. Unos ocho años debíamos de tener en aquel entonces mi tío, su segundo hijo, Elisaf y su nieto que soy yo. Lo recuerdo perfectamente. Estábamos los dos en la *bet ha-sefer*, casa del libro o escuela, de la sinagoga vieja de la Garnata al-Yahüd, como todos los días, en cumplimiento de lo que ordenó Moisés, «empiecen los niños por estudiar las leyes, la más bella de las lecciones y fuente de felicidad», cuando el maestro anunció que el Naguid estaba para morir y que su hijo y su nieto debían ir al palacio. El criado nos hizo volver a la alcazaba y al aproximarnos vimos el remolino de gente que se agrupaba en la plaza, junto a la boca del aljibe, pero no vimos más pues el criado nos arrastró con fuerza adentro de la casa. Abuela *Pajarito* y mi madre Rut estaban sentadas, muy derechas y serias, en unos taburetes y cuando llegamos nos obligaron a sentarnos en el suelo a sus pies. Había otras gentes en la habitación, unas del propio palacio y las más de la ciudad judía. Mi abuelo, el rabí Missim, leía en hebreo y en voz alta el Libro de los Salmos del rey David y todos lo escuchaban en silencio. Más de dos horas estuvimos quietos, también serios y derechos, hasta que una de las esclavas de mi madre nos cogió de la mano y nos llevó a otras habitaciones donde nos dieron de comer, para después devolvernó a la estancia donde el abuelo Missim seguía leyendo. A poco entró el rey Badis y todos nos pusimos en pie. Se acercó al grupo de rabinos, quienes le dijeron, con voz grave, que nada se podía hacer, que en

breve moriría, antes de que cayera la noche. Yo aproveché el revuelo que hubo con la llegada del rey y escapé de la estancia, saliendo a la calle sin que me vieran. Pero es que yo sí lo quería ver a él, a mi abuelo, antes de que se fuera. Sabía que estaba tras la gente, que seguía arremolinada en la plaza, y me escurrí entre el gentío hasta alcanzar la primera fila. Habían hecho un cerco y el abuelo estaba a más de veinte pasos. Dos de sus amigos poetas lo tenían sujeto por los brazos y estaba diciendo algo que no se oía, porque su voz era muy queda, aunque en la plaza el silencio era absoluto. Le miré de lejos a la cara y la tenía muy pálida pero sus ojos tenían un brillo intenso. Yo, también en voz muy baja, le dije que por favor, que no se fuera y se lo dije dos o tres veces. Pero él no me escuchó, pues se lo dije muy bajito. Ni me miró siquiera. Tal vez si me hubiera visto, me hubiera hecho caso, pues yo sé bien que me quería. Seguro que no me vio, ni que escuchó lo que yo le pedía. Y eso que lo repetí una vez más:

—Por favor, abuelo, no te vayas.

Miró luego al cielo y los rayos del sol, que ya se ponía, le iluminaron el rostro. Tenía puesta una hermosa túnica blanca y sobre la cabeza una *kipa* negra de seda que no tapaba sus largos cabellos encanecidos. Parecía un rey o, mejor tal vez, un profeta. Cerró la boca y las piernas se le doblaron, parecía que iba caer al suelo, yo entonces corrí, corrí hacia él, pero sus amigos lo habían sujetado fuertemente de los brazos. Evitaron la caída, aunque cuando yo lo alcancé lo estaban depositando tendido en el suelo, mientras la multitud había dado un grito, un grito de dolor, como si todos se hubieran también caído. Uno de los poetas dijo, llorando, que ya estaba muerto, y yo me puse a llorar y le besé los pies, mojándolos con mis lágrimas, y luego corrí hacia la casa, entre la gente, que también lloraba, y entré en el palacio y los soldados, los criados, los esclavos, todos, todos lloraban. En la habitación grande seguían mi abuela *Pajarito* y mi madre Rut, sentadas y derechas en las sillas, pero las lágrimas de sus ojos caían, como si fueran unas fuentes, mojándoles los vestidos. Yo me abracé a ellas y se lo dije claro, para que se enterasen, que le había dicho al abuelo que no se fuera, pero que no me había oído.

Han pasado muchos años, y fue luego, mucho después, cuando supe al detalle lo que sucedió aquel día. Me lo contó Isaac Gayyat, que fue uno de los poetas que lo retuvo en sus brazos en sus últimos momentos. La tarde anterior la pasó el Naguid en la sinagoga. Estuvo leyendo pasajes del Deuteronomio, que los hebreos llamamos *Elleh habdebarim*, la ley que dio Moisés al pueblo de Israel en la llanura de Moab. Este Libro de la Torá fue de siempre uno de los preferidos por Samuel. Es la Ley. Son las normas que cohesionan al pueblo judío y donde la misión de la tribu de Leví, la suya, queda dibujada y definida. Tal vez se acaloró un poco en la discusión con los otros rabinos o tal vez el aire frío de la noche se le metió en los pulmones, pero lo cierto fue que en la velada que tuvo luego con los poetas, ya bien de noche, estuvo inquieto, tosió mucho y un ligero temblor agitaba sus manos. Cuando se levantó para dar la reunión

por terminada sufrió un desmayo que dio con su cuerpo en el suelo y perdió el conocimiento. Todos intentaban auxiliarle, pero el Naguid no volvía en sí. De pronto dejó de respirar. Cundió el pánico entre todos los poetas. Algunos salieron rápido a pedir ayuda, otros invocaron a Yahvéh y el cordobés Yehudáh ibn Saddiq recordó el milagro de Elíseo con el hijo de la sunamita, que se relata en el Libro de los Reyes, y puso su boca sobre la boca de Samuel insuflando aire en sus pulmones al tiempo que le oprimía el pecho con el peso de su propio cuerpo. Consiguió que volviera a respirar, abrió los ojos y lentamente se fue recuperando. *Pajarito* y Rut llegaron agitadas y con sus pequeños pañuelos de seda le secaron el sudor frío que bañaba su cabeza y cara y las manos. Se fue recuperando y le rogaron se fuese al lecho, pero Samuel dijo que no y les ordenó que se fueran ellas, pues para él era de más alivio seguir escuchando a los poetas. Cuando se fueron las mujeres, dijo a sus amigos que sabía que en breve moriría y que hasta entonces quería seguir escuchándolos y esto lo dijo con firmeza, como una orden, con la sabiduría que siempre tuvo para saber mandar y ser obedecido. Gabirol empezó a declamar un poema que había compuesto para la fiesta de las Semanas o de las Primicias, en griego fiesta de Pentecostés, en que se debe peregrinar a Jerusalén, según el mandato del Levítico. Dijo la *azharot* o exhortaciones, que aún se recita en todas las sinagogas de al-Andalus en estas fiestas, y que se titula *^Semor lebbi ma'aneh* y trae su causa también en el Deuteronomio, el último libro de la Escritura que leyó Samuel en la sinagoga. Con honradez y valentía dijo Salomón Gabirol:

Yo soy Yahvéh, te llamé en el Sinaí.

No tendrás frente a mí otros dioses.

No fabricarás imagen con iniquidad e insensatez.

No colocarás trampa para que tropiecen los ciegos.

No pondrás bozal a tu toro mientras trilla las gavillas.

El precepto «no cometerás adulterio» guarda, no se encienda la cólera.

El que yace con la esposa de otro mucho se ultraja y deshonra.

Sobre el monte Galil marcharemos al son de la flauta. Entonces se cumplirá la voluntad y se elevarán los novillos.

Cuando terminó Salomón de decir su poema, el Naguid con una seña le pidió que se acercara y le dio un beso en la mejilla. Era un beso de amistad, pero era también un beso de despedida. Otros poetas recitaron sus versos, dijeron sus *piyut* o poemas sacros, a todos los besó, uno por uno, y cuando el sol estaba ya salido pidió que vinieran las mujeres. Séfora y Rut se presentaron en la estancia y estuvieron un rato de pie a su vera, una a cada lado, teniéndolas Samuel sujetas por la cintura desde su asiento. Luego le dijo a mi madre que hiciera honor a su nombre, que no dejara a su suegra, que fuera siempre otra Rut para esta otra Noemí, a la que él había amado. La abuela *Pajarito* no disimuló ahora sus lágrimas. Por fin les dijo que se marcharan y las dos mujeres le besaron las manos y los pies y la abuela *Pajarito* le besó también en la

misma boca. Más tarde pidió un poco de agua, que con su propia mano se la dio el príncipe Sayf al-Dawla, que desde el amanecer estaba también junto al visir. El agua fresca pareció que le reponía un poco, puesto que se puso en pie y lanzó un suspiro hondo. Dio unos pasos hacia la puerta y todos quisieron acompañarlo. Con una mirada los paró en seco. Luego, también con la vista, requirió a Salomón Gabirol y a Isaac Gayyat para que le siguiesen. En la misma puerta se volvió y con un hilo de voz dijo:

—Voy a la plaza, a ver por última vez al sol, que es el carro de fuego donde camina la majestad de Yahvéh y de Allah, que son el mismo Dios de todos los Mundos.

Y a paso muy breve, muy despacito, poco a poco, muy lentamente, se encaminó a la plaza con los dos poetas, uno a cada lado. Los guardias hicieron el cerco, apartaron a la gente, y lo dejaron solo junto al aljibe, donde pasó lo que quedaba de día. Un rato en pie, otro sentado en un taburete que le trajeron, y el mayor tiempo recostado junto a la columna romana de mármol blanco que sirve de jamba a la puerta del aljibe. Gayyat y Gabirol no cesaron de entonar *piyut* y alabanzas a Yahvéh que con devoción escuchaba el Naguid. Pasó dos veces el rey Badis mirándole con afecto y respeto, y con lágrimas en los ojos se acercó mi padre Yosef y le besó las manos, arrancando luego al galope de sus caballos con sus guardias. Por último, muy despacio dijo:

La carrera del hombre se dirige a la tumba,
como las aguas al gran abismo;
el final de todo viviente es la muerte,
como el del palacio convertirse en ruinas.

El último rayo del sol del día iluminó su rostro y él se apagó para siempre. Y los hombres, todos los hombres de Granada y del reino, dijeron:

—Ya se fue quien tenía las cuatro coronas: de la Torá, de la grandeza profana, de la ascendencia levítica y, sobre todo, la corona de las buenas obras. ¡Que Yahvéh lo acoja en su seno! ¡Que Allah sea misericordioso con él!

Y lo cargaron sobre sus hombros, dominados por un profundo dolor y lanzando largos gemidos, lo llevaron a darle sepultura por encima de la Garnata al-Yahüd, junto al Mar de Piedra, la Fuente de los Leones.

El río que nos lleva: La Granada de Felipe Romero

(INTRODUCCIÓN AL SENTIDO DE SU OBRA)

*Sólo escribo, escribo,
escribo sin remedio,*

FELIPE ROMERO,
*Poema de un hombre
ya casi ido*

Tres años, los que median desde la publicación de *El segundo hijo del mercader de sedas* en 1995 hasta su muerte en agosto del presente 1998, bastaron a convertir a Felipe Romero, de hombre público por el dilatado ejercicio de la abogacía laboralista, en verdadero «autor de culto». Se trata de un caso que roza lo inverosímil y entra dentro de lo inusual. En una ciudad como Granada, el reconocimiento unánime es punto menos que milagroso: él lo consiguió. De otra parte, estamos hablando de un hombre de profesión liberal, dedicado durante toda su vida a su familia y a su trabajo, que accede a tan merecido reconocimiento a la edad de sesenta y cinco años y sin haber publicado nada destacable previamente. Para más añadidura, la novela se había mantenido muchos años, demasiados, en este fatídico cajón al que, en casos limitados pero no menos dolorosos, sentencian los editores con poca formación literaria y escaso olfato comercial; lo primero es grave, lo segundo, tragicómico puesto que ésta de lo comercial suele ser la razón esgrimida para la negativa a publicarla. De éstos puede decirse que soñaban con el tesoro que bajo la misma cama tenían.

¿Cuál puede ser el *secreto* por el que un autor, con la remora de la edad y falta de trayectoria señaladas, alcanza un éxito tal en una ciudad tan complicada? Quien esto escribe no recuerda un caso parecido. Porque no estamos hablando de un autor que recibe de pleno el apoyo institucional conjuntado al esfuerzo publicitario. Quien conociese a Felipe Romero no me desmentirá si declaro que estaba muy lejos, por temperamento, pero también por convicciones éticas personales, irrenunciables, de todo aquello que sonase a vanidad. Cuanto más que a su edad y prestigio profesional,

esa pretensión de fama rápida, hecha de acatamiento servil con las convenciones sociales, resulta, cuanto menos, indecorosa cuando no ridícula. Nada más lejos de este hombre íntegro, conocido en toda la ciudad por la defensa, en el ejercicio de su profesión, de los más débiles y desprotegidos. Precisamente lo último que en vida publicó, a escasos veinte días de su lamentada muerte, fue un artículo de prensa en favor de tres obreros muertos en una manifestación de 1970. Él hubiese deseado que en el viejo edificio de Sindicatos, ante el que cayeron, se rememorase el hecho mediante una placa.

Felipe Romero sí contó, en su ciudad natal, de seguimiento por parte de la prensa granadina, que en esta ocasión de su novela sí estuvo a la altura. Pero he de puntualizar a este respecto que la atención periodística que suscitó lo fue después o simultáneamente, pero nunca previa, al impacto que la novela provocó en el ánimo de los lectores, los cuales en Granada no son muchos, pero sí bastante genuinos: desconfían de alardes propagandísticos e incluso, por pura inercia, se predisponen, consecuentemente, en contra. Deseo dejar claro que su éxito fue a pulso del libro mismo, de boca a oído de los lectores. Ciertamente es, por lo mismo, que sus amigos escritores —muchos lo fueron a raíz de la novela— cuajamos fila y modestamente hicimos cuanto a nuestro alcance estuvo por difundirla; no otra cosa hicimos que intentar cumplir con nuestro deber moral, por motivo de la persuasión del propio valor de la obra.

Hago esta anotación porque deseo asimismo no se malinterprete lo que sigue, y es el fundamento, a mi parecer, de esa acogida sin precedentes, en una ciudad cuya idiosincrasia impone la división de pareceres, la bipolaridad como norma, por ley de contraposición de unos y otros.

Yo creo que Felipe Romero alcanzó como muy pocos a interpretar el *ser* granadino. Y es en esto, en la complejidad que esta indagación implica, donde hay que buscar la causa del fracaso literario de la mayoría de narradores —autóctonos o foráneos— que se han propuesto escribir una novela de o sobre Granada. ¿Cuál es esta complejidad? ¿Y por que Felipe Romero salió bien librado de ella?

No puede entenderse Granada fuera de las vicisitudes de su historia, pero, más aún, de la resonancia de estos acontecimientos en la mentalidad popular y la memoria colectiva. La cuestión es —se me dirá— que con todas las ciudades acontece lo mismo. Sí, es cierto. Sin embargo el devenir histórico y social de Granada es singular. No se parece al de ninguna otra. Esta singularidad requiere cuanto menos una cautela esencial por parte del novelista: la sistemática desconfianza hacia la versión generalizada, cíclicamente repetida, de unos hechos conflictivos —políticos, religiosos, sociales; imbricados todos ellos—, los cuales afectan a la convivencia inestable, al equilibrio imposible, de las tres castas heredadas del viejo Dios monoteísta: cristianos —unitarios o trinitarios—, musulmanes —convertos en moriscos o no— y criptojudíos, de todos para con todos; esto de un lado, mientras que su herencia, ese fermento de discordia y opresión, se proyecta al presente en

determinadas actitudes viscerales, atávicas, sea por instinto reflejo o por efecto de memoria genética. Y por otra parte, conviene al escritor el convencimiento de que la percepción de ese ser granadino, ese *genius loci*, precisa de una intuición *especial*: unas dotes de observación singulares, probablemente acuñadas en generaciones de permanencia, pero, también, un entusiasmo, una predisposición emotiva, una decantación, en suma, por la veracidad y la justicia, que excluyen la tibieza y el deseo de lucimiento. Es por esto que la novela *de Granada* será obra de un poeta (lo sepa él o no), porque esta novela habrá de ser *poemática*. ¿Lo es *El segundo hijo* (simplificamos el título en adelante)? Lo es por el lirismo acendrado de las emociones que en ella concurren y por la épica de su sentido del tiempo colectivo. O, cuanto menos, no es una novela al uso realista, como en el caso de la novela tópica de otras ciudades españolas.

No, si no se parte de la evidencia —lo diga así o no la versión oficial de los hechos, que con frecuencia la confirma— de que Granada es una ciudad secuestrada a su destino *natural*, a la evolución de su curso interno, la novela no puede salir. El ser granadino conlleva, a una primera instancia, la certidumbre de la impostura y falsificación parciales. En consecuencia, hay que buscarlo, ese *ser*, por inducción. Un ser que lo es heterodoxo y en buena parte marginal. En esta tarea tiene mucho que ver la pulsión instintiva.

Hay un momento electrizante en *El segundo hijo* que apuntala lo dicho. Está en el lecho de muerte la abuela del protagonista, descendiente directa de los reyes nazaríes, y el arzobispo de Granada, nieto suyo, acaba de darle la extremaunción. «¿Me puedo ir ya?», pregunta ella. «Sí», contesta afligido el prelado. «Mi abuela dijo en árabe *la galib ily Allah* y se murió.»

¿Qué hay detrás de una dama que, tras una vida de sometimiento a una religión extraña, en su momento final, tras acceder a los rituales por tal de no herir a nadie, expira volviendo solemnemente los ojos al dios de sus antepasados, y lo dice, sabiendo que es lo último que va a decir en este mundo? ¿Resarcimiento? No, no está en el espíritu de ella, antes bien una dulce y señorial melancolía, no distante de la resignación. Hay fidelidad a unos principios a los que fue obligada, convencida nunca, a renunciar; unos principios —sean los que fueren— que pertenecen a la dignidad humana. Hay entereza, temple, legítimo orgullo. Casta. Esto es Granada.

La idea, el *ser* de Granada, implica renunciación, postración, postergación (no es el primogénito, sino el *segundo* hijo quien narra, reminiscencia semítica, por otra parte, del mito de José y sus hermanos), pero nunca indignidad, nunca asentimiento a la identidad espuria, venga de donde venga, cristianos, musulmanes o judíos. Alonso de Granada Lomellino, descendiente por parte materna de la princesa Cetti Meriem y del valeroso Yahya al Nayyar, hermano del rey Muley Hacén, desiste de la opulencia y prestigio que por cuna y fortuna le correspondían, y profesa de carmelita descalzo con tan sólo veintiséis años, residiendo para siempre en el convento de los Mártires. Es

una retirada del mundo, una más entre otras muchas, casi una *epidemia* espiritual, como sabemos aconteció en el siglo XVI. Un resistirse a la ortodoxia pétrea, letal, y acogerse —erasmistas, alumbrados, judaizantes— a la soledad conventual, procurando pasar inadvertidos. Así, hasta que por sus muchas virtudes, luego, más tarde, cuando ya eran ancianos, pretendían sacarlos de su retraimiento. A Alonso de Granada le es ofrecida la sede episcopal de Mantua; por *muchas cosas* él se niega, por muchas, pero, sobre todas, por no marcharse de Granada. Y es que el granadino impregnado de su ser, este *ser* enigmático e incomprendido, prefiere una choza en Granada que no un palacio en cualquier parte. Es por lo que los granadinos fuera, porque tienen que salir, parecen convalecientes. Que las mentes pragmáticas tilden esto de provincianismo, lo mismo da. Que volvamos y lo llamen como quieran.

Tras él, camino de esos «bosques y espesuras» del convento de los Mártires, que el Santo había cantado, quedaban una infancia y adolescencia en las que su carácter retraído y soñador se acentúa a la percepción de los contrastes: la riqueza adentro y la pobreza afuera, la ostentación de unos y la miseria de otros: la observancia, en el seno familiar, de una religión, reducida para entonces a puro culto externo, y la permanencia, bajo ella, de unas creencias y costumbres ancestrales, en oposición dolorosa.

Es lo que despierta en el joven Alonso cierta sensación de vencimiento, un estado de languidez que se proyecta en conciencia de amor a los demás, de apego a los más débiles y desprotegidos. Existe un instante que ilustra esta doble moral a maravilla. El padre y la madre se hallan en una alcoba y, acogidos a su sigilo, se están amando en compañía de dos esclavas. Es una escena de plasticidad y erotismo vertiginoso. El niño que es Alonso todo lo ve a través de una rendija de la puerta. No hay obscenidad, y sí una ternura y refinamiento embriagadores, en cuanto ve. Comprende el niño. Comprende que quien asiste a misa y en el templo tiene reservado sitial, luego en casa practique el viejo y sagrado ritual de la poligamia. Quien obliga contra la voluntad, exime de su cumplimiento. ¡Cómo en Granada se entiende! Pero todo ha de ser secreto. En una ciudad escindida, desvertebrada, hay que encubrir para sobrevivir.

Atrás, camino de aquellos «valles solitarios», de aquellas «ínsulas extrañas» del convento de los Mártires, quedaba esa casa patriarcal y sombría donde el padre, descendiente de mercaderes italianos (uno más entre los muchos que acudieron a sustituir a los sefarditas en el uso de las lonjas de contratación), secretea sus negocios a hombres encapuchados; esa casa, en fin, donde el padre acumula oro y más oro con voluntad impávida. Atrás, en la casa de la calle de Lepanto. Una casa en el mismo sitio y lugar en donde Felipe Romero, cuatro siglos después, escribe esta estremecedora historia. Desde aquí veía lo que veía Alonso. Olía lo mismo que él. Oía igual. Por esto uno y otro sienten y piensan de análoga manera.

Existe otro rasgo de granadinismo puro, secuencias, singularmente captado por Felipe Romero. Afecta a la esfera amorosa. El amor en el *ser* granadino se manifiesta en forma y graduación genuinas: por influjo de la ciudad, su monumentalidad y paisaje,

por la memoria histórica que resuena en los caracteres más sensibles, por su luz y el agua siempre presentes, por su atmósfera en suma, tan propicia al recogimiento y la confianza, el granadino, tanto más si está imbuido de ese *ser* que le distingue, tiende a amar silenciosa y fervorosamente, sin grandes gestos, con sensualidad muy matizada. La pasión es hacia adentro, por más que compartida. Se reviste de intimidad, de emoción y sigilo. Hay un sufi oculto dentro de él. Así pues, crece con el tiempo, pero en su transcurso adopta modulaciones, irisaciones diferentes: sorpresa, obsesión, languidez, encantamiento. En *ella* se ama la tierra, el olor de la tierra húmeda, umbría, y la luz que se mira en sus ojos, una luz pasada por el espíritu de las nieves perpetuas. Se ama mejor de pie, como por inminencia del prodigio. Qué fácil es en Granada sublimar, no de manera unívoca y excluyente en su objeto de amor, sino, por el contrario, de forma compartida, como si, en una de las fases de ese amor, se hubiese operado un fenómeno de estado de gracia: amor por rebasamiento, hasta el delirio. Porque amar en una ciudad bella no implica voluntad, ni siquiera deseo; se ama por proyección del sentido estético, por vibración, contagiosa, de la belleza circundante. Se ama como quien alienta, espontáneamente y siempre, con agrado, refinamiento y simpatía.

Nace, como consecuencia de todo ello, la complicidad, que es una forma cabal de amistad, la cual presupone sexualidad —potencial o activa— de los amantes, pero que la deja atrás, suplantada por esa explosión anímica y sensitiva del entendimiento sin palabras.

En la novela que nos detiene es ejemplar de ello la relación de Alonso con Aísca (¡ay, Aísca!), en la huerta de Gójar, pocos días antes de ser investido fraile. Casi todo es implícito entre ellos. De aquí la delicadeza que emanan las páginas de este episodio, el cual va a prolongarse en las visitas que Aísca prodiga al convento, ante un Alonso cada año más santo y a la vez ajeno a la ortodoxia.

Felipe Romero, por todas estas vertientes —a las que habría que añadir su indagación en la impostura *forzada*, por medio de la sección que dedica a los libros de Plomo—, alcanza siempre el mismo territorio: la esencialidad del modo de ser granadino. Los granadinos así lo han entendido y sentido, y de aquí su reconocimiento y gratitud unánimes. *El segundo hijo...* es una novela granadina neta en cuanto que existen novelas difíciles de *entender* (entender en su estrato profundo) en otro emplazamiento del lugar que las inspira, y en tanto que, de ninguna forma, hubiera podido escribirse fuera de ella. Pueden las mentes cuadradas (un tipo que también en Granada existe, por rechazo emocional hacia el entorno) pensar que esto es provincianismo, muy libres son de hacerlo. Pero Granada —este emplazamiento y esta historia— no es una provincia, sino un reino.

Granada es hoy, culturalmente, una ciudad universal. Pero su entraña sigue oculta, cerrada, como aquel *paraíso* al que aludía el mejor de sus poetas barrocos. Es secreta. Así pues, cuando un escritor desvela alguna de sus claves, la ciudad, tarde o temprano,

esta vez sin recelos, así lo admite y celebra. Instantáneamente lo fue con Felipe Romero, y eso ganamos todos. Es un indicio de que vamos dejando hábitos del pasado.

En un tiempo de vertiginosas comunicaciones y globalización de la cultura, es de agradecer que «lo nuestro», lo más íntimamente *nuestro*, no se confunda con nada ni nadie. Es pura subsistencia de identidad profunda, lo único que puede trasmitirse a generaciones futuras y lo único también que no se nos va a perdonar en caso de que se pierda ante la erosión de la uniformidad creciente, alienante. En Granada esto se intuye y comparte. A un artesano del Albayzín le tengo oído: «por aquí pasan cientos, miles de turistas cada día; pero luego, con la fresquita, ya nos quedamos nosotros solos, los de siempre». Nosotros, los de siempre: *lo nuestro*, respetable en todo lugar y tiempo. ¿No ocurre lo mismo en ciertos barrios de Venecia o Praga, Brujas o Viena, Sevilla o Santiago?

Es por lo que, ciñéndose a ese componente de fatalismo antes sugerido, con sus secuelas de decepción anímica y escisión moral a que se vieron expuestos los granadinos de siempre, como consecuencia de unos avatares históricos distorsionantes para con su *ser* más profundo y auténtico, Felipe Romero, ya en su edad tardía, concibió su novelística en tres grandes tramos narrativos, que exploran a su vez los tres grandes momentos de erosión y agresión externas. Cronológicamente corresponden al gran pogromo judío en la Granada del siglo XI, la expulsión de los moriscos a comienzos del XVII y la guerra civil en el XX. Tres novelas, pues. Esta última quedó en proyecto, si bien quien esto escribe —como otros tantos granadinos— escuchó del autor asiduas digresiones que permiten hacerse una idea: comenzaba con el incendio de la redacción de *Ideal*, cuyo resplandor vio el autor en el cielo de aquel julio de 1936, siendo niño, asomado al balcón del inmueble en que vivía en la calle Gran Vía, mientras su madre, asustada, procuraba apartarlo de allí; hubiera sido ésta una novela cuanto menos sorprendente, por sus muchos testimonios de primera mano que acaso ya nunca salgan a la luz. La segunda acabamos de consignarla: se trata de *El segundo hijo del mercader de sedas* (1.^a edición de Ediciones Ubago, Granada, 1995, y dos más, en Ediciones Osuna, Granada). La primera aludida es la que el lector tiene entre las manos.

En lo meramente estructural, tienen en común múltiples factores: la voz en primera persona y la división textual por secuencias; asimismo la instalación de los protagonistas de ambas novelas en la ancianidad, lo que permite la rememoración selectiva a través de tres generaciones. El tema, en lo esencial, vuelve a ser Granada. Ella irradia a toda acción e impone su ritmo, los rasgos de su peculiar atmósfera sensitiva: intensidad, intimidad, sigilo. Por lo que concierne al estilo, es de destacar que tanto el aliento expresivo como la elección de vocabulario, llano y sin apenas sinónimos, y demás recursos, son los que se corresponden con el registro *oral*, esto es, el del contador de historias —de linaje ciertamente oriental— que improvisa mientras

va extrayendo de la memoria los sucesos *vividos*: frase larga y paralelística, anáforas; alguna silepsis, ciertos anacolutos. Pero es importante señalar que esa voz del autor no se dirige a un amplio auditorio, sino siempre a un *alguien* concreto e implícito, y esto es porque en la intimidad del «yo» no cabe el «vosotros»: ese *vosotros*, latente en su registro, no es sino la suma callada de muchos «tú». Propio del estilo oral es, en consecuencia, la propensión al encadenamiento de subordinadas, con alternancia en un mismo período de oraciones sustantivas y adjetivas. Ello es por ese fenómeno de improvisación: el contador de historias, más que llamado por el respeto al orden de los acontecimientos, se siente atraído por el rasgo brillante ocasional que le depara su historia, esto es por el *gesto*. No tolera lo plano, detesta la monotonía. Ha de divertirse, exaltarse o apenarse con la historia que de la historia misma va surgiendo, como en un proceso de *hacerse a sí misma*, de lo que se desprende ese componente gestual referido, ya que entonces el contador de la historia es su primer espectador. Aun en la conciencia de que basta el punto o punto y coma para una mayor fluidez de lectura, he preferido hacer los mínimos retoques a la presente novela cuyo original me fue confiado en previsión de los naturales descuidos, debidos a la salud del autor durante el período de su redacción; también, obviamente y sobre todo, por respeto a las peculiaridades estilísticas del registro oral —tan propio de la época medieval a la que se circunscribe y característico del género en que los hechos fueron transmitidos, esto es la crónica—, además de la relatividad y subjetivismo de la primera persona (quien escribe en la ficción no es escritor y por tanto determinadas limitaciones estilísticas otorgan veracidad a su relato).

Es el instante de añadir que la presente novela abarcaba, en los planes iniciales del autor, tres tramos históricos bien definidos: la Granada de Samuel ibn Nagrella, la de su hijo Yosef y la de quien narra los hechos, nieto e hijo de ambos, respectivamente: tres generaciones por tanto. Samuel fue gran visir de Granada durante los reinados de Habbús ibn Maksán y de su hijo Badis, monarcas de la dinastía zirita; Habbús era, a su vez, sobrino del instaurador de la dinastía, Zawi ibn Zirí, quien había establecido la taifa en el año 1012, como consecuencia de los disturbios que asolaron Córdoba a raíz del derrumbamiento del califato. Reinó Habbús de 1019 a 1037, sucediéndole Badis, quien fallecería en 1073. Como Samuel murió en 1056, también fue visir de este último durante cerca de diecisiete años, sustituyéndole en la privanza su hijo Yosef. Último —hubo solamente cuatro— monarca zirita fue Abd Allah Buluyyín, nieto de Badis, con quien se cierra la dinastía en 1090. Es en esta época final en donde se supone *instalado* el autor de las memorias que en el fondo son la presente novela. Se da la circunstancia concomitante de que, corriendo los siglos, el gran orientalista Lévi-Provençal encontró casualmente las memorias de este último monarca en la biblioteca de la mezquita de Fez, las cuales fueron publicadas en 1941, en traducción del propio Lévi-Provençal, bajo el título de *Memorias de Abd Allah, último rey zirí de Granada*, y reeditadas posteriormente en 1982, en traducción ornamental de don Emilio García Gómez, con el de *El siglo XI en primera persona*. Estas memorias de Abd Allah

Buluyyín, destronado por los almorávides y desterrado en Agmat (como por el mismo tiempo lo sería el gran Mutamid, rey de Sevilla), constituyen la fuente bibliográfica primordial, más inmediata e incontaminada, de los acontecimientos acaecidos durante aquellas décadas turbulentas, de los que da cuenta novelada el presente libro. A esta fuente, a la que Felipe Romero accede, hay que añadir forzosamente a Ibn Hayyam, por ser rigurosamente contemporáneo a los hechos: su obra magna, *Al-Matín*, se componía de sesenta volúmenes; de tan ingente labor sólo se conservan los fragmentos citados por autores posteriores, y entre ellos figura un valioso retrato de Samuel Nagrella: valioso en tanto que, pese a considerarlo enemigo, rinde tributo elogioso a sus virtudes. A tales fuentes punteras hay que agregar el aporte bibliográfico de otros testimonios: así los cánones —y estudio sobre ellos— del concilio de Elvira concernientes a los hebreos, que nos ilustran, de primera mano, acerca de sus costumbres, y consiguientes prohibiciones de los cristianos para con ellos; todo parece indicar que estas costumbres y prohibiciones seguían vigentes en aquel siglo XI; así la célebre crónica del moro Rasis, o la ya tardía de Hernando del Pulgar *Tratado de los reyes de Granada y su origen*. Huelga señalar que, aun las escritas en el mismo bando, se contradicen a menudo.

Todo este aporte se ha visto glosado posteriormente, ya en tiempo cercano a nosotros, por numerosos y prestigiosísimos especialistas, proclives en mayor o menor medida a la cuestión judía en su doble relación con mozárabes y musulmanes. Citemos sólo, para abrochar este epígrafe —algo gravoso al profano, pero no menos aconsejable para una mejor inducción a los hechos que en la novela se consignan—, a Amador de los Ríos y F. J. Simonet, Lafuente Alcántara, R. Dozy y Lévi-Provençal, García Gómez, Claudio Sánchez Albornoz y don Américo Castro, además de Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal, entre los más ilustres. Ignoro a ciencia cierta qué de todo ello consultó expresamente Felipe Romero, porque en conversaciones sobre este particular nunca me fue preciso; el historiador Carlos Asenjo Sedano, común amigo de ambos, le asesoró no obstante en los últimos meses. Sí es perfectamente discernible un título: se trata de *Garnata al-Yahüd (Granada en la historia del judaísmo español)* de David Gonzalo Maeso, catedrático de hebreo de la Universidad de Granada, publicado en 1963. Se trata de un manual tan conciso como operante acerca de todas estas cuestiones atañederas a la elaboración ambiental de la presente novela.

Esto no obstante, conviene recalcar que el propósito de Felipe Romero no obedece, en sentido estricto, al de una novela histórica al uso y como tal, sino, insistimos, al de la interpretación de ese *ser* granadino, genio local que adopta concreción histórica en algunos de sus hijos más relevantes, sean famosos —Samuel Nagrella lo fue— o no, como en el caso de Alonso de Granada Lomellino. Es decir, interesa al autor no tanto la realidad histórica circunstancial como los síntomas sociales que la hacen posible, y de aquí su interés por la veracidad, más referida a lo ambiental que al frío rigor cronológico. Así pues, el lector avezado descubrirá, entre los numerosísimos eventos

públicos consignados, alguna que otra inexactitud. En efecto, la incursión punitiva contra el sultán de Almería Al Zuhayr no sucede durante el reinado de Habbús sino en el de su hijo Badis. Atendiendo a la eficacia narrativa, el episodio, en cambio, está correctamente situado en relación al juego de tensiones que basculan en el argumento. ¿Qué tanto nos da, un milenio más tarde, que ello sucediera unos años después? ¿Acaso altera la historia? Honestamente, desconozco si es un error deliberado o no. Felipe Romero emprendió la redacción de esta novela enfermo de diversas dolencias y bajo los efectos, previsiblemente algo anestésicos, de la sorprendente —para él mismo— aceptación de su novela; en ésta que nos ocupa, son perceptibles, bien que entre líneas, sus bajadas de biorritmo, desfallecimientos vitales por causa de la enfermedad, a lo largo de su trayectoria. No se me negará que va creciéndose, en rotundidad expresiva, en emoción, en reflejos sensitivos, a medida que se aproxima el desenlace. No llega a superar, en cuanto novela, a *El segundo hijo*, su obra maestra, sin lugar a dudas la novela granadina más importante en este tramo de fin de siglo y, en cuanto a novela histórica como género, incomparablemente la más honda, sabia y bella del siglo que expira de las escritas en y sobre Granada. Pero aisladamente en determinados episodios está a su par. Esa intensidad emotiva, que es su rasgo mejor, no desmerece en ningún momento dentro de la presente, exquisita novela.

Dicho queda que su propósito inicial fue novelar esos tres tramos históricos de Samuel Nagrella, Yosef su hijo y el nieto, quien se erige en narrador, y que corresponden *grosso modo* a los reinados de Habbús, Badis y Buluyyín. Era, pues, inicialmente, una trilogía. Sin embargo, Felipe Romero pronto percibió que el peso, por así decir específico, de Samuel desequilibraba el orden previamente establecido, ya que ni Yosef ni el nieto parecían proyectar aliento novelístico comparable. Es así como la trilogía inicial se convierte en díptico (o si se prefiere, que todo es cuestión de proporcionalidad, una sola vasta novela compuesta de dos partes): la de Samuel y la de Yosef y el nieto narrador conjuntamente, ambas dos partes novelísticamente autónomas, puesto que atienden a épocas *cerradas*, sin más ilación que la narración en primera persona de un mismo narrador perteneciente a la misma saga familiar. Es claro que esa segunda parte contemplaba como elemento nuclear, vector o cráter (como se le quiera llamar), la violentísima muerte del visir Yosef Nagrella la noche de san Silvestre de 1066, acusado de delito de traición, y el devastador pogromo contra los judíos granadinos desencadenado en consecuencia. Pasados muchos años, la desolación causada por estos dramáticos hechos aún resonaba en los poetas de la Diáspora con acentos de patética amargura. No sería la primera vez, ni la última, en el transcurso de los siglos: «¡Adiós, Granada, Granada mía! / Ya no volveré a verte más en la vida...», nos dice un poeta anónimo. No se lo permitió, a Felipe Romero, el desarrollo de estos luctuosos sucesos, su muerte inesperada en lo más riguroso del verano. Sirvan, no obstante, en descargo de esta inconclusión de la segunda parte proyectada, las expresivas alusiones al hecho de la muerte de Yosef, por desmembramiento de sus cuartos a impulso de dos caballos en dirección opuesta,

aunque también corriera el rumor de que fue crucificado.

Es por lo que, al poseer unidad intrínseca en su planteamiento y desenlace, la presente novela puede y debe considerarse autónoma y completa en sí misma. Lo demuestra el que, si no hubiéramos sabido sus amigos y familia que proyectaba seguirla al hilo discursivo del narrador ficticio, nadie lo hubiese sabido y tal vez ni intuido. Samuel Nagrella concentra en su figura densidad tal de acontecimientos que justifica novela aparte.

Y no es necesario repetir aquí quién fue Samuel Nagrella, porque todos los granadinos lo sabemos, aunque a la postre lo acoja el olvido como a tantos otros hombres del pasado. El gran visir del reino de Granada, su mejor político de toda su historia. Uno de los cuatro poetas judeoespañoles más importantes de nuestra Literatura, junto a Ibn Gabirol —que interviene en la novela—, Moisés Ezra y Yehudá ha-Leví. Se le concedió el título de *Naguid*, que quiere decir príncipe, en sobrenombre que sustituye a veces a su patronímico. Bajo su mandato, Granada alcanzó una prosperidad y prestigio, un esplendor, sólo comparables a los tiempos de Yussuf V, de la casa de Nazar, el gran impulsor de la Alhambra (que Dios y Alá conserven). Fue hombre justo y su doctrina de tolerancia es vigente mil años más tarde. Experto en cabala, practicaba siete idiomas. Poseía, entre sus muchos dones, una letra perfecta, y a su belleza gráfica debió el origen de su fortuna política. Era sabio en todas las ciencias profanas y sagradas, por lo que no ha de extrañarnos que gustase más de escuchar que de hablar. A su muerte a los sesenta y tres años, llorada por granadinos de tres religiones, díjose de él que ostentaba las cuatro coronas que jamás a ningún otro granadino cupieron: la de la Torá, la de la ascendencia levítica, la de la grandeza de ánimo y, sobre todas ellas y para siempre, la de sus buenas obras.

Musulmanes y judíos, beréberes sinhayas y zenetas, mozárabes arrianos y trinitarios, muladíes, francos, eslavos, hispanorromanos, visigodos, Granada es, mediado el siglo XI, un hervidero humano próximo al estallido social al menor incidente que prenda la mecha. Desde que el fundador de la dinastía zirí, el rey Zawi, trasladase la capitalidad de su naciente taifa a Granada, quedando Medina Elvira sentenciada a la depredación y el olvido, no han dejado de afluir gentes de toda estirpe y creencia. Granada era para entonces un pequeño emplazamiento acogido a la abrigada ladera de poniente de la colina donde siglo y medio más tarde va a ser erigida la Alhambra; este primitivo emplazamiento está habitado en su apreciable mayoría por judíos, de manera que en crónicas y poemas se la llama Garnata al-Yahüd, Granada de los judíos. Con el tiempo y la inmigración creciente, propiciada por el cambio de capitalidad, esta mayoría queda reducida a un décimo de la población global, lo que comporta parte de las tensiones consignadas, puesto que la ya minoría es celosa de sus prerrogativas asentadas en el prestigio de antigüedad y anterior residencia. Es ahí donde surge la figura inconmensurable de Samuel Nagrella, que gobierna —un siglo largo antes del

rey Sabio— para cristianos, judíos y musulmanes. El perímetro de la ciudad, que ha ido propagándose hacia el este, rebasa el cauce del río Darro y se expande hacia la ladera de lo que, corriendo el tiempo, será el Albayzín. Ibn al Jatib, el célebre polígrafo, nos la describe —algunos años más tarde— como un vergel, algo así como una mixtura de miel silvestre y leche de camella en el contraste de las casas blancas con la tierra ocre, y todo huertas, con mucho pájaro y fruto, y fuentes por todo sitio, al punto que declara: «No hay un espacio yermo, todo está provechoso hasta el límite mismo donde las abejas tienen sus colmenas». Casi detectamos los perfiles más señalados de su fisonomía urbana: Torres Bermejas encallada en el Mauror, la primitiva casba plantada como una esfinge frente a la Vega, y los muros recios de la Qasaba Kadima como un cingulo desplegado hacia el Palacio Real, Casa del Gallo de Viento. Cinco puentes, diecisiete rábidas, dieciocho torres, diecinueve puertas. Granada en esta época no sólo llega a ser la taifa más emergente de al-Andalus, sino que comparte con las aljamas de Tortosa, Lucena, Toledo y Hervás, el apogeo de la preponderancia judaica.

Esto sin embargo, los judíos, por su riqueza y mayor cultura, pero también por constituir clanes cerrados, tanto por sí en la preservación de su identidad, como por las acusaciones que continuamente vierten contra ellos, debido en lo fundamental a prejuicios de casta no ajenos a las creencias religiosas, suponen un auténtico quebradero de cabeza para los gobernantes. La autoridad eclesiástica, desde lejanos tiempos, les ha decretado un hostigamiento sin tregua: así prohíbe, bajo pena de excomunión, que las mujeres cristianas contraigan matrimonio con ellos, y a los varones que mantengan trato carnal con ellas si estuvieren casados (que si no, no fuere tan grave, al reducir las a mujeres públicas); prohíbe asimismo, so pena de excomunión, a los clérigos que coman en su compañía y, a los demás, que igualmente ingieran lo que ellos, los judíos, hayan tocado con sus manos (sea pan, legumbres o reses). En la Granada taifal del siglo XI los mozárabes, sector demográfico considerable, tienden a seguir estas prescripciones, con el consiguiente malestar que ocasiona, si bien los arrianos —en buena parte sincretizados ya con los musulmanes— mitiga el rigor de tan abstrusas observancias. Los musulmanes por su parte, beréberes en su mayoría, detestan a unos y otros: a los judíos por recelo ancestral y a los mozárabes por sospechosos de muladíes. Quiere todo ello decir que el nombramiento de Samuel Nagrella como visir no estuvo exento de controversia. Sin embargo no sólo llegó a aceptársele con el tiempo, sino que valorado a tal punto que a su óbito se considerase pertinente la herencia en el cargo por parte del hijo.

La novela contempla la entrada de Samuel Nagrella en Granada, procedente de Málaga donde ha asentado una considerable fortuna. Había casado para entonces con Séfora, *Pajarito*, uno de esos personajes femeninos inolvidables, catalizadores de la tradición familiar, trasmisora de ella al nieto que pergeña la historia; Felipe Romero, que se agiganta en estos personajes, por su especial sensibilidad humana y captación psicológica de los resortes que animan el ámbito de la mujer, introduce así uno de sus

entornos más característicos: la casa (recuérdese la importancia narrativa de la casa en *El segundo hijo...*). De modo análogo acaece aquí: *Pajarito* comparte una misma vibración emotiva con Aísca. La novela prosigue, en lo sustancial, con los equívocos a que su conducta religiosa da lugar en el concepto de los rabinos, y la magistral respuesta a sus reproches. Poco después adopta una concubina, con la anuencia de *Pajarito*. El lector tiene una oportunidad aquí de observar cómo se juega al *ajedrez* narrativo; es *pieza* movida y sus consecuencias van a dejarse sentir dentro del *pathos* argumental sucesivo. Parece que nada se mueve por *ahí*, en ese flanco, pero la jugada queda latente y la pieza Bilhà (que así la concubina se llama) en el tablero, desafiante. Samuel es nombrado rabí, de consonancia a sus muchos saberes. Crece su prestigio y es entonces, tras vicisitudes diversas, cuando su protector el visir al-Ârif, enamorado de su elegante grafía, prendado de sus muchas virtudes, sintiéndose fallecer, propone al rey Habbús sea él quien le sustituya en la privanza. Comienza a elevarse su estrella. Posee enemigos ocultos entre los más cercanos, pero su ascensión es arrolladora. Se introduce el episodio de al-Zuhayr; narrativamente, lo hemos sugerido ya, convenía ahora una mayor tensión externa: aquí se palpa ya el temple narrativo del autor, su destreza en retener la suspensión argumental y, simultáneamente, burlar las expectativas previsibles: este largo excursus, en que intervienen sultán y visir de Almería, es una exhibición de estrategia técnica en lo novelístico, al par que bélica en lo argumental, con desenlace en coda abierta e inesperada que pone de manifiesto la enorme astucia de Samuel Nagrella al tiempo que su magnanimidad, que a todo gran político sienta y adorna. Es ahora, tras incidencias varias, que retoma la jugada de la concubina con un leve movimiento; Bilhà, en efecto, no le amaba. Samuel, de alguna forma, se desquita acelerando y ampliando su gestión pública, que alcanza a la erección de una sinagoga con el «mar de bronce» instalado en su nartex, una prodigiosa fuente que, ubicada más tarde en el corazón de la Alhambra, será con el tiempo el símbolo espiritual del reino. A Granada ha llegado Salomón ibn Gabirol: la relación, oblicua, entre ambos, establece una línea de fuerza argumental; es a modo de alfil para consumir el planteamiento. Pues Bilhà y Salomón, a pesar de la resistencia de éste, se enamoran. Jaque a la amistad entre ambos. El *enroque* se produce con la intervención de Azhuma, quien, consecuencia del rechazo de Salomón, con el que había casado y a quien apasionadamente ama, llegará en el tiempo a ser una de las grandes poetisas andalusíes. Es una doble relación a tres, en donde concatenan Azhuma, Salomón y Bilhà de una banda, y Samuel, Bilhà y Salomón de otra. Vuelve a quedar ahí la jugada, y se retoma el eje público con la insinuación de un nuevo factor-suspense: la conspiración de Yadair, sobrino del rey Habbús, muy anciano para entonces. Este episodio es *simétrico* estructuralmente con el de al-Zuhayr: idas y venidas, intrigas, coartadas, da mucho de sí. Trenzándose con este episodio, esa línea de fuerza que es en lo interior la trágica relación entre Bilhà e Ibn Gabirol alcanza el clímax. La novela se *calienta*. Felipe Romero, a partir de aquí, enfila el desenlace, lo ha *visto* ya, y fluye

con una convicción digna de las mejores páginas de *El segundo hijo...* Este cruzar dos historias con semejante habilidad despierta su mejor instinto narrativo. Constituye, además, el modo idóneo de *engarce* oriental, semítico: mover a dos, entrecruzar historias, pública una, privada otra. Sin que una a otra se tapen, antes bien se dinamicen, propulsen, basculen. Como respirar, semejante al palpito del corazón. En adelante —y no es mi deseo privar al lector del aliciente que es todo desenlace— queda únicamente constatar que la novela se crece, en una suerte de sístole al que se acoplan las situaciones hasta la atadura de todos los cabos argumentales. La muerte de Samuel ibn Nagrella, redactada a pocos días del fallecimiento del autor, es su mejor testamento vital y literario. Como el gran visir de Granada, que fue el hebreo más singular de su siglo en la España de todos, el autor murió de pie y cerca del agua, tras haber visto por última vez al sol ponerse tras la sierra de Alhama, ese *sol que es el carro de fuego donde camina la majestad de Yahvéh y Allah, que son el mismo Dios de todos los mundos. Sí, Dios salvará Granada.*

El día de Nochebuena de 1994, estando en una librería de lance que hay en la calle San Jerónimo, Felipe Romero, que había salido a dar su habitual paseo de mediodía con su esposa, la prestigiosa pintora naïf Maripi Morales, entró y me dio la grata sorpresa del encuentro. No puedo decir, porque no logro recordarlo, el instante en que conocí a Felipe; y no lo recuerdo porque ha sido una constante en mi vida, desde que allá por el verano de 1970, en Lanjarón, trabé estrecha amistad con el hijo mayor de ambos, Felipe, a quien conocía previamente de los largos veranos en Huétor Santillán. Felipe hijo y yo, que somos de la misma edad, no hemos dejado de tratarnos desde entonces, si bien esporádicamente, cuando su trabajo y el mío nos permiten coincidir en Granada. Los Romero en Granada son una familia tan compacta y unida que conocer a uno implica relacionarse con todos, todos los hermanos, que son muy distintos entre sí, pero que a todos les une una misma discreción y talante afectuoso. A Felipe, que se decantó por los estudios financieros, de inteligencia dúctil y un raro sentido del humor, tan irónico como benevolente, le sigue Luis, que ha profesado mil oficios y a la postre ha preferido el de jardinero —en la Casa de los Tiros, la misma que perteneció a la familia por parte materna de Alonso de Granada Lomellino—; su especial tranquilidad y bondad de carácter me hace evocar al *segundo hijo*, que él lo es, no sólo en orden numérico. José Ignacio es el tercero, más serio e introvertido, un carácter íntegro que siguió al padre en su profesión de abogacía. Viene después Blanca, que ya en aquellos años de Lanjarón, siendo casi una niña, era un símbolo para todos los amigos de sus hermanos, que casi no podíamos creer tanto encanto y tanta gracia: sobre ella parece que gravita todo ese mundo de ensueño que la madre plasma en sus cuadros. El benjamín es Rafael, pintor, y bien por esto de artista o que los hijos últimos suelen ser más libres, da la impresión de estar en mundo propio: a él se debe el cuadro de portada de *El segundo hijo...* Con el tiempo y su aroma, también fueron llegando los

otros hijos: Pepa, Berna, Manuela, Luis María y Mercedes.

Entonces —iba diciendo— Felipe, en compañía de Maripi, en aquella librería (que también despacha discos de toda música, con desacomodo de los bibliófilos al ponerlos a prueba), me comentó tener «en el cajón» una novela que había ido escribiendo poco a poco, a salto de momentos libres, la cual pudiera interesarme por tratar de Granada y la cuestión morisca, con el asunto por medio de los Plomos del Sacromonte. Y a este efecto, ahí estuvimos comentando —desgañitándonos con la dichosa música— libros sobre tan controvertido tema, de Darío Cabanelas, Miguel Hagerty, Gómez de Liaño, Zótico Royo y otros, amén de los cronicones granadinos de la época. Al poco nos despedíamos, prestándome yo a pasarme «algún día» por casa para recoger el original.

Pasaron las horas y las palabras de Felipe Romero sobre tan peculiar novela no se me iban de la mente. Tomé la determinación de leer cuanto antes, empezar aquella misma noche el manuscrito. Pero era ya media tarde. Mala hora para llegar a una casa en plenos preparativos de la cena de Nochebuena, y sin avisar. No lo sé bien, pero allí me puse. Y como siempre, se me recibió con el agrado con que esta familia trata a toda persona que se llega. Una casa en extremo acogedora, atestada de esos pequeños detalles —cuadros, recuerdos, miniaturas, retablillos— tan deliciosamente íntimos, tan granadinos. Desde los balcones que dan a Reyes Católicos, en las festividades, muchos años, Maripi y Felipe me habían invitado a presenciar procesiones y los bulliciosos cortejos del Corpus. La casa, entonces, olía a dulces y frutos del tiempo, fuera Semana Santa o fiesta de la Patrona. La última vez fue en octubre del pasado año, procesión de la Virgen de las Angustias —que Maripi había llevado a uno de sus lienzos, a su paso por Puerta Real—, y la casa estaba impregnada del aroma viejo de los frutos de otoño: avellanas, granadas, almencinas, acerolas, y la repostería de canela, matalaúva, cabello de ángel.

Ahora era —ya digo— Navidad. Felipe me mostró el belén que montaba para los nietos en el mismo gabinete de trabajo, cubiertas de libros sus paredes y con un portarretratos de Maripi adolescente sobre el escritorio. Felipe Romero —alto, efusivo, perilla entrecana, cejas retintas— amaba la naturalidad y, por lo mismo, detestaba toda prótesis, todo artificio: hablaba un poco a sacudidas temperamentales, con aquella voz de bajo profundo, voz astillada de fumador que rehúye la clínica. Sentías junto a él confianza, calidez, y ese pozo que la dignidad va dejando con los años cuando no se transige con la banalidad ni la impostura. Estar al lado suyo era percibir su presencia como un fluido, un despilfarro de batería cargada de eso mismo, puro granadinismo liberal. El hecho de escribir en aquella casa, en la que llevaba más de cuarenta años viviendo, en pleno centro y a orilla del río que «arrastra lágrimas y suspiros», por debajo de Reyes Católicos buscando el humilladero, le había dotado de una percepción especial para captar la historia y esas milimétricas gradaciones que adopta la sensibilidad granadina ante los acontecimientos que le conciernen. Bien que el agua —*agua oculta* como la de ese río— es el símbolo estelar de Granada.

Ese río yo sé que le ponía fuera de sí, que le entristecía y a la vez lo exaltaba. Nada le era ajeno de ese río: sus plantas, su corriente mayor o menor, los cientos de gatos que por allí campan desde el paseo de los Tristes a plaza Nueva. Muchas veces tenía que salir, remontar el cauce embobedado hasta la Chancillería —*casa de malaventura*, como nuestros antepasados moriscos la llamaban— por tal de verlo, sentirlo, olfatearlo: *escucharlo*, escuchar en su delgado cauce el *rumor de todas nuestras sangres*. El Darro, el Darro es ese *rio que nos lleva*, ese río de oro que nos lleva y nos contiene. El Darro arrastra nuestra conciencia de pueblo antiguo, perseguido, confundido y humillado. Ese río lo había impregnado de tal manera que el sentido profundo de su obra hay que buscarlo ahí, en lo oculto del mensaje que sus aguas transmiten: río éste —la vida— que no desemboca en el *mar que es el morir*, sino en otro río caudal, el Genil ahí a unos pasos, como imagen de transformación constante, de abrazo con las aguas que vienen de Córdoba a Sevilla, como un alentar creencias e historia que nos unen y nos hacen distintos. Así Granada confluye en el subsuelo del subconsciente. Es nuestro río-crisálida el Darro, inminente a su transformación en mariposa, opulenta y virgen que es ya el Genil.

Aquella misma Nochebuena de 1994 comencé a leer su manuscrito y me mantuve así, como en estado de trance, hasta que días después lo concluí. Nos vimos poco después porque no quise confiar al teléfono determinadas impresiones. Él esta vez me miró sin pestañear, con sonrisa que traslucía un poco estar pensando que yo exageraba. Le pedí permiso para iniciar las gestiones de su publicación, y así fue como en el mes de mayo salía a la luz *El segundo hijo...* en Ediciones Ubago, Ánade narrativa, bajo el cuidado escrupuloso del editor Ángel Moyano, asistido por el poeta José Lupiáñez. Meses después Felipe y yo comentábamos que cuando sale una obra, nada ocurre, nada parece *moverse* en las semanas, meses incluso, siguientes. Me permití recordarle entonces un aforismo de su amado Juan de Yepes, y es que cuando más oscura está la noche es que pronto va a amanecer: «llega el rocío», decía el santo. Y es esto lo que ocurre cuando se publica el primer libro: es algo tan grande para ti que no comprendes tanto silencio. Pero es que tampoco el pan, al fermentar, emite ningún ruido. El silencio, no obstante, acabó pronto.

De *El segundo hijo...* me gustó todo, si bien la ficción de algún pasaje —el asesinato casi ritual de Alonso del Castillo, el anfibologista genial, en la Abadía— pudo atenuarse. Me entusiasmó su comienzo, por ser la primera frase la que decide toda la obra, algo así como el *Fiat* del creador literario, y el comienzo de *El segundo hijo...* es de los mejores que recuerdo en la narrativa histórica española: ese grave, vigoroso, sentenciador *yo nunca pasé hambre en la casa de mi padre...*, así, abriendo brecha al misterio de una vida. Y el modo en que iba tejiéndose la historia, con mil hilvanes cruzándose como a efecto de unos dedos corredores por el lienzo, y cuánto un granadino, que lo sea de firme, entiende de esto: trazar, taracear. Tenemos metido hasta el fondo de la nuca el nudo de líneas de los mosaicos de la Alhambra. Pero, más que

nada, me subyugó la atmósfera, porque es ésta, a mi entender, la frontera que separa una buena novela de la que no lo es tanto. Y la atmósfera estaba captada con tal veracidad que te parecía estar adentro de aquellos olores y colores. Una atmósfera hipnótica, y por ello más inquietante. Como si se nos hubiese introducido en ese *condensador de energía* que es la casa de los Lomellino —en el solar de su propia casa— y se nos hubiera *fotografiado* de repente, a todos los lectores, de manera que el éter se hubiera encendido como por un relámpago. La sensación de contigüidad a los hechos narrados llegaba a ser dolorosa de puro intensa. Esto es lo que me convenció, en la soledad de aquella Nochebuena, de estar viviendo el privilegio de asistir *en secreto* al desvelamiento de una obra maestra. La noche se había presentado oscura y fría, pero yo percibía el libro como *iluminado* y en mi rostro el reflejo de luz que aquello que tenía entre las manos emitía.

Ese lirismo y ese dolor del tiempo que fluye —como el río en su metáfora— en contrapunto impregnan al lector hasta provocar en él un estado de ansiosa plenitud. Detecté, entre toda su documentación, referida primordialmente a la cuestión morisca y los libros de Plomo, un matiz del que andaba ajeno, pese a lo mucho que sobre el tema me documenté durante años, y es que a veces la evidencia es lo último que vemos. Me refiero a la importancia del fraude de los libros de Plomo como *detonante* de la expulsión de los moriscos, pues no en vano —como bien se aprecia en la novela— intervienen en la causa el inquisidor general y, activamente, el propio arzobispo (ése de nombre tan largo), hombre soberbio y violento que ya se veía, a consecuencia de tan santos hallazgos ocurridos en su diócesis, propuesto a la púrpura y quién sabe si, con suerte, elevado aún a más altas instancias; demostrado el embeleco, quedaba en entredicho. La cosa hubiera quedado ahí, y don Pedro de Castro Cabeza de Vaca y Quiñones en algún retiro discreto. Pero se da la circunstancia de que el inquisidor general, también puesto en evidencia, era un Rojas Sandoval, tío —si la memoria no me falla— del mismo valido del rey, aquel duque de Lerma que tanto y tan mal hizo para que el infamante edicto se firmase, contra el sentir de la plana mayor de los nobles del reino. Qué cierto, como en la época se decía, que *quien tiene el moro tiene el oro*. La Expulsión, *¿cui prodest?* El planteamiento de Felipe Romero en la cuestión supuso una perspectiva inédita, que particularmente mucho valoré. Él, no obstante, cuando se lo comenté, no le otorgó mayor predicamento.

Felipe Romero, en los tres arios que le quedaban de vida, pienso que fue un hombre feliz, bastante incrédulo aún de la difusión y acogida que su novela había obtenido. Un reconocimiento como en Granada basta y sobra: de abajo arriba, espontáneo, cordial. Sus amigos más cercanos en el oficio (José Vicente Pascual, Andrés Sopena, Fernando de Villena, Antonio Bernina, Pedro Enríquez, Villar Raso, Pinedo, Paco Viguera, Juan Antonio Díaz y tantos otros) sabíamos que todos los días, a media mañana, indefectiblemente, paseaba por el Zacatín, en compañía casi siempre de Maripi su esposa. Bastaba hacer un poco de tiempo en la cafetería López-Mezquita para verlos pasar, si no entrar ellos mismos porque te habían visto antes. Y yo mismo he sido

testigo de cuántas veces les paraban —gentes sin especial vinculación a las letras— por tal de felicitarle y hablar de la novela.

Es cierto que aquella acogida echó sobre sus hombros la responsabilidad adicional de que la siguiente —que el lector tiene entre las manos— no desmereciera. Entre una y otra, no obstante, dio a la luz ese libro hermosísimo, esencia del más genuino granadinismo, que es *Paseo naïf por las iglesias de Granada*, textos ceñidos, deliciosos, en glosa amena de los cuadros de Maripi Morales, con prólogo de Gallego Morell. Es un libro para todos, incluidos los niños, pero más aún para los enfermos de nostalgia, que a la postre eso somos los hijos de Genil y Dauro.

Y así fue corriendo el tiempo, esta vez sí hasta *el mar*, hasta el mar *por no hacer mudanza en la costumbre*. Felipe Romero escribía por las tardes (después de una pequeña siesta, que es como hay que escribir): él en el gabinete de lectura, su despacho de trabajo; arriba, en el estudio de la azotea —con esas vistas prodigiosas—, Maripi en sus primorosos cuadros. El silencio, la luz de miel. Un día y otro, unos mejor y otros peor. Pero siempre el júbilo, la excitación compartida de la obra recién hecha. Algunas mañanas, sus compañeros de tertulia le esperaban, bien en el Victoria, bien en alguna otra cafetería según la estación: los escritores José Fernández Castro y Francisco Gil Craviotto, el historiador Carlos Asenjo Sedaño, el magistrado don Rafael Caballero Bonald, junto con diversos pintores —cuyo nombre siento no recordar— y amigos comunes. Este último dio de él la mejor definición, días después de su fallecimiento la noche del 13 al 14 de agosto del presente 1998, cien años justos más tarde del nacimiento y muerte de los dos granadinos literariamente más universales: *Un hombre de bien*. ¡Un hombre de bien!

Un día aquel de su óbito, que nada lo presagiaba. Acababan —su esposa y él— de llegar de Huétor Santillán, el pueblo serrano en la carretera de Guadix, a cuyo frescor habían pasado la tarde. La casa —esa casa de *El segundo hijo*, en Reyes Católicos, 18 —, al regreso de ambos, estaba, con la calor, cargada de unas horas de estar cerrada. Nada lo presagiaba. Acababa de salir con bien de una operación quirúrgica y se sentía con ánimos, sin molestias. Y había subido la escalera sin fatiga... Sus cenizas, conforme a sus deseos, fueron vertidas bajo la Abadía, sobre el Sacromonte, allá por donde el Darro transita por Valparaíso, con la fuente del Avellano a la sombra de los cerros del Sol en la otra ribera. Un Darro que, en ese punto, se hace más alegre y cantarín, como si ya supiera que faltan unos metros para pasar bajo la Alhambra. Y fluye entonces como de puntillas bajo sus torres y cipreses... Así la tierra esta vez no fue a la tierra, sino, llevada por el viento, a esa agua primordial, que en Granada es símbolo de pasión oculta y sufrimiento callado. De esta materia fueron sus sueños y su noble y alta, y ejemplar y honda, obra literaria.

ANTONIO ENRIQUE
4-9 de octubre de 1998

Bibliografía

I. DEL AUTOR

El segundo hijo del mercader de sedas. Ediciones Ubago, Granada, 1995; 2.º y 3.ª edición, en Ediciones Osuna, Granada, 1996 y 1997.

Paseo naïf por las iglesias de Granada. Con Maripi Morales. Ediciones Osuna, 1996.

Nota: De entre su labor ocasional, con artículos de prensa aún por catalogar, son de destacar: el relato «El único día que el hortelano Manuel tuvo miedo» (*Europa-Sur*, Algeciras, 15 de junio y 6 de julio de 1996), el comentario «No es decente falsear la historia» (en el libro colectivo *De la Toma a la tolerancia, manifiesto 2 de enero*, Unesco, Granada, 1998) y la alocución «Undécimo pregón del casetero», en *Carmen de los Mártires*, 20 de mayo de 1997 (folleto de la Federación de asociaciones, Granada, 1997).

II. A EL SEGUNDO HIJO DEL MERCADER DE SEDAS

DOMENE, Pedro M.: *Diario Córdoba*, 20 de diciembre de 1995.

FAÍLDE, Domingo F.: *Europa-Sur*, Algeciras, 12 de agosto de 1995.

GIL CRAVIOTTO, Francisco: *La Crónica*, Granada, s/f.

KARYM, Darío: *Rev. Ficciones*, núm. 6, octubre de 1995.

LUPIÁÑEZ, José: *El Faro*, Motril, 7 de octubre de 1995 y *Málaga-Costa del Sol*, 29 de octubre de 1995.

PERALES PÉREZ, Manuel: EL OJO DE LA AGUJA, *Rev. Ficciones*, núm. 7, noviembre de 1995.

PINEDO, Manuel de: *La Crónica*, Granada, 7 de agosto de 1995.

PASCUAL, José Vicente: *Ideal*, Granada, 10 de enero de 1996.

ORTEGA, Arcadio: *Ideal*, 9 de septiembre de 1995.

RODRÍGUEZ, José María: *El País Andalucía*, 8 de julio de 1996.

VIDAL, Manuel y Salvador Alonso: *Ideal*, 29 de julio de 1995.

VILLENA, Fernando de: *El Faro*, Motril, 7 de octubre de 1995 y *Córdoba*, 30 de noviembre de 1995.

Entrevistas: de Pilar ALBERT, en *La Crónica*, 16 de agosto de 1995 y en la revista *Granada XXI*, de la redacción, Granada, 1997.

III. AL ÓBITO

CABALLERO BONALD, Rafael: «Felipe Romero o la hombría de bien», *Ideal*, 18 de agosto de 1998.

CÁRDENAS MUÑOZ, Andrés: «Alonso de Granada», *Ideal*, 20 de agosto de 1998.

FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: «Felipe Romero, maestro», *Ideal*, 24 agosto de 1998.

PASCUAL, José Vicente: «La desaparición de Felipe Romero», *Córdoba*, 24 de septiembre de 1998 y en *Ideal*, íntegro, «Felipe, sin remedio», 9 de noviembre de 1998.

VELLIDO, Juan: «Felipe Romero», *Ideal*, 16 de agosto de 1998.

VIGUERAS, Paco y Juan Antonio Díaz: «Felipe Romero, un ejemplo de tolerancia», *Ideal*, 7 de septiembre de 1998.

VILLAR RASO, Manuel: «Se nos fue Felipe Romero», *Ideal*, 15 de agosto de 1998.

TAPIA, Juan Luis: «La pérdida del novelista Felipe Romero», *Ideal*, 15 de agosto de 1998 (es recensión obitua).

ESTE LIBRO UTILIZA EL TIPO ALDUS, QUE TOMA SU NOMBRE
DEL VANGUARDISTA IMPRESOR DEL RENACIMIENTO
ITALIANO, ALDUS MANUTIUS. HERMANN ZAPE
DISEÑÓ EL TIPO ALDUS PARA LA IMPRENTA
STEMPEL EN 1954, COMO UNA RÉPLICA
MÁS LIGERA Y ELEGANTE DEL
POPULAR TIPO
PALATINO

* * *

* *

*

EL MAR DE BRONCE SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN
UN DÍA DE VERANO DE 2005, EN LOS
TALLERES DE INDUSTRIA GRÁFICA
DOMINGO, CALLE INDUSTRIA, 1
SANT JOAN DESPÍ
(BARCELONA)

* * *

* *

